

EL MIRADOR DE LA VIUDA

(Colección: "*Old World of Darkness*" ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Trilogía: «Tremere», Tomo-1)

ERIC GRIFFIN

"*Widow's Walk*" © 2000

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

1

Les tremeres

Antígona Baines despertó con un sobresalto, demasiado aterrada hasta para moverse. Tenía los miembros tan rígidos como los de un cadáver. Temblaban levemente, como si los perturbara la vibración de unos pasos... los pasos de un extraño que caminara sobre su tumba.

La inquietante imagen no era del todo ajena a la realidad. Con un escalofrío, la expulsó de sus pensamientos mientras su cuerpo se deslizaba entre las sábanas arrugadas, que aún conservaban el inconfundible contorno de su forma. Como si pudiese desaparecer por entero de la vista. Para yacer inadvertida. Olvidada.

Encontraba solaz en el hecho de pasar inadvertida. Era un arte que Antígona había cultivado durante mucho tiempo. Estaba el rostro que le mostraba al mundo: el rostro de una mujer joven de no más de veintiocho años. Pero hasta ella tenía que admitir que no era más real que las fotografías amarillentas e imprecisas de las últimas páginas de cualquier álbum familiar. Puede que un día sí hubiera sido su rostro,

años atrás. Pero si en verdad era así, ahora no había manera de demostrarlo. Y si no lo era, no quedaba nadie que pudiera acusarla o preguntarle cómo lo había conseguido.

Era un rostro agradable. Sonriente. Algunos dirían hasta que hermoso. Pero no era un rostro que uno pudiera mirar sin empezar a hacerse preguntas. Sobre la falta de color (como en una fotografía vieja) en las mejillas juveniles. O sobre los ojos. Eran ojos *ancianos*, no podían describirse de otra manera. No como los de una abuela, con la piel arrugada alrededor de los bordes, como hojaldre. Ancianos como ancianos son los ojos de una serpiente. Ojos que se remontan con la mirada al comienzo de las cosas.

Antígona yacía del todo inmóvil, a solas en el capullo de la oscuridad. No percibía el martilleo de la sangre en los oídos, ni irrumpía el palpito de su corazón en el silencio absoluto. Se concentró, tratando de captar el sonido de la respiración del extraño.

Nada.

Su cuerpo estaba cubierto de sanguinolento sudor. Tenía las manos manchadas de dulce y pegajosa vitae. Las sábanas de satén ya estaban arruinadas.

Se obligó a calmarse, pero aquellos ojos –aquellos ojos de serpiente– se mantuvieron rígidamente abiertos, sin pestañear; se negaban a regresar a la pesadilla y se negaban a cubrir de detalles los objetos indistintos que contenían las sombras de la habitación. Darles forma era, de una manera inexplicable, darles vida.

Pasó algún tiempo antes de que lograra convencerse de que estaba a salvo, dentro de los familiares confines del *domicilium* de los novicios. Por tercera noche consecutiva, Antígona había soñado con los Niños del Pozo.

Siempre era igual: los rostros de los niños observándola desde el interior de su húmeda tumba. Antígona no lograba encontrar el menor esbozo de acusación en sus miradas líquidas, en sus ojos que no parpadeaban, ni palabras de condena en sus labios fríos y teñidos de azul. Pero su mera visión bastaba para llenarla con un temor que desafiaba toda razón.

Sus ojos le rogaban, le suplicaban. Pero sus labios azulados no podían darle voz a su desesperada necesidad. Nunca podría

arrebatárles el secreto de lo que esperaban de ella.

Antígona reunió fuerzas y permitió que sus párpados descendieran levemente. Sabía que los rostros seguirían allí, esperando su regreso. Redondos y brillantes como lunas, sonriéndola justo desde debajo de la superficie del agua. Infinitamente pacientes.

Sólo que no estaban allí. No había niños, no había pozo. Sólo la oscuridad la esperaba, aterradora de tan trivial. Consternada, Antígona comprendió que la repentina ausencia de los Niños era aún más ominosa que su presencia.

¿Dónde estaba la niña de cinco años que siempre era la primera en tirar (con unos deditos hinchados y azulados) de la manga de su túnica? En su mente, aún podía verla, podía trazar la curva de su mejilla suave e inmaculada. Los ojos verdes de la niña eran tan grandes y perfectamente redondos como dos platillos. Su largo cabello negro enmarcaba su rostro brillante, como una red de pescadores arrojada sobre la superficie de las negras aguas. Los mechones enmarañados lamían con suavidad las resbaladizas paredes del pozo. Pero ahora había desaparecido.

Los rostros no se habían movido ni habían hablado jamás. Aunque parecían tranquilos, casi serenos, Antígona sabía que sus muertes no habían sido apacibles. Habían sido ahogados, todos ellos. Arrojados al pozo, abandonados a su pánico, hundidos bajo las aguas heladas. Perdidos para la vista, perdidos para el recuerdo.

Ojalá permanecieran allí.

Antígona había sospechado siempre que el pozo estaba en secreto atestado de jóvenes, inundado de ojos brillantes y dorados que cada vez se acercaban más a sus bordes, empujados por la mera presión de los cuerpos que se agolpaban debajo. Siempre había temido que cualquier noche despertaría y descubriría que se habían desbordado... habían atravesado la línea que los separaba del mundo que había tras el despertar. No era un pensamiento reconfortante.

Antígona no le temía a la muerte. Para ella era una especie de compañera de juventud. Podía recordar no menos de seis encuentros con ella. Siete vidas distintas. En realidad era algo sencillo, una vez que uno sabía cómo hacerlo. El truco estaba en los nombres. Había magia en los nombres.

El más antiguo que recordaba era el de Antígona Ruth Scoville, pero quién sabía cuántos más habían pasado de puntillas frente a ella antes de que comprendiera cómo se jugaba. Años más tarde regresaría para examinar el archivo de partidas de nacimiento de la Iglesia Congregacionalista de Scoville, Massachusetts, y descubriría que cierta Antígona Ruth, hija del capitán James Scoville y señora había nacido el vigésimo primer día de febrero en el año de nuestro Señor de mil novecientos uno.

21/02/1901. Dos más uno más cero más dos más uno más nueve más cero más uno igual a dieciséis. Uno más seis igual a siete. Su abuela (por parte de madre) había sido la primera en señalar que el siete era un número muy importante para Antígona. Un número mágico. Aquello se le había quedado grabado.

Repitió la reconfortante numerología como si fuera un mantra. La ayudó a expulsar el hambriento abismo de terror que se estaba abriendo debajo de ella. No le temía a su propia muerte, pero sí a los Niños, a sus expectativas, a su necesidad apremiante y exigente. Y temía que, una vez más, fuera incapaz de ayudarlos.

Proveniente de algún lugar próximo, los oídos atentos de Antígona captaron un sonido lúgubre. Un solitario sollozo áspero. Luego el silencio volvió a cernirse sobre ella.

Sólo es otro de los novicios, pensó. Pero el sonido fue suficiente. Rompió el hechizo que los niños le habían lanzado. La rígida parálisis. Le dio algo en lo que concentrarse. Sacó los pies de la cama antes de tener tiempo de cambiar de idea.

Se puso la túnica por la cabeza en un movimiento fluido. Sus pies desnudos emitían suaves chapoteos al caminar sobre las frías baldosas del suelo. Tras unos pocos pasos, el rastro de sanguinolentas pisadas se redujo a una serie de manchas indistintas de color rojo y Antígona abandonó en silencio el *domicilium*. Sus pies la condujeron instintivamente por el camino que llevaba a la sala de control de seguridad de la capilla.

La intensidad de los temores de la noche –*les tremeres*– había empezado ya a remitir en su ánimo. Con cada paso que daba se volvía más alerta, preparada, profesional, letal. Para cuando llegó a la sala de control, apenas quedaba en ella rastro alguno de la

aterrorizada novicia. Se había puesto su máscara de la muerte, tallada para convertirla en una verdadera aparición de ultratumba.

Un círculo de protección, invertido

–He venido en cuanto me he enterado. He... –Antígona se interrumpió y masculló una imprecación–. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

A Antígona le gustaba pensar en sí misma como una veterana endurecida, una veterana de muchas vidas. Alguien que no se alarmaba con facilidad y sin motivo. Se enorgullecía de su capacidad para trazar una línea entre la indefensión completa de los temores de la noche y la fría eficiencia con la que se enfrentaba al despertar de la pesadilla.

Pero lo que vio allí la aterrorizó.

Helena no levantó la mirada. Estaba arrodillada junto al cuerpo de Aisling Sturbridge, regente de la capilla de los Cinco Distritos. Las tres mujeres se encontraban en las profundidades de las catacumbas que se extendían bajo la capilla, rodeadas por los fragmentos de ladrillo de varias criptas destrozadas. Sturbridge se había hecho un ovillo, todo ángulos, codos y rodillas. Tenía la túnica empapada de agua helada. En un muro de la tosca cámara se veían los restos de una *diagramma hermetica*.

–No estoy segura de lo que ha ocurrido –dijo Helena–. La encontré así y desde entonces no se ha movido. No creo que la hayamos perdido, pero desde luego ya no se encuentra *aquí*. No me atrevía a moverla. Estaba empezando a resignarme a pensar que tendría que esperar hasta el amanecer. ¿Por qué estabas verificando los canales de seguridad a esta hora?

–No podía dormir –respondió Antígona.

Al escuchar estas palabras, Helena se volvió y dirigió a la novicia una dura mirada. Entre los vivos, pasar sin comer o sin dormir era algo

normal, una mera posibilidad. Entre los de su raza, sin embargo, las opciones eran menos. Los deseos primarios tenían formas de hacerse oír. Y no toleraban disenso alguno. Cuando salía el sol, imponían al cuerpo un sopor del que sólo la puesta del sol lo liberaría. El sueño de los muertos. Cuando la Bestia interior tenía hambre, despertabas, cazabas y te alimentabas.

Si eras listo, lo dejabas estar. No hacías demasiadas preguntas. No probabas hasta dónde podías tensar la cuerda. Como jefa de la seguridad de la capilla, Helena había tenido en más de una ocasión la desagradable responsabilidad de "reprender" a algún novicio que había cometido el error de pensar que podía ignorar los dictados de la Bestia. Los resultados no eran nunca agradables.

–Pues qué bien –dijo Helena con tono despectivo y volvió a atender a su paciente.

Antígona se encogió.

–Quiero decir, que me despertaron. No era nada. Sólo... un sueño –confundida y avergonzaba, trastabillaba con las palabras.

–¿Una pesadilla? –preguntó Helena. La tensión de su voz resultaba apenas perceptible. A cualquier otro oído le hubiera parecido calmada, templada, perfectamente controlada.

–No –Antígona respondió con un ligero apresuramiento. No quería que la adepta pensara que era una chiquilla asustada. Entonces cambió de idea –. En realidad no. *No era* una pesadilla. Apenas recuerdo nada sobre ello. ¿Pero por qué iba un sueño a despertarme, en especial si no era una pesadilla? Oh, no importa. Debéis de pensar que soy una tonta.

–En absoluto –replicó Helena –. No hay nada tonto en ellas. Me refiero a las pesadillas. *Les tremeres*.

–Vos también las tenéis –afirmó Antígona mientras empezaba a comprender poco a poco –. Tampoco podíais dormir. Por eso estabais paseando por aquí –se estremeció y su voz se convirtió en un susurro de conspiradora –. Vos también los habéis visto, en vuestros sueños. Los Niños del Pozo –podía verlos frente a sus ojos incluso ahora. Sus cabellos extendidos como algas sobre las aguas. Sus rostros serenos y azulados meciéndose contra las piedras resbaladizas. Sus ojos grandes y brillantes como lunas.

Helena no respondió inmediatamente.

–No fueron los Niños los que me despertaron –dijo al fin; una afirmación renuente–. Fue más bien su repentina ausencia. El hecho de que ya no estuvieran allí, por todas partes. Los busqué pero no pude encontrarlos.

–¿Que los *buscasteis*, Adepta? –Antígona parecía incrédula–. Jesús, la mayoría de las noches me hubiera sentido feliz con que sólo me hubieran dejado tranquila un... –se detuvo. Si hubiera estado encantada, ¿por qué habría despertado como impulsada por un resorte y bañada en sudor sanguinolento?

–Cuando despertaste –le preguntó Helena con voz cautelosa–, ¿había algo... extraño?

Antígona se sobresaltó. Era como si la adepta le hubiera leído los pensamientos. No estaba sorprendida pero sí un poco resentida por aquella intrusión. Por supuesto, entre los novicios corría el rumor de que algunos de sus instructores habían dominado el poder de leer las mentes. Antígona llevaba en la capilla el tiempo necesario para saber que debía atesorar celosamente la poca privacidad que se le permitía... aunque no fuera más que la privacidad de sus pensamientos.

–¿Qué queréis decir con extraña?

–¿Estabas herida? –preguntó Helena.

–No, por supuesto que no. Desperté empapada en sudor. Las sábanas se han estropeado, me temo, pero aparte de eso no. ¿Por qué lo preguntáis? –supo la respuesta a su pregunta en el momento mismo en que la formuló, y se arrodilló junto a la adepta con aire preocupado. Titubeó, indecisa entre el impulso de poner una mano tranquilizadora sobre el brazo de Helena y el miedo al reproche que esta demostración de familiaridad hubiera podido provocar–. ¿Estáis bien? –preguntó con un susurro.

Helena asintió pero su rostro estaba sombrío y apagado. Habían pasado horas y estaba segura de que la hemorragia no había remitido aún. Era, acaso, un recuerdo demasiado cruel e íntimo de lo que había sacrificado al unirse a las filas de los Tremere.

–Sea lo que sea lo que ha ocurrido –dijo Helena–, los Niños han desaparecido. Sturbridge está casi muerta. Cuando me he

despertado estaba... herida. Y tú te has levantado de repente sudando sangre. Alguien tiene que comprobar el estado de los demás.

–Yo me quedaré con la regente. Id vos. No nos pasará nada
–añadió al sentir las dudas de Helena.

La adepta se puso tensa.

–No pienso abandonarla. No hasta que haya descubierto lo que ha ocurrido aquí. Sube tú y busca a los demás. Puede que haya otros afectados.

Antígona miró a su superior sin esconder su preocupación. Helena debía de estar más grave de lo que admitía. ¿Qué le habían hecho?

–Los demás –repitió con voz hueca. Entonces pareció volver en sí–. ¿Se sabe algo de los otros desaparecidos? El daemón de seguridad sigue considerando al embajador y Eva como desaparecidos en acto de servicio.

–Algunas cosas sabemos, sí. Pero no demasiado buenas. Hay un montoncito de cenizas en el fondo del pozo central que conserva aún la forma de un hombre –*pero por poco*, pensó Helena. Sabía que si se le ocurría tocarlo o barrer con demasiada fuerza cerca de él, la frágil forma se colapsaría bajo su propio peso y se dispersaría a los cuatro vientos.

–¿El embajador, Adepta? –preguntó Antígona–. Debo de haber pasado sobre él sin darme cuenta mientras bajaba.

–Puedes considerarte afortunada por no haber terminado tirada *a su lado*. En esta oscuridad resulta demasiado fácil dar un mal paso. Ésa fue una de las primeras cosas que ordené cuando me hice cargo de la seguridad de la capilla: que toda esta maldita zona quedara estrictamente prohibida. Salvo para las ceremonias funerarias formales. Y si hubiera sido por mí, ni eso se hubiera permitido. Me encantaría cegar todas las entradas y olvidarlo de una vez.

–Decídmelo a mí –dijo Antígona–. Mientras bajaba no dejaba de pensar que este laberinto parece ideado para conseguir que uno se caiga por el pozo central. Hay un par de zonas abiertas en las que resulta más fácil caer que seguir adelante.

Helena sacudió la cabeza.

–No andas demasiado desencaminada. Algunas de esas caídas

fueron concebidas precisamente para disponer de las personas no deseadas... o al menos de los restos de las personas no deseadas. Talbott dice que uno de los primeros regentes, al menos uno, odiaba tanto la mera idea de bajar aquí que ordenó a los novicios que barrieran las cenizas y huesos de las criptas superiores y las arrojaran al pozo. Para hacer sitio a más cuerpos en las galerías superiores. Una costumbre encantadora, ¿no te parece?

Cenizas por el pozo, pensó Antígona.

–Deliciosa. Pero habéis dicho "algunas cosas", en plural. ¿Hay rastro de Eva?

Helena se volvió lentamente y Antígona siguió la mirada de la adepta hasta el centro de la sala. Allí, en el suelo, un contorno parecido a una sombra cubría la misma roca. Pero la sombra parecía el negativo de una imagen fotográfica: la figura, de un blanco destellante, de una joven que se cubría el rostro con los brazos alzados.

Antígona silbó entre dientes.

–¿Y a eso lo llamáis "no demasiado bueno"? Espero no estar allí cuando algo os parezca malo.

–La condición de Sturbridge es mala –dijo Helena con voz apagada–. Tengo miedo de que podamos perderla. No puedo dejar que eso pase.

La afirmación arrancó a Antígona todo rastro de frivolidad. Alargó la mano para acariciar el rostro de la regente caída con las yemas de los dedos. Estaba helada. Le pareció ver un tinte azulado en sus rasgos. El cabello mojado y enmarañado de la regente se desplegaba en abanico a su alrededor, como un halo hecho añicos, como si la hubieran arrojado violentamente al suelo. Sin darse cuenta, Antígona empezó a arreglárselo.

–¿Podemos moverla?

Helena dirigió una mirada ceñuda a la novicia, como si quisiera reprenderla por atreverse a tocar el cuerpo de la regente. Pero se contuvo.

–Yo no me arriesgaría a levantarla, si te refieres a eso. No parece tener nada roto pero por lo que he visto desde que la encontré, bien podría estar paralizada.

–¿Y si intentamos una aportación? –preguntó Antígona–. Tal vez así podamos sacarla de este lugar... y llevarla de regreso a su santuario. A su cama. Aquí abajo hay mucha humedad y el aire... –se estremeció.

Con aire resignado, Helena asintió para mostrar su consentimiento.

–Muy bien. Merece la pena probar. Hay tiza y velas allí, junto a la *diagramma*. Pero ten cuidado. Tendremos que improvisar un poco y trazar el círculo alrededor de su cuerpo.

Antígona se puso en pie lentamente. Sentía parte de la renuencia de Helena a abandonar a Sturbridge. Atravesó la habitación hacia los restos del diagrama místico.

–¿Creéis que el lazo podría ser más estable si lo canalizásemos a través de este...? –se interrumpió–. Eh... ¿Helena? ¿Habéis visto este diagrama?

–Sí –replicó Helena y no dijo más.

No es la mejor de las respuestas, pensó Antígona. ¿Qué demonios era aquello? Siguió su contorno completo con la mirada.

–Esto no tiene el menor sentido –dijo en voz alta y al instante se dio cuenta de que un jirón de la aprensión que sentía se había transmitido a su tono–. Todas las barreras están mal. Es como si señalasen hacia dentro. ¿Por qué iban a dibujar un círculo de protección *invertido*, como éste?

Helena no respondió al instante. Al cabo de un momento, dijo:

–Al principio pensé que era una especie de prisión –replicó–. Pero, ¿para quién? O quizá la pregunta sea más bien, ¿para qué? Puede que convocaran algo en su *interior*. Algo con lo que quisieran hablar pero que no quisieran de ningún modo que pudiese penetrar en el mundo...

Antígona frunció el ceño y reflexionó.

–Si es eso, es la más condenada jaula espiritual que jamás he visto. ¿Por qué proteger a la entidad espiritual que uno acaba de convocar? A menos que el clima de este mundo pudiera dañino para ella. Como si nos convocaran a vos o a mí en un prado soleado.

–He dicho que era mi *primera* impresión. Pero si eres capaz de preparar un diagrama que proteja contra eso, seguro que te dan tu

propia capilla.

Antígona se ruborizó. La reprimenda de Helena había dado en un punto sensible y era perfectamente consciente de ello. Ese plural enigmático: la jerarquía Tremere. La Pirámide. Sencillamente, era imposible que los poderes del clan Tremere le dieran a Antígona una capilla propia. Y tanto Helena como ella lo sabían. En dos ocasiones le habían negado el ascenso al segundo círculo del noviciado. Y no había sido por culpa suya. En ninguno de los casos había sido culpa suya.

Setenta años, pensó. Setenta años de servicio –de servicio *ejemplar*– y no servía de nada. Antígona no podía ascender. Y lo más probable era que permaneciera así indefinidamente.

En Scoville se decía que la Visión –y los dones que la acompañaban– se transmitía siempre a las mujeres. Pero si era así, había saltado a Antígona. Medea, su hermana menor, podía decirte cuándo iba a llegar una tormenta y era muy ducha con los sortilegios y las pócimas. Verrugas y filtros de amor, esa clase de cosas. Su hermana mayor, Electra... bueno, los encantamientos de Electra eran menos arcanos y más eficaces que cualquier filtro de amor. Una envidiable combinación de encanto, belleza y la promesa de prosperidad. Pero los había conseguido todos ellos de manera honesta: la belleza de su madre, la prosperidad de su padre y el encanto de la Academia de Jovencitas de la Señora Jane Simpson. No se la podía culpar por ello. Era desde luego la más dotada de las tres hermanas. Y en el pueblo todo el mundo lo sabía. Incluida la propia Electra. Nadie le hubieran podido ocultar una cosa así.

Pero Antígona era un desastre. Si tenía un solo hueso con magia en el cuerpo, debía de estar bien enterrado. Tan bien que incluso ahora –tras casi cien años– seguía desafiando los esfuerzos de varios maestros taumaturgos por enseñarle algo que superara los más básicos rudimentos de las artes de la sangre. Comprendía la teoría en todo su doloroso detalle, pero la práctica...

En toda su existencia sólo había sabido un truco: su letal juego de equilibrios. La intrincada danza que interpretaba en el umbral que separaba vida y muerte. Podía recordar la primera vez que se había entregado a ella, el día exacto: el 7 de febrero de 1906. Dos semanas

antes de su quinto cumpleaños. El día era otro siete perfecto, aunque ella no se daría cuenta hasta varios años después.

Después de todo, los números no eran lo importante. Eran los nombres.

Aquella mañana bajó a desayunar de manera más que apresurada, por la ruta más directa y precipitada posible: a través de la puerta francesa del dormitorio de sus padres, en el segundo piso. Por el mirador de la viuda y sobre barandilla.

Cuando más tarde, aquel mismo día, recobró la conciencia, volvía a estar en su cama. El médico había echado de la habitación a todo el mundo excepto su madre. Antígona los oyó cuchichear sobre fracturas y contusiones pero no comprendió lo que significaban sus palabras ni su solemnidad. ¡Había ganado! ¿Es que no lo comprendían?

No importaba, ya lo harían. Todos ellos. Ahora tenía tiempo de sobra. Todo el tiempo del mundo, en realidad.

Se estremeció involuntariamente. El aire húmedo y frío de las criptas parecía buscarla a tientas. Trató de concentrarse en los detalles del diagrama. La muerte de Sturbridge debía de estar ya muy próxima. Antígona casi podía oír el batir de las alas negras, cerniéndose sobre ellas en círculos cada vez más cerrados. Se obligó a examinar las barreras mágicas y balbució las primeras palabras que le vinieron a la cabeza.

–No veo ninguno de los glifos necesarios para conjurar las fuerzas elementales que permiten abrir un canal a mundos extraños. No, no creo que esto sea una prisión. ¿Podría formar parte de un ritual de exorcismo?

–Hmmm. No lo había pensado –replicó Helena–. ¿Quieres decir para tratar de proteger a alguien que estuviera poseído de lo que había en su interior? No estoy segura de que funcionara pero la verdad es que mi campo no es ése. No puedo decir ni que sí ni que no. Pero tengo la impresión de que faltan las típicas campanas, libros y velas. Y además, normalmente estas cosas requieren de un sacerdote.

Antígona estaba aturdida.

–Sí, sí. Ya os entiendo. Y conseguir que un sacerdote bajara

aquí, para tomar parte en un ritual de sangre hermético y vampírico, será como mínimo una tarea difícil. Ni siquiera se me ocurre por qué podría estar aquí Su Regencia. Y mucho menos con Eva y el embajador.

–Eso también me preocupa a mí –admitió Helena–. De ellos tres, sólo Sturbridge tenía acceso a las criptas. Me cuesta creer que decidiera de pronto bajar a visitar el lugar acompañada por una novicia y el embajador. Y además, no es que el embajador y ella estuvieran muy bien avenidos que digamos.

–Peleaban como lobos, si es eso lo que queréis decir –dijo Antígona.

–Su Regencia era siempre la cortesía personificada –señaló Helena–. Lo era por una razón muy precisa. Si yo fuera tú, tendría mucho cuidado a la hora de describir sus relaciones con el embajador. En especial en las actuales y *desagradables* circunstancias. Habrá una investigación. Y seguro que no quieres estar en el extremo investigado.

Antígona abrió mucho los ojos.

–No quería decir... no pensaréis...

–Está bien. Tus palabras quedarán entre nosotras. Confiemos, no obstante, en que Su Regencia se recupere antes de que la Casa Madre de Viena aumente la presión. Estoy segura de que existe una explicación perfectamente razonable para lo que ha ocurrido aquí. Pero por desgracia para nosotros, ahora mismo está atrapada en el interior de la cabeza de Su Regencia. Si la perdemos ahora...

Helena no tuvo que terminar la frase. *Si la perdemos ahora, pensó Antígona, estaremos solos cuando lleguen los agentes de Viena.*

Antígona nunca había visto a los Astores en acción pero no había un solo agente de seguridad que no conociera las historias que se contaban de ellos. Lo que habían hecho en la capilla de Tel Aviv era sólo su más reciente –y más implacable– "liquidación".

El *modus operandi* era siempre el mismo. Llegaban de repente. Clausuraban el lugar para impedir que se extendiera el contagio. Entonces empezaban a buscar, poniéndolo todo y a todos a prueba contra el criterio de unos estándares de grupo idealizados. Arrancaban

el cáncer de raíz, sin importarles lo que tuvieran que sajar para llegar hasta él. Pero hacían el trabajo y para cuando el torbellino de su cirugía de campaña había terminado, las capillas volvían a ser los ejemplos de obediencia que Viena deseaba.

Antígona sabía que una visita de los Astores en aquel momento significaría que Helena y ella se quedarían sin trabajo. En el seno de la Pirámide Tremere había poca ambigüedad con respecto al término "cese". Y cuanto menos se hablase de la "severidad" que lo acompañaba, mejor. Dudaba que pudiera hurtarle su propia muerte a un inquisidor resuelto. Trató de recordar los detalles concretos que rodeaban a cada una de sus seis transiciones anteriores: los pasos dramáticos, casi formales, entre una vida y la siguiente. ¿Alguna vez había sido capaz de hacerlo bajo presión? ¿En presencia de testigos?

Atravesó la cripta como una sonámbula y, sin decir palabra, le tendió las tizas y las velas a Helena. Obedecía las órdenes de la adepta sin rechistar pero también sin auténtica convicción. Como un voluntario extraído de las filas del público, incapaz de saber cómo se hacía el truco.

Helena no dijo nada pero debía de haberse arrepentido de su anterior crueldad. Era dolorosamente consciente de las limitaciones de Antígona y no le pidió a la novicia que la ayudara en nada más complicado que la preparación de los elementos ceremoniales necesarios para el rito de aportación.

Antígona no pudo contener una mirada de envidia cuando la adepta invocó el poder de la sangre. Mientras entretejía los diversos elementos de tiza y luz de las velas, glifos arcanos y nombres sagrados. Tras setenta años al servicio de la Pirámide, Antígona seguía sin saber más "magia" que el solitario truco que había llevado consigo desde la infancia, el teatral acto de desaparición (ahora me ves, ahora no me ves) que separaba la vida de la muerte.

Había esperado que con el tiempo acabaría encontrando la manera de ganarse su respeto. Cuando Helena había formado el equipo de seguridad de la capilla, Antígona había sido la primera en presentarse voluntaria para la peligrosa y difícil tarea. Pero aquello no había acallado los cuchicheos.

Ella los había oído, por supuesto. Hubiera sido imposible

ocultárselos. Y los demás novicios no eran dados a esconder sus puyas. Chacal, la llamaban. A causa de su trabajo. Seguridad de la Pirámide. Como Anubis, el risueño guardián de los muertos de cabeza de chacal, Antígona montaba celosa guardia en la casa de los no-muertos.

–Me la llevo –dijo Helena–. Ve a ver a los demás. Y luego intenta descansar un poco. Tienes un aspecto horroroso.

–Gracias –musitó Antígona–. A vos tampoco os vendría nada...

Pero ya habían desaparecido. Helena y Sturbridge habían parpadeado una vez y se habían esfumado, dejando a Antígona sola para encontrar la salida de las criptas.

_____ 3 _____ **Sacar al dragón**

Hubo un traqueteo de marfil en la oscuridad. *Un sonido parecido al que se haría cribando huesos viejos con una mosquitera*, pensó Felton. Salvo que las posibles ganancias eran mucho mayores de lo habitual: algún empaste de oro o anillo de compromiso.

–Viento del Este –la voz crepitaba y chisporroteaba, un sonido abrasivo como el que hacen las cerillas al encenderse.

Se alzó un murmullo colectivo en el anillo de conspiradores y el marfil volvió a bailar. El sonido estaba ahora más próximo. Felton trató de discernir cuánto. La única luz que había en la habitación provenía de algún destello esporádico de neón que se colaba por entre los tablones que cegaban la ventana. A pesar del cuidadoso interrogatorio al que la estaba sometiendo, la habitación se negaba a desvelar sus secretos.

Felton sabía que, en circunstancias menos onerosas, hubiera podido reconocer a dos de sus camaradas de vista, y había logrado averiguar el nombre de otros dos. El resto del Conventículo sólo le era conocido por sus voces apagadas o el contorno de sus sombrías

presencias. Supuso que aquella noche serían cerca de una docena. Una multitud más numerosa que de costumbre. Felton odiaba las multitudes tanto como cualquier cosa que se saliera de lo ordinario... en especial en situaciones tan delicada como aquella.

Los conspiradores formaban un tosco círculo. Las sillas de respaldo alto en las que se sentaban eran los únicos muebles que podían verse en el desván del teatro. Felton estaba inquieto y pasaba las manos por la madera barnizada de los brazos de su asiento. Podía sentir en ella el peso de una edad avanzada y una destreza notable. Aquello no era atrezzo. Con aire frívolo, acarició las filas de clavos de latón de la tapicería. Instintivamente, sus manos rehuían el contacto de la piel que cubría el asiento. Le recordaba a una piel vieja de serpiente, abandonada por su dueña. Emitía desagradables crujidos cada vez que Felton se movía en su asiento.

El traqueteo del marfil se detuvo y en la habitación volvió a hacerse un silencio expectante.

–Viento del Sur –esta vez era una voz diferente. Su decepción resultaba evidente, pero se vio rápidamente acallada por renovado traqueteo de ametralladora provocado por el baile de los huesos.

–Me complace tenerte al fin entre nosotros.

Felton apenas captó el susurro de bienvenida. Era evidente que el que había hablado quería ocultar sus palabras bajo la vigorosa sacudida del marfil. Felton sabía que las palabras no estaban dirigidas a él.

Un hombre, que debía de estar sentado varios puestos a su izquierda, replicó:

–Ha faltado poco para que no lo consiguiéramos. No sabíamos si podríamos librarnos de él. Dejaría que la ciudad se sumiera en la negligencia y la ruina, pero nosotros...

–Lo sé, lo sé. No hablaremos más de eso esta noche. Ahora estás aquí con nosotros y eso es lo que importa.

Felton reparó en la presencia de unos pasos regulares y apagados que se aproximaban. Los huesos crujieron y se detuvieron una vez más.

–Viento del Norte –esta vez era la voz de Charlie y había en ella una nota de alivio mal disimulada. De modo que el viejo Charlie había

esquivado la bala. Probablemente era cosa de suerte. De haber sido verdaderamente bueno en toda aquella historia de engaño y sigilo, no sería el único de los presentes al que Felton conocía por su nombre, rostro y voz. Demonios, hasta sabía dónde dormía Charlie la mayoría de las mañanas. Era un tipo bastante majo, pero Felton compartió su alivio al saber que el viejo se había librado de aquella misión de locos.

Últimamente todas eran misiones de locos. Qué diferentes habían sido las cosas mientras se dedicaban a cazar a los Sabbat. ¿Había sido sólo unas pocas semanas atrás? Parecía que hubiera pasado una vida entera o más aún. Sí, el Sabbat te mataba en cuanto te veía. Pero nunca se trataba de lanzarse de cabeza contra una manada entera. Había un trabajo de reconocimiento. Se les interrumpía el suministro y las comunicaciones. Si uno tenía una buena oportunidad, la aprovechaba (y ésas misiones eran siempre las mejores). Pero se entraba y se salía con rapidez... antes de que uno se viera accidentalmente metido en un "encuentro prolongado".

Ahora todo era diferente. Si todavía quedaba algún Sabbat, se había escondido y no asomaba la cabeza. Aunque ésa era la clase de cosa que no se les daba nada bien. Cuando uno lleva algún tiempo siendo el rey de la ciudad, le cuesta librarse del síndrome de perro grande. Felton se había dado cuenta de que lo mismo empezaba a ocurrirles a los "liberadores" de la Camarilla y su nuevo Consejo Provisional. No tardarían mucho en ser tan malos como los malditos Sabbat, si no peores. Supuso que por esa razón seguía él allí, por eso su pequeño núcleo de resistencia seguía unido y seguía luchando. No podían dejar que las cosas se estropearan de nuevo de la misma manera.

O no somos capaces de dejarlo estar. Miró al círculo de figuras siniestras que se agolpaban en el silencio del sombrío desván, a su alrededor. ¿Podían dejarlo estar y marcharse sin más? ¿Podía hacerlo alguno de ellos? ¿Podía él?

Se preguntó, y no por primera vez, lo que haría si no estuviera ahí fuera cada noche, luchando por una causa justa. Cerró los ojos y dejó que el círculo de doce figuras que lo rodeaba cobrara un aspecto muy diferente. Se sentaban a una enorme mesa de conferencias. Se los imaginó ataviados con traje y corbata, discutiendo hasta la

saciedad cuestiones de orden y precedencia; luchando para mantener las Tradiciones de la Mascarada. Trató de imaginarse a sí mismo como un conspirador de la Camarilla: tratando de obtener apoyos, ofreciendo favores de doble filo y sacrificando una procesión eternamente cambiante de peones.

Sí, bien. Él no. Aquello era lo único que sabía hacer. La jugada sin dobles. La lucha nocturna por el dominio de las calles.

Algo se estremeció como una serpiente delante mismo de su nariz. Se encogió antes de poder evitarlo.

–Calma, héroe –respondió una voz suave y burlona–. Una posibilidad entre doce no es una mala apuesta. No hay de qué asustarse –el que había hablado sacudió vigorosamente la bolsa.

Felton soltó un bufido desdeñoso, un sonido que se abrió camino con facilidad entre el traqueteo de los huesos. Agarró la muñeca del otro y la atrajo hacia sí, con algo más de fuerza de la necesaria. Su otra mano buscó la abertura del tosco saco.

–Ahora es una entre nueve, genio –deslizó la mano al interior y movió los dedos entre los pedazos de frío marfil. Los recogió todos de una vez y dejó que fueran resbalando entre sus dedos hasta que sólo quedó uno de ellos. Sacó la mano y suplicó en silencio un poco de suerte.

Poco a poco, abrió los dedos. Esperó a que el cartel de neón del exterior volviera a encenderse, una cuchillada de luz rosa que se coló entre los tablones.

En la tesela de su mano, Felton distinguió una delicada "S" de color azul. Estaba pintada sobre una rosa de los vientos cuyo rayo inferior era de color azul. Otro viento del Sur.

–Mierda –mintió–. Dragón Azul. Parece que es mi noche de suerte.

Alzó la tesela y mostró el lado vacío al resto de los presentes antes de volver a meterla en la bolsa. Sabía que, en la oscuridad, no serían capaces de distinguir la tesela, así que mucho menos el símbolo que lucía. Pero verían el movimiento y eso sería suficiente.

–Eres un nombre muy afortunado –ronroneó la Voz de los Huesos, mientras la bolsa de teselas pendía lacia y olvidada de su mano–. Esta misión traerá gran gloria a nuestra causa. El equipo y las

instrucciones te esperan fuera de la habitación. Nadie la abandonará antes de media hora para que ninguno de los presentes pueda, inadvertidamente, por supuesto, poner la misión en peligro. No te demoraremos más. Que tu golpe encuentre su objetivo.

Felton soltó un bufido.

–Sí, vale. Pero que no os encuentre esperándome cuando regrese, ¿eh, señoritas? No me gustaría pensar que alguien ha perdido una sola hora de sueño por mi causa.

Sufrieron su broma en silencio, absorto cada uno de ellos en sus propios pensamientos. Pero, como uno solo, todos se levantaron al unísono mientras dejaba la sala... sin saber con certeza si volverían a verlo.

4

Devoradores de los muertos

Sturbridge despertó vomitando agua estancada. Su cuerpo entero se estremeció. Se agarró a las cortinas para sostenerse pero no logró más que arrancar el anillo que las sujetaba al dosel de hierro y caer pesadamente al suelo. Consciente de pronto de que no estaba sola en el santuario, utilizó una mano para limpiarse la boca con toda la dignidad que pudo reunir y levantó la cabeza con aire miserable para mirar a los ojos a su invitado.

–Helena –logró decir con voz ahogada y evidente alivio–.
¿Cuánto tiempo llevo...?

La adepta no miraba a su regente a los ojos.

–Me alegro de que volváis a estar entre nosotros, Vuestra Regencia. Temía por vuestra vida. Habéis estado casi una semana sin conocimiento.

–¿Una semana? –repitió Sturbridge con voz hueca, como si las palabras no logran hacerse hueco entre sus pensamientos–. Una semana entera, perdida. Dios mío. ¿Qué les has dicho...?

–¿Qué podía decirles? –la interrumpió Helena con repentina

vehemencia—. No entiendo nada de esto. El príncipe ha demandado veros. Viena quiere saber por qué el embajador ha dejado de informar. ¡Y a mí me gustaría saber qué demonios está ocurriendo aquí!

Sturbridge, en medio de un nuevo ataque de tos, no le ofreció respuesta. La preocupación resultaba evidente en el rostro de Helena, pero seguía apartada, sin hacer ademán de acercarse u ofrecerle ayuda. Estaba tratando de conseguir que su rostro fuera una máscara impassible para esconder el pánico que empezaba a levantarse en el fondo de su mente. *¿Dónde está la sangre?* Mientras seguía mirando a Sturbridge, ese único pensamiento seguía acosándola. Su raza se alimentaba de sangre, sudaba sangre, hasta lloraba sangre. Sturbridge, sin embargo, seguía vomitando sólo agua estancada y trocitos de carne muerta de color azulado. Helena apartó la vista, asqueada.

—Vuestra Regencia, ¿qué le ha pasado al embajador y a... Eva?

Al escuchar la nota de horror y acusación que había en la voz de la adepta, Sturbridge levantó la cabeza. Tosió y escupió.

—Oh, Helena. ¿Cómo puedes pensar que yo...? —se puso en pie trabajosamente y extendió una mano temblorosa hacia la adepta.

Helena se retiró, tensa.

—¿Qué les ha pasado? —repitió con aire obstinado.

Sturbridge se apoyó sobre el poste de la cama.

—No me es fácil contarte esto, así que entenderé que no te sea fácil creerlo. Eva era la responsable de los recientes asesinatos que se han producido en la capilla. Atrajo al embajador con engaños a las criptas y allí lo asesinó. Encontrarás sus restos en el fondo del pozo central.

Helena asintió con cautela. Allí era precisamente donde había encontrado lo que quedaba del embajador.

—Qué horrible y qué conveniente. Que los dos bajaran a las catacumbas y allí se mataran el uno al otro, quiero decir.

Sturbridge observó a Helena con mirada perpleja. El dolor y la amargura que supuraba su voz la habían sorprendido.

—El embajador no fue quien mató a Eva. Creo... creo que lo hice yo.

Sin que ella lo viera, las manos de Helena se hundieron en los

bolsillos de su túnica y se convirtieron en sendos puños. Una de ellas se había cerrado alrededor de algo duro, suave y hecho de madera.

–¿Qué queréis decir con ese "creo"? –Helena hablaba con voz gélida.

Sturbridge se daba cuenta de que la situación estaba adquiriendo un cariz desagradable. Tenía problemas para mantenerse derecha y le preocupaba que la adepta pudiera darse cuenta de ello.

–Adepta. Helena. Siéntate –señaló con un ademán el extremo de la cama.

La mirada de Helena era fría y distante, pero obedeció.

–Sí, Vuestra Regencia –atravesó la habitación y tomó asiento en el espacio indicado. Sturbridge se sentó pesadamente junto a ella.

–Helena, yo estimaba mucho a Eva, casi tanto como si fuera mi propia... hija –se atragantó al pronunciar la palabra–. Pero eso no cambia el hecho de que soy responsable de la seguridad y bienestar de esta capilla. Tú lo sabes. Tenía que averiguar qué estaba haciendo y por qué. Descubrí más de lo que quería saber. Eva no volverá a hacer daño a nadie.

Saltaba a la vista que la compostura de Helena estaba cediendo.

–¿Dónde está su cuerpo? –pronunció cada palabra lenta y separadamente.

–Se quemó, Helena. Se consumió por completo. La luz de la verdad es aún más voraz que la del sol.

La adepta recordó el severo contorno blanco grabado a fuego sobre el suelo de la cripta que había encontrado junto al cuerpo de Sturbridge. Por el momento, la historia de la regente concordaba con lo que había encontrado en la escena del crimen. Apretó los dientes y miró a Sturbridge a los ojos por vez primera. No había modo de seguir demorando la cuestión.

–Vuestra Regencia, hay evidencias innegables en estos casos. Habéis estado comiendo carne humana. Creo que habéis matado y devorado a una novicia confiada a vuestro cuidado.

Allí estaba, lo había dicho. Las palabras sonaban monstruosas, casi absurdas, en sus labios. Pero ya no podía traerlas de vuelta.

Sturbridge parecía a un tiempo herida y entristecida.

–No, Helena. No como tú crees, desde luego. Pero ahora están

todos ellos conmigo. Dentro de mí. Eva, el embajador, los Niños...

Sturbridge oyó el inconfundible aullido animal que brotaba de la garganta de Helena y sintió, más que vio, cómo salía disparado el puño de la adepta. El golpe la acertó en pleno pecho y se dobló sobre sí misma. Se atragantó y sintió que las aguas heladas volvían a alzarse de nuevo.

Sujetando con las dos manos el pedazo de madera que sobresalía de su pecho, la regente sintió que las aguas del olvido se cerraban sobre su cabeza y se hundió en los brazos infinitamente pacientes de los Niños.

Un elaborado mecanismo de relojería

Emmet se detuvo al llegar a la Capilla de los Cinco Distritos. Se apoyó con todo su peso sobre la jamba como si quisiera recobrar el aliento, como si el esfuerzo de arrastrar su cuerpo quebrantado por todo el vestíbulo hubiera sido demasiado para él. Inspiró entrecortadamente. No era algo que se le diera bien. Había perdido práctica.

Pero no era lo que tenía detrás lo que lo dejaba sin aliento; era lo que estaba delante. Tras aquel umbral se encontraba el Grande Foyer, sugerente en sus cambiantes velos de sombras y luz de gas. La capilla tronaba como una fábrica de gas victoriana: el martilleo sobre las tuberías de cobre, los ardientes chorros de llama azul. Entre el *staccato* de llamaradas y sombras se deslizaban figuras silenciosas. Caminaban con la cabeza gacha, los brazos cruzados y las manos ocultas en el interior de grandes mangas.

Mientras Emmet observaba boquiabierto, una de las figuras encapuchadas se llegó sin hacer ruido hasta una curiosa fila de tuberías que sobresalía de una pared. Cada una de las tuberías terminaba en un capuchón de latón del que colgaba una etiqueta de papel al otro extremo de una delicada cadena. La sigilosa figura

extrajo un pergamino de una de sus mangas, sacó un gastado cilindro de cuero de un nicho dispuesto a la sombra de las tuberías y, tras abrirlo a duras penas, depositó su carga en su interior. Pasó algún tiempo examinando las etiquetas de papel hasta encontrar la que buscaba. Con algún esfuerzo, abrió el capuchón de latón e introdujo el cilindro en la tubería. Salió despedido con mucho ruido hacia la oscuridad y desapareció en la compleja red de tubos neumáticos que discurría cerca del techo.

Para Emmet, todo el Grande Foyer era como un elaborado mecanismo de relojería: cada pieza de brillante latón que encajaba a la perfección, cada llamarada que brotaba en el momento preciso, cada movimiento calculado de las fascinantes figurillas que se entregaban a sus misteriosas tareas. Perfecto.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar la mirada. Era tan fácil perderse allí, en medio de los cambiantes velos de deseo y secreto que ocultaban la entrada a la capilla Tremere. Emmet deseaba apartar aquellos velos, uno tras otro, desnudar los prohibidos, dulces, flexibles secretos de aquella casa. La intensidad de aquel deseo le hacía temblar. Sólo a medias fue consciente de la figura del portero, que había aparecido delante de él o del incómodo silencio que se había aposentado pesadamente entre ambos.

–Estoy aquí para ver a Sturbridge, Aisling Sturbridge –dijo con voz áspera mientras trataba de recobrar la compostura–. Ella me conoce –si respirar se había convertido en una tarea complicada, hablar suponía un verdadero esfuerzo de voluntad. Sus colmillos, demasiado grandes, chocaban entre sí, provocando un sonido húmedo que era como el de unos cuchillos afilándose.

Talbott, el Hermano Portero, no se movió un ápice. Se pasó una mano por los plateados y escasos cabellos. *Dorados antaño*, pensó, un poco ausente. *En verdad una pobre recompensa por una vida entera al servicio de esta casa*. Durante los cuarenta años que había desempeñado su labor, Talbott había hecho pasar por el Gran Portal que daba acceso al dominio de los Brujos a un sinnúmero de suplicantes, embajadores, neófitos, dignatarios y hasta algún que otro extraviado. Habían pasado muchas décadas desde la última vez que se había encogido frente a una monstruosidad como la que ahora se

encontraba frente a él... o, lo que es lo mismo, frente a los cambios, de ordinario terribles, que cada una de ellas había traído al Grande Foyer con sus desbocadas expectativas y deseos.

–Sí, recuerdo bastante bien vuestra anterior visita –el rostro de Talbott estaba impasible bajo el cambiante juego de las luces y las sombras–. Traíais un fajo de papeles y fotografías para que las viera la regente. Pero en este momento se encuentra en mitad de unos delicados experimentos y no puede ser molestada. Estoy seguro de que lo comprendéis.

Emmet, consternado por aquel contratiempo inesperado, musitó algo para sus adentros. Empezó a andar y se detuvo de repente.

–Esperaré.

Talbott sacudió la cabeza con aire triste.

–Por supuesto, podéis hacerlo así si lo deseáis. Pero, aquí entre nosotros, os diré que estos experimentos no suelen durar menos de una quincena. Sería mejor que...

Emmet no iba a dejarse desalentar.

–Traigo un mensaje importante de Calebros. El *príncipe* Calebros.

Si esta invocación había tenido algún efecto sobre el portero, esto no dio señales de que fuera así.

–Podéis dejármelo a mí, en ese caso.

–Tengo que entregárselo a la propia Sturbridge –insistió Emmet–. El príncipe espera su respuesta.

–Por supuesto –dijo Talbott con voz apaciguadora–. Podéis esperar dentro. Yo le llevaré vuestro mensaje –alargó una mano.

De mala gana, Emmet le entregó un sencillo sobre blanco, manchado de huellas dactilares. Talbott estaba diciendo alguna formalidad, pero Emmet apenas lo escuchaba.

–Estoy preparado para esperar cuanto sea necesario –dijo con aire ausente y sin mirarlo. Ya se había vuelto y su atención volvía a estar perdida entre los capas cambiantes de sombra y luz de gas.

–Estoy seguro de que sí –dijo Talbott. Olvidado ya por el otro, se retiró.

Una reunión de cuervos

Antígona se sentaba, sumida en un silencio rígido, en medio de lo que quedaba del Conventículo, con los puños apoyados sobre el regazo. El rito de Sacar el Dragón había consumido toda su actividad durante la pasada semana. Era la única razón por la que estaba allí. Todo cuanto ocurriese en adelante sería algo mundano para ella, una nota al margen. Pero tenía que permanecer allí y asegurarse de que aquel desgraciado asunto concluía de una maldita vez.

Alguien tenía que quedarse atrás y aceptar la responsabilidad, arrostrar las consecuencias. Aunque todos sus camaradas de conspiración siguieran en la inocente inconsciencia, ella lo sabía: el rito había ido terriblemente mal.

La siguiente media hora resultó una tortura. Soportó la letanía casi clerical, la lista de casas seguras que habían dejado de ser seguras. La enumeración de contactos que, desde la última reunión, habían dejado de ponerse en contacto. Una colección entera de nuevas frases clave y contraseñas que había de memorizar.

Una vez más, sus pensamientos regresaron al elegido de la Sierpe, el miembro de su círculo que había atraído al Dragón. Había algo caliente allí, resentimiento, pero lo tapó y dejó que se agitara. *Montura de la Sierpe*, pensó con amargura, y sonrió. No era una sonrisa agradable. *Como si eso fuera a evitar, después de haber fastidiado mi ritual, que me ría sobre su carcasa inundada de gusanos.*

Las palabras de la Voz de los Huesos habían dejado hacía mucho tiempo de grabarse en sus pensamientos. Su voz zumbaba como un canto monástico. Antígona creía poder detectar una nota sutil y ominosa en ella. Le recordaba al ruido que hacían las tormentas cuando se formaban.

Mientras la letanía de minucias seguía aumentando, empezó a preguntarse de forma ausente cómo lo sabría él. El Elegido era siempre enviado antes que el resto del Conventículo, en teoría para impedir que los demás interfirieran, inadvertidamente o no, con su

tarea. ¿Cómo, se preguntó, podría conocer las últimas señales y claves? ¿Cómo podría evitar los refugios que ya no fueran seguros? ¿Cómo podría...?

No lo haría, comprendió con repentina claridad. Ésa era la cuestión. Sólo se recurría al Rito del Dragón para las misiones más peligrosas. Las que proporcionaban la parte del león en el reparto de las glorias... y también los riesgos equivalentes. Si el Elegido era capturado en el transcurso de su misión, no le haría ningún bien tener las últimas contraseñas y lugares de reunión en la cabeza. La información podía extraerse: éste era un principio central entre los que eran como ella, aquellos que vivían y morían de acuerdo al capricho de los inconstantes dioses del conocimiento y los secretos.

Existía una posibilidad más siniestra, por supuesto, pero Antígona no estaba aún preparada para considerarla: la posibilidad de que se contase con que el Elegido no regresara de la misión asignada. Recordó la sensación de solemnidad que la embargaba cuando el círculo entero de conspiradores se ponía en pie al unísono para honrar al colega que marchaba. Como los portadores de un paño mortuario, apartándose para dejar pasar al ataúd.

Fue el nombre lo que la sacó de sus ensoñaciones. *Johanus*. La cabeza de Antígona se levantó de repente antes de que pudiera esconder su reacción. Permaneció muy quieta, confiando en que nadie hubiera reparado en su repentino interés. Con un sobresalto, Antígona se dio cuenta de que la letanía había concluido varios minutos atrás y la Reunión de los Cuervos ya estaba bastante avanzada.

La Voz de los Huesos había vuelto a sentarse y había cedido su puesto. Alguien que se encontraba a la izquierda de Antígona se había puesto en pie con aire titubeante y se estaba dirigiendo a los presentes.

—Es otra vez como lo de Ellis Island —se quejó con un marcado acento del Bronx—. Hacedme caso, si nadie le para los pies, va a hacer que cada uno de esos malditos refugiados respondan directamente ante él. Nunca he visto nada igual. ¡Es como si estuviera tratando de contabilizarlos, dirigirlos y alistarlos! Les dice dónde pueden vivir, dónde pueden alimentarse, lo que pueden hacer y lo que no. ¡Les está asignando dominios, por el amor de Dios! Es una locura.

Me gustaría saber de dónde ha sacado la idea de que tiene derecho, o capacidad, ya que estamos, para hacer eso. No sé quién es ese tío ni quién se cree él que es, pero alguien tiene que pararle los pies bien parados.

Rebuscó dentro de un saco que descansaba junto a él y sacó un pequeño fardo inerte. Lo arrojó con un gesto desdeñoso en el centro del círculo de conspiradores. Aterrizó con un ruido sordo y se quedó allí, inmóvil. Antígona no necesitaba ver para saber lo que era. Un montón de plumas negras. El cuerpo quebrado de un cuervo, con el cuello partido limpiamente. Una acusación silenciosa arrojada a su cara.

–Yo no sé quién es pero puedo imaginarme para quién trabaja –había amargura en la nueva voz. El que había hablado no hizo ademán de levantarse, pero se agitó incómodo en su asiento–. El tal Johanus es un Tremere. Y no hay uno sólo de ellos que tenga las pelotas de asomar el cuello sin saber que cuenta con respaldo. No, si ese Johanus está tratando de conseguir apoyo entre los refugiados, podéis estar seguros de que los Tremere están detrás y tienen buenas razones para tratar de cambiar las cosas.

–Aunque fuera una especie de lobo solitario –lo interrumpió una tercera voz–, no podemos tolerar que un Tremere, ningún Tremere, tenga tanta autoridad sobre lo que ocurre en la ciudad –escupió y murmuró algo sobre los brujos.

–Muy bien, concedido. Sería una estupidez darle aún más poder a la maldita Pirámide Tremere. Pero si de verdad está haciendo lo que decís, repartir dominios y territorios de caza, le está pisando el terreno al príncipe y lo está haciendo intencionadamente. Lo miréis como lo miréis, eso le costará al príncipe parte de su prestigio y debilitará su posición. Y eso es bueno para nuestros intereses.

–¿Quieres cambiar a un testaferro Nosfi por un dictador Tremere? Debes de haber perdido la...

–Recuerdo haber visto tal Johanus durante la Liberación. Un tío grande de la capilla. Pelo y barba rojos. Siempre parecía un poco fuera de lugar, como un vikingo avanzando en medio mismo de los tiroteos. Pues no le dieron una sola vez. Y no es que me parezca bien...

–Caballeros –lo interrumpió con voz suave la Voz de los Huesos–. Obviamente, el tal Johanus es un brujo de cierta importancia, y uno que no está acostumbrado a los rigores del campo de batalla. ¿Qué acción están proponiendo? El asesinato de alguien así no es asunto baladí y tal vez fuera mejor presentarlo directamente al dragón.

Se alzó un murmullo de asentimiento por todo el círculo. Antígona sabía que lo mejor que podía hacer era mantener la boca cerrada. Pero a pesar del riesgo de levantar sospechas o incluso revelar su identidad, tenía que decir algo. Para arrancar de raíz esa línea de especulación antes de que pasara a mayores. Antes de que el asunto fuera presentado al dragón y algún otro idiota sacara el hueso equivocado y se encontrara embarcado en una misión suicida.

–Yo he luchado a su lado –alzó la voz para asegurarse de que se la oía por encima de los murmullos–. En la Liberación. He visto a ese bastardo caminar en medio de una lluvia de balas. He visto cómo arrojaba fuego sobre sus enemigos. He visto cómo mataba con una sola palabra. No vais a detener a alguien así con la bala de un asesino.

Sus palabras hicieron que volviera a estallar la discusión. En medio del clamor reinante, una figura situada a su derecha se levantó y se colocó en el centro del anillo, ignorando la conmoción, cogió el pequeño pájaro roto y lo alzó para que todos pudieran verlo. La habitación se calmó poco a poco.

–No tenemos por qué matarlo para detenerlo.

Para sorpresa de Antígona, se trataba de otra voz femenina. Casi sin darse cuenta, empezó a entornar la mirada para tratar de distinguir algún atisbo de los rasgos de la otra.

La mujer situada en el centro del anillo continuó.

–Podemos aprovechar la riada de refugiados e inmigrantes. Ya están asustados e inseguros, huyen de los peores excesos del Sabbat. Podemos usar eso, alimentar su miedo y su incertidumbre. Cuando hayamos terminado con ellos, no se atreverán a mostrarse, a él o a cualquier otro que asegure poseer autoridad.

–El Desafío ha sido aceptado –intervino rápidamente la Voz de los Huesos para restablecer una semblanza de orden–. ¿Hay algún

otro?

Siguió así durante algún tiempo, pero Antígona tenía ahora algo de lo que preocuparse. Tendría que advertir a Johanus a la menor oportunidad. No sabía qué estaba planeando exactamente su camarada de conspiración pero sabía que no auguraba nada bueno para Johanus y su proyecto.

Dos desafíos más fueron ofrecidos y aceptados. Antígona apenas se dio cuenta de ello. Al cabo de treinta minutos exactos, la Voz de los Huesos dio comienzo al Lanzamiento de las Piedras. Dio tres vueltas al círculo de conspiradores, por detrás, en sentido contrario a las agujas del reloj. Entonces dio una palmadita a una de las figuras, elegida aparentemente al azar. Sin una palabra de despedida, la figura se levantó y salió de la habitación. La selección se repitió a intervalos de cinco minutos exactos.

Sólo quedaban cuatro de ellos en la habitación cuando la Voz de los Huesos se detuvo tras la silla de Antígona. Le puso una mano delicada sobre el hombro. Ella no hizo ademán de moverse. Tras un momento de incertidumbre, la Voz le apretó el hombro una vez, volvió a ponerse en marcha y despidió a los otros dos conspiradores.

Sólo cuando la puerta se hubo cerrado tras el último de ellos rompió la Voz de los Huesos el silencio.

–Estás decepcionada. Es comprensible –se aproximó a la puerta, echó el cerrojo y a continuación encendió la luz.

Antígona se sentaba inclinada en su silla, con los codos sobre los muslos. Estaba jugueteando con una pequeña tesela de marfil. Pasándola entre sus dedos.

–¿Decepcionada? Bueno, es una manera de decirlo. "Jodida" podría ser otra. Semanas de esfuerzo arruinadas.

–No arruinadas, seguro que no. La misión seguirá adelante. Derribaremos una de las muletas del príncipe. Esto puedo asegurártelo.

Ella se volvió hacia él mientras se le acercaba y le miró los ojos. Aún llevaba las insignias ceremoniales, la túnica con capucha anudada a la cintura con una cuerda tosca. La máscara esculpida estaba pintada de un blanco de tiza. Tenía la forma del cráneo de un ave de presa. Antígona se estremeció. Por muchas veces que la viera,

algo en aquella máscara lograba inquietarla siempre. Era una estupidez, lo sabía. No era más que una herramienta ceremonial, una cosa hecha de corteza y pintura y sangre de buey. Pero saberlo no servía de nada. Había poder en la máscara, una especie de potencia. Su silencioso grito parecía hacer saltar una alarma en su cabeza, una nota vibrante y aguda que trepidaba directamente en sus huesos sin pasar por el intermedio de sus oídos.

Bajó la mirada frente al escrutinio impasible de aquel rostro de ave. Sus pensamientos estaban ya muy lejos. Recordaba un paseo por el bosque con su padre. No debía de tener más de tres años. Se había alejado de él, riendo, y se había topado, como por accidente, con el cuerpo quebrado de un pájaro.

Recordaba vívidamente la expresión en el rostro de Padre cuando emergió de la espesura y la vio allí (tan silenciosa), parada, con el fétido cadáver aferrado en un puño diminuto y blanco. No hubo el menor atisbo de disgusto, el menor destello de alarma en su rostro. No trató de quitarle el pútrido montón de plumas ni de hacer que lo soltara. El lento y paciente conocimiento de una montaña que rinde un muy amado arroyo de su hielo a su larga y solitaria travesía. Una despedida.

Todo era tan inevitable como el curso del agua colina abajo. Respiró profundamente para aprestarse a lo que sin duda se avecinaba.

Ella levantó el pequeño y roto montón de plumas y lo colocó frente a Padre.

–*¿Por qué no vuela?* –demandó–. *Arréglalo.*

Antígona dio la vuelta a la fría tesela de marfil con el pulgar y a continuación la lanzó hacia el techo. Su vuelo era torpe. La observó mientras ascendía dando vueltas y el dragón azul le guiñaba el ojo. Una vez, dos veces, tres...

–Ésa era mi misión. Teníamos un trato –dijo.

La tesela cayó al suelo. La Voz no se movió para recogerla.

–Estoy completamente de acuerdo. Pero las cosas no han ido como estaba planeado. Alguien parece haberse encargado de las cosas. Primero tenemos que aceptar esto y luego tenemos que encargarnos de las consecuencias.

–Tú puedes encargarte de las malditas consecuencias. Ésa era mi misión. Yo la ideé, yo la planeé... hasta escribí el maldito informe. Es culpa de la maldita red de los tíos, ¿no? No podéis creer que una mujer sea capaz de hacer algo importante. Bueno, pues estoy harta. Harta de todo. ¿No crees que pueda encargarme de una misión comprometida? Amigo, llevo en el ramo de la inteligencia desde la Guerra... la Gran Guerra. Y ya entonces se me daba bien. No creerás que es fácil para una mujer irrumpir en este perpetuo club de caballeros, ¿verdad? Si supieras la mitad de las cosas que he tenido que hacer...

–Nadie está poniendo en duda tus credenciales, querida. No tienes que demostrar nada...

–Y si vuelves a llamarme "querida" otra vez, te parto el... pico
–lo fulminó con la mirada, observando sus ojos a través de los agujeros de la severa máscara de hueso, desafiándolo a decir algo más.

Sabiamente, él no esbozó ni tan siquiera una sombra de sonrisa.

–¿Cómo preferirías que te llamara? –preguntó.

Lo pensó un instante.

–Puedes llamarme señora Baines.

–¿Señora? –preguntó con toda intención–. ¿Estás casada? Debes perdonarme. Es que pareces tan joven...

Antígona se enfureció.

–¿Así que ahora soy demasiado joven además de demasiado mujer? ¿Es eso? Me largo.

Se levantó para hacerlo, pero al instante él estaba allí, tratando de apaciguarla con sus gestos.

–Por favor. Siéntate. No pretendía decir eso, en absoluto. Ya sabes que tengo la máxima confianza en ti, en tus habilidades. De no ser así, jamás hubiera accedido a dejar que participaras en esta misión. No olvides que fui yo quien te confió el dragón –arrastró la tesela por el suelo con el pie.

Ella se paró pero no volvió a sentarse.

–¿Y pusiste "accidentalmente" otro dragón en la bolsa para que otro lo sacara? Eso no hay quien se lo crea.

–No, por supuesto que no. ¿Qué te hace pensar...? Ah, ahora

entiendo por qué estas tan enfadada. Espera un momento –se dirigió a su silla y recogió la pequeña bolsa de arpillera. Regresó y se la arrojó–. Adelante. Examínala por ti misma –dijo–. Están todas ahí. Doce vientos. Ni un solo dragón en la bolsa. Adelante, cuéntalas.

Antígona abrió la bolsa y sacó las teselas de marfil. Las examinó una tras otra.

–Doce vientos –admitió de mala gana–. Entonces, ¿cómo ha podido...? –se interrumpió.

–Ha mentido –dijo la Voz de los Huesos–. Desconozco sus razones. Por derecho, la misión te correspondía a ti. Teníamos un trato. Te había dado mi palabra. Te había dado el dragón. Sólo faltaba que el rito hubiera avanzado un paso más en el círculo y habrías sacado la tesela y reclamado la misión para ti.

–Sólo que alguien interfirió con el rito –dijo–. ¿Quién?

–Si te lo dijera sería una violación de confianza –dijo él.

–Maldita sea, era mi rito, mi misión. ¿Crees que voy a dejarlo estar sin más?

–Por supuesto que no. No pretendo que dejes pasar semejante afrenta. Pero las cosas deben hacerse de la manera apropiada. Aun asumiendo que conociera la identidad de ese hombre, no te la revelaría. Eso comprometería la integridad del Conventículo.

–Voy a tras él. Lo sabes ¿verdad? Cuento con... medios para ello –la amenaza tenía poca sustancia pero ella dudaba que la Voz de los Huesos supiera con exactitud lo que era o no capaz de hacer–. Lo encontraré de todos modos pero me gustaría pensar que seguimos en el mismo bando. Que no te has guardado a propósito una información que podría haberme sido de utilidad.

–Contigo todo es blanco o negro –dijo él–. Ayudar o estorbar. Amigo o enemigo. ¿Acaso he dicho que no fuera a ayudarte? Sólo he dicho que no iba a revelar la identidad de ese hombre. Eso sería una deshonra. Pero puedo decirte esto: si sobrevive a la misión, tendrá que encontrar la manera de ponerse en contacto con nosotros.

–Porque no conoce ninguna de las nuevas contraseñas ni los puntos de reunión –dijo ella–. El elegido de la Sierpe siempre se marcha antes de la Letanía.

–Eres muy observadora, queri... Señora Baines –se corrigió–.

Regresará al último lugar en el que nos encontramos. Tú lo estarás esperando.

–Aquí –dijo ella–. ¿Mañana por la noche?

–Puede. Si hay complicaciones, podría tardar más en volver a aparecer. Pero sí, deberá regresar aquí si quiere encontrarse de nuevo con nosotros.

–Entonces esperaré. Gracias, has sido de gran...

–Sí, de nada, señora Baines. Buenas noches. Y buena caza.

Sub specie aeternitatis

Calebros apoyó los codos sobre el parapeto y contempló la ciudad que se extendía debajo de él. El mirador del Empire State Building estaba desierto, cerrado como todas las noches. Una fría brisa acariciaba el tenso pergamino de su rostro. Esbozó una sonrisa contenida, una horripilante grieta abierta en aquella máscara de muerte. Aquél era uno de los pocos lugares descubiertos en los que se sentía a salvo. Ignoró con testarudez todas las evidencias que indicaban que no era sabio hacerlo: la vertiginosa altura, el helicóptero de la policía que levitaba demasiado cerca, el ruido sordo provocado por el viejo ascensor al recorrer los ochenta pisos de altura...

Creía haber desconectado manualmente el ascensor después de llegar. Emmet le había enseñado a hacerlo una vez. *Él* sabría. De forma ausente, Calebros siguió el progreso del ascensor con los pensamientos, pero sus ojos no se apartaron de la ciudad. *Mi ciudad, pensó, que Dios los ayude.*

Una parte escéptica de su mente no dejaba de recordarle que lo que estaba viendo no era la ciudad... no la verdadera ciudad. La verdadera ciudad era la que se ocultaba tras este velo de brillante neón. De los guiños coquetos de las marquesinas podía deducir apenas a las grandes damas de Broadway: los teatros históricos cuya edad de oro había pasado ya pero que seguían pavoneándose, capa

sobre capa de maquillaje fosforescente. De los aullantes logotipos que ardían en Times Square podía derivar apenas la presencia de los parlanchines gigantes de los medios de comunicación, mientras voceaban sus banalidades al cielo nocturno. Ondas de radio y televisión rebotando sin dirección entre las distantes estrellas. *Sub specie aeternitatis*.

Mucho más abajo, diminutas farolas con forma de antenas ponían a prueba los muros del Laberinto, se escabullían por entre la invisible red de giros de noventa grados y calles de un solo sentido que sólo podían inferirse gracias a las veloces y curiosas luces. La lógica de la ciudad era circular. No afirmaba nada, no probaba nada.

Si había allí algún retazo de sustancia, tras las vaporosas capas de luz trémula, había de ser rondada con sigilo y sorprendida desprevenida. Tras él, las puertas del ascensor se abrieron con un siseo. La campanada que anunciaba tradicionalmente su llegada guardó un conspicuo silencio. Era posible que se hubiera apagado tras su llegada, pensó. Pero parecía más probable que hubiera sido desconectada. Calebros no se volvió hacia las puertas sino que les dio la espalda a propósito y se acercó al más próximo de los telescopios cromados. Sacó una bolsa de arpillera putrefacta de una de sus mangas y empezó a buscar en su interior la moneda apropiada.

Los pasos que se aproximaban eran casi imperceptibles. La voz áspera, cuando habló, lo hizo con suavidad, justo detrás de él.

–Es la que tiene el águila en una cara y el hombre calvo en la otra. Ése es George Washington. Es grande, de plata y tiene el borde serrado. ¿Por qué no habéis desconectado el ascensor como os dije?

–Gracias, Emmet –replicó Calebros con cierta tensión–. Creo que ya sé lo que es un cuarto de dólar. Malditas monedas nuevas... –interpuso su espalda entre Emmet y la ranura de las monedas.

–He dicho el hombre calvo. Ése es Kennedy; tiene pelo. Y está claro que no va a caber en una ranura tan pequeña. Dejadme ver.

Calebros se encorvó un poco más sobre su bolsa para escudarla de la mano ansiosa de Emmet. Éste insistió un poco más pero enseguida abandonó.

–Olvidadlo. Mirad. *Esto* es un cuarto de dólar –extrajo una moneda de su bolsillo y se la mostró a Calebros. Pasó alrededor del

príncipe y la insertó en la ranura. Hubo un traqueteo en el interior de la máquina y a continuación un crujido brusco.

–Se mira por esos dos agujerillos de ahí... –empezó a decir Emmet pero se interrumpió al ver la mirada furiosa de su superior.

Calebros hizo pivotar el visor y empezó a registrar las moles de los edificios en busca de las verdaderas y sombrías formas que se ocultaban tras las esquivas llamaradas de las luces.

–Artilugio infernal... –musitó. Dirigió el telescopio hacia las luces que asomaban por las ventanas del hotel situado al final de la manzana–. Con esta cosa no se ve nada –frustrado, propinó un ruidoso golpe al visor. El soporte de metal, tan grueso como el brazo de un hombre, se dobló ostensiblemente.

–¡Calma! Lo vais a arrancar –Emmet pasó deslizándose a su lado y trató, en vano, de enderezarlo.

–¿Arrancar? –bufó Calebros–. Acabo de decirte que el maldito aparato funciona mal. ¿Es que es demasiado pedir un viejo y buen catalejo? Ya que me piden que haga algo así, que reconstruya el último baluarte de la Camarilla en la costa este, al menos podían proporcionarme un maldito catalejo. ¿Es demasiado pedir?

Emmet ignoró a propósito el estallido de su príncipe. Sacó una argolla con no menos de cincuenta llaves del interior de su chaqueta manchada de aceite. Registró metódicamente la maraña de llaves hasta encontrar la que andaba buscando. Se colocó detrás del telescopio, insertó la llave y la giró. El panel trasero se abrió hacia abajo y reveló un delicado conjunto de circuitos electrónicos. Emmet metió la mano en la maraña de entrañas y pulsó un interruptor. Se vio recompensado con tres luces rojas parpadeantes y un zumbido mecánico, emitido por la antena al tratar de establecer el enlace por satélite.

–Vamos... –la animó. Uno tras otro, los interruptores se volvieron verdes–. ¡Sí!

Se volvió hacia Calebros, poseído por un entusiasmo no disimulado, pero la mirada dolorida que se veía en el rostro de su superior lo abatió al instante. Era la clase de mirada que uno le hubiera dirigido a un niño que acabara de depositar orgullosamente un pájaro muerto a tus pies.

–Presumo que eso significa que has arreglado el maldito trasto
–dijo Calebros.

Emmet gruñó e hizo un gesto hacia el visor. Como si esperara recibir una descarga eléctrica, Calebros tocó con recelo los asideros y se inclinó para mirar.

–Vaya, esto está un poco mejor –admitió de mala gana. La habitación del hotel, que antes había aparecido como un vago rectángulo de luz, rendía ahora sus secretos. En la pequeña mesa que había cerca de la cama, se distinguía con claridad el logotipo del hotel sobre una hoja de papel, así como el nombre y el número de teléfono que alguien había garabateado a toda prisa sobre ella. Adam Graves. Un número local. Calebros tomó nota mentalmente.

A continuación, apartó el visor del bullicio del barrio teatral y lo dirigió a Morningside Heights y el recluso campus de Barnard College. El edificio administrativo poseía la dudosa distinción de ser la entrada más pública a la Capilla de los Cinco Distritos, el dominio de los Brujos.

–No me has dicho cómo ha reaccionado la regente Sturbridge a nuestra invitación, Emmet.

Emmet se agitó con aire incómodo, un hecho que a su superior no le pasó inadvertido a pesar de que no levantó la mirada del visor un solo instante.

–No pude verla. Su perro guardián, el tal Talbott, dijo que estaba en medio de no sé qué brujería y que no se la podía molestar.

Al escuchar esto, Calebros se volvió hacia él, pero Emmet se anticipó a la esperada reprimenda alzando una mano.

–Insistí, por supuesto, pero no sirvió de nada. Al final, por lo menos conseguí que le llevaran vuestra nota. He aquí su respuesta –le tendió un sobre con la inconfundible apariencia de la vitela dorada. La parte delantera no tenía ninguna inscripción. En la trasera se veía sólo una letra solitaria, una "C" miniada que cubría la lengüeta como un sello de lacre.

Calebros abrió el sobre por arriba con una uña negra, cuidándose mucho de no tocar el sello. Abrió y examinó con rapidez la epístola que contenía. Parecía a punto de decir algo cuando se contuvo y volvió a leer la carta. Esta vez con mucha más lentitud.

–¿Has leído el contenido de esta carta? –la voz de Calebros estaba más alzada de lo normal, no tanto con cólera como con incredulidad.

–¿Estáis loco? Disculpad. ¿De veras creéis que soy tan idiota como para asomar la nariz en algo que ha salido de una capilla Tremere? Ni siquiera sé si hubiera abierto la maldita carta de haber estado dirigida *a mí*.

Calebros dirigió a su hermano de clan su más paciente mirada, la que solía reservar para los idiotas y los niños. Emmet se encogió bajo el peso de aquellos ojos crepusculares.

–Pero no hacía falta que la leyera. Capté la idea a la perfección. Con sólo ver a ese Talbott. No va a venir, ¿verdad?

–Mira esto –Calebros le tendió la carta y, al ver que Emmet vacilaba, la sacudió frente a sus ojos. Parecía ansioso por librarse de ella. Emmet tomó la carta y examinó la breve pero educada negativa.

A Calebros, Príncipe

De Sturbridge, Regencia, C5D

Gracias por vuestra generosa invitación. Estoy desolada pero me temo que no podré acudir. En el momento presente estoy entregada a la delicada tarea de terminar de limpiar los restos de la infección Koldum. Estoy segura que comprenderéis que se trata de una responsabilidad que no puede tomarse a la ligera ni confiarse a manos menos experimentadas.

Es poco probable que mis labores concluyan antes de una quincena. Estoy impaciente por reunirme con vos lo antes posible para discutir los detalles administrativos que mencionabais en vuestra nota.

Fide et Vigilante

~ A.S.

–Sí. Parece que no va a venir. ¿Y ahora qué? –Emmet trató de devolverle la carta pero el príncipe lo ignoró.

–¿No ves nada raro en esa nota?

Emmet frunció el ceño y volvió a leerla.

–Sí, más Kolduns. Es muy amable por su parte mencionarlo. Habría sido aún mejor que lo hubiéramos sabido ayer, antes de dar luz verde a ese reconocimiento en la Batería. Hay dos patrullas que aún

no han informado. Tenemos gente siguiendo el rastro de las patrullas pero ya casi han pasado veinticuatro horas. No soy demasiado optimista.

Las manos de Calebros aferraron con más fuerza la barandilla y le arrancaron un gemido metálico de protesta. Más noticias desagradables. Su primer impulso fue responder, interrogar a su subordinado para pedirle detalles y castigarlo por no haberlo informado antes. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener esta compulsión. Aspiró lentamente y contuvo el aliento hasta que logró calmarse. Sabía que todo lo que podía hacerse se estaba haciendo ya.

–¿Sabías –meditó en voz alta– que en los viejos tiempos teníamos la costumbre de ejecutar sumariamente a los portadores de noticias como éstas? Puede que sólo sea nostalgia, pero estas noches me siento tentado de reinstaurar esta encantadora tradición.

–Como queráis –Emmet se encogió de hombros–. Pero para mí que así lo único que vais a conseguir es tener más mensajeros muertos que buenas noticias.

Calebros esbozó aquella sonrisa que era una máscara de la muerte.

–No tengo nada contra los mensajeros muertos. Últimamente los utilizo casi en exclusiva. No, el problema no es que sus cuerpos estén muertos, es que se les han secado las entendederas. Vuelve a mirar la carta. ¿No ves nada extraño en la nota? No hablo de su contenido.

Emmet examinó cuidadosamente la carta y luego el sobre pero no descubrió nada fuera de lo normal.

–¿Cómo qué?

–Como la letra, para empezar. No es la de Sturbridge.

–¿Qué queréis decir con que no es la suya? –demandó Emmet–. Por supuesto que lo es. ¿De quién más podría ser? ¿Por qué iba nadie a ser tan estúpido como para...? –dejó la pregunta inacabada.

–¿Para falsificar una nota suya? Eso, ¿por qué? Hay demasiados interrogantes aquí –Calebros reflexionó durante un momento. El tamborileo de sus dedos sobre el visor de cromo desgranaba un ritmo lento e hipnótico–. Pero creo que podemos reducir las posibilidades a unas pocas. Si no estoy equivocado, lo

esencial de este enigma se reduce a dos escenarios significativos. Todas las demás respuestas pueden identificarse con una de estas dos.

–Queréis decir que o bien alguien está tratando de engañarnos o bien esto es lo que algún tarado Tremere entiende por una broma de mal gusto.

Calebros lo miró con el ceño fruncido.

–Me decepcionas, Emmet. Para mí es una fuente constante de asombro ver que, mientras con una sola mirada eres capaz de comprender esa maraña infernal de cables, te resulta imposible deshacer en tu interior los más sencillos nudos lógicos. Esas posibilidades no agotan la totalidad. Hay muchas más que no has contemplado. ¿Necesitas un ejemplo?

–Decid tres –lo desafió Emmet, con aire beligerante.

–Muy bien. En primer lugar, hay unas pocas causas perfectamente inocentes que explicarían que la letra de Sturbridge no apareciera en esta nota. Posibilidad primera: Sturbridge utiliza un intermediario para ocuparse de la correspondencia. Desde luego, un secretario mortal estaría acorde con su posición y con las costumbres de los tiempos de su vida mortal. Ella es producto de una era más elegante, el cambio de siglo, si no recuerdo mal. El siglo *pasado* –añadió.

–Sí, pero ningún secretario personal se atrevería a rechazar una invitación formal del príncipe –replicó Emmet–. Tendría que consultarlo primero con Sturbridge.

–Salvo que no pudiera hacerlo –dijo Calebros–. Posibilidad segunda: la situación es exactamente la que describe esta nota. Sturbridge está en la actualidad metida hasta la barbilla en la sangre de algún ritual taumatúrgico. Molestarla arruinaría semanas de esfuerzo. El segundo en el mando de la capilla ha recibido la orden de actuar *in loco regentiae* hasta que termine el ritual.

Emmet sonrió y contestó.

–Pero no habéis escogido esta explicación en primer lugar, ¿verdad? No os lo tragáis. Sólo estáis haciendo de abogado del diablo. *Sí* que pensáis que alguien está tratando de engañarnos.

–Puedes llamarme escéptico si quieres, pero no creo que la

honestidad absoluta sea la solución más probable en este caso –asintió Calebros a regañadientes–. Debo admitir que el escenario que más peso tiene en mis pensamientos es el más siniestro.

Posibilidad tercera: consideremos por un momento que la regente Sturbridge esté muerta.

–¿Muerta? ¿Pensáis que está muerta? Eso va a provocar un caos en vuestros planes para la cena.

Calebros ignoró el sarcasmo.

–Sus subordinados no querrían que se supiera, por supuesto, hasta que se hubiera elegido un sustituto. Su posición sería de repente... muy precaria.

–Y que lo digáis. Cualquiera que tenga una cuenta pendiente con los Tremere podría aprovechar la oportunidad para cobrarse una pequeña venganza. ¿De veras pensáis que está muerta?

Calebros se frotó los ojos. Parecía cansado.

–He dicho que temía que lo estuviera. No hemos sabido nada de ella desde la confirmación de que los Tremere habían cumplido con su parte en aquel feo asunto de Leopoldo y el Ojo. Encárgate de comprobar también la letra de aquellas cartas, Emmet. Es del todo posible que ella pereciera en aquella batalla. El choque de energías arcanas logró acabar con una manzana casi entera del centro de Manhattan. Pero Sturbridge es una mujer dura. Puede que no bastase con eso para sacarla de la circulación.

Emmet asintió y escribió unos pocos símbolos crípticos en una libreta de notas. Calebros continuó dictando:

–Que se vigile a todas horas la entrada principal de la capilla, Millbank Hall, así como cualquier punto de acceso que conozcamos. Quiero tenerlos controlados. Que nadie se ponga en contacto con ellos sin autorización, nadie en absoluto. Nada que no sea una intervención médica de emergencia, ¿comprendido?

Emmet cerró la libreta.

–Sin problemas. Me parece que me toca la parte sencilla. Mientras tanto, vos tendréis que mantener unida esta maldita ciudad sin ayuda. ¿Podremos hacerlo? Sin contar con el apoyo de los Tremere, me refiero.

Calebros no respondió de inmediato.

–Tenemos que aprovecharnos de la ausencia de los Tremere. Haz correr el rumor de que hemos logrado intimidar a Sturbridge y no se atreve ni a asomar la cabeza. O diles que le he prometido la ciudad entera cuando mi mandato termine. No, mejor aún. Deja que los dos rumores circulen a la vez. Si los Tremere están debilitados, debemos proporcionarles algo de tiempo para que puedan reagruparse. Y si las demás facciones piensan que Sturbridge tiene las manos atadas, sus movimientos serán más favorables a nuestros intereses. Al menos inicialmente.

Emmet parecía dubitativo, pero el príncipe insistió.

–Y si los Tremere están, como tú has dicho, "tratando de engañarnos", tenemos que proporcionarles a todos los demás una buena razón para actuar contra los brujos antes de que termine el año. Y para eso bastará con que crean que Sturbridge es la heredera.

–¿Sabéis?, nunca fuisteis tan malicioso antes de que os hicieran príncipe –dijo Emmet.

–Sí que lo era; sólo que no lo demostraba. Me temo que estoy perdiendo mi sutileza. Estas responsabilidades nuevas sólo sirven para sacarme a campo abierto.

Emmet desechó las preocupaciones del príncipe con un ademán.

–Eso es sólo para que sus francotiradores puedan teneros en el punto de mira.

Instintivamente, los ojos de Calebros escudriñaron los tejados circundantes en busca del revelador destello de la luz de la luna sobre el metal de un arma.

–Bajemos, la noche empieza a enfriar –de mala gana, le dio la espalda al velado paisaje de la ciudad.

Emmet soltó una risilla, un sonido sordo y chirriante, como si alguien estuviera frotando dos tejas, y abrió la puerta que conducía al centro de visitantes con sus paredes de cristal.

–Maldita sea. Hubiera jurado que había cerrado esa...

La luz que había sobre la puerta del ascensor parpadeó, acompañada, no por la tradicional campanada musical (que había sido desconectada) sino por el rugido gutural de una bola de fuego que brotó de los reducidos confines de la cabina. La explosión zarandeó la

estructura entera. El suelo se estremeció como la cubierta de un barco en plena tormenta. Las paredes de cristal estallaron y se esparcieron por la noche.

Emmet sólo tuvo un segundo para reaccionar... tiempo suficiente para soltar el picaporte de la puerta y arrojarse de bruces sobre el hormigón del suelo. La ola de fragmentos de cristal rompió sobre él. Una fracción de segundo más tarde, sintió la bocanada de llamas ondulantes. Se extendieron, riendo, sobre todo su cuerpo tendido. Entonces, la congoja de la carne remitió un ápice, tornada irrelevante por la impaciente inmediatez de sus propios alaridos, el terror y las dentelladas de la Bestia.

Calebros no tuvo tanta suerte. La flor de llamas y cristales se abrió sobre él. Al instante le hizo jirones la ropa y cubrió su carne desnuda de rojas heridas mientras lo arrojaba sin esfuerzo sobre el parapeto.

Helena pasó otro día de sueño intranquilo en el santuario de la regente. Al menos su sueño no fue perturbado por pesadillas de los Niños del Pozo. *Les tremeres* no la habían visitado desde la noche que había encontrado el cuerpo de Sturbridge en las criptas. *La misma noche en que empezó esta maldita hemorragia*, pensó.

Aquella noche, en el mismo momento del despertar, Helena se dio cuenta de que no todo andaba bien. Se levantó del jergón que se había preparado entre los libros de Sturbridge, se estiró y examinó la habitación. Casi se parte el cuello moviéndolo de un lado a otro antes de percatarse de qué era lo que la escamaba.

Para empezar, el zumbido proveniente del monitor que descansaba en la mesilla de noche. Cuando había depositado a la regente en su cama, con una estaca clavada en el pecho, no estaba encendido. Helena estaba segura de ello.

En segundo lugar, la sección de las cortinas de la cama que había sido arrancada del dosel de hierro y yacía en desorden sobre el suelo. La pasada noche estaban sueltas, pero aún colgaban de la estructura.

Con ansiedad creciente, Helena confirmó la tercera cosa que andaba mal: Sturbridge había desaparecido.

Las sábanas estaban manchadas de agua estancada y sobre ellas se veían algunos mechones de cabello enmarañado, pedacitos de carne desgarrada y azulada y un pedazo de uña blanqueada. En el centro exacto de la cama descansaba la estaca. Helena extendió la mano lentamente y la recogió. La madera tenía una mancha oscura y estaba saturada de agua estancada. Rezumaba cuando la cogió. Suave, blandamente, las fibras se deshicieron entre sus dedos. Como si la estaca hubiera pasado muchos años bajo el agua.

Sobre las almohadas, muy por encima de las manchas de humedad, había un solitario papel. Estaba doblado por la mitad y erguido como una pirámide. Helena utilizó las cortinas para limpiarse la fibra de madera de las manos y abrió la nota.

Helena,

Es posible que no haya sabido explicarme. Todo va bien. Tan bien como podría esperarse. Quizá mejor de lo que puede contarse.

Eva está muerta del todo y el mal ya no puede alcanzarla. Parece que el resto de nosotros no es tan afortunado. Creo que pasará mucho tiempo antes de que pueda empezar a comprender la herida que nos ha infligido, y más aún para curarla. Mientras duermes, puedo sentir tu calor. Puedo oler tu sangre sobre tu cuerpo y sé qué es lo que estás sufriendo. El mismo mal está sobre mí y su fuente es la misma.

Estabas mucho más cerca de la verdad de lo que yo estaba dispuesta a admitir cuando dijiste que había devorado a nuestros muertos. Sé que parece algo monstruoso pero en este momento no tengo otra manera de explicarlo o comprenderlo. No es que los devorara físicamente, por supuesto. Eso sería una aberración. Pero los engullí: a los Niños, las pesadillas, les tremeres. Me los tragué del todo.

Ahora mismo te estoy observando, mientras duermes. Me pregunto si aún los ves. Los Niños, los sueños acusadores, llenos de reproches, del Padre.

¿O ahora solo me pertenecen a mí? Una cosa es segura: Eva quería librarse de las pesadillas. Y tuvo éxito en su propósito, un éxito que superó sus más locas pesadillas. Dentro de la capilla, podría condenársela como asesina, pero, ¿y más allá? Puede que, entre aquellos que vendrán después de nosotros sea tenida por la heroína, si no la redentora, de nuestro linaje.

Debo marcharme. Demasiado he esperado para hacer demasiadas cosas. Quiero que sepas que te perdono. Pero no estés aquí cuando regrese.

~ A.S.

P.D.: las autorizaciones de seguridad están desfasadas. Ha habido bajas. Ponlas al día, por favor.

* * *

Helena estrujó la nota entre sus dedos. *Sturbridge ha perdido la cabeza.* Era la única explicación posible. Cuando quiso darse cuenta, estaba a punto de arrojar el papel lejos de sí, pero se contuvo. Era posible que necesitara pruebas sobre el estado mental de Sturbridge cuando llegaran los problemas –y quién podía dudar que sería así–. Puede que sirviesen para aminorar en parte el destino funesto que casi con toda seguridad, en aquel mismo momento, estaba empezando a abatirse sobre ellos.

Una cosa estaba clara: en su estado actual, no podían permitir que Sturbridge siguiera libre. Helena tendría que dar con la manera de retenerla hasta que llegaran los agentes especiales de Viena.

Tras alisar lo mejor posible las arrugas de la nota, se volvió y salió del santuario.

En el gimnasio reinaba una atmósfera de guerra. Había nueve puestos diferentes, formados cada uno de ellos por un par de mesas

plegables juntadas a toda prisa. Alrededor de cada puesto y del enorme mapa aéreo de la ciudad pegado a las mesas con cinta aislante se reunía un grupo de Vástagos cada vez más enfurecido. Los mapas estaban ya bastante gastados a causa del mucho uso que habían recibido y tenían toda clase de marcas crípticas dibujadas con rotulador brillante. Los carteles que colgaban sobre cada uno de los puestos rezaban, respectivamente: *Brooklin, Queens, Bronx, Staten Island, Manhattan, jersey Norte, Upstate, Connecticut y Subterráneos*.

Johanus se encontraba en medio del torbellino, rodeado por una riada de Vástagos refugiados e inmigrantes. A estas alturas apenas veía sus rostros. La fatiga amenazaba con anegarlo. Sus labios se movían de forma mecánica, como si estuviera repitiendo un mantra familiar para recobrar fuerzas. Las enfurecidas respuestas que interrumpían sus palabras le eran del todo ajenas.

–No, no hay ningún puesto para Pennsylvania oriental –recitó sin entonación alguna.

(pregunta altanera)

–Porque allí no hay territorios de alimentación disponibles.

(objeción, contrapropuesta)

–*Especialmente* no en la dirección de Filadelfia.

(estallido de indignación)

–Sí, pero por desgracia la Ciudad del Amor Fraternal lleva algún tiempo siendo un reducto del Sabbat. Inténtalo en el Bronx. Allí hay aún algunos sectores disponibles.

Johanus se volvió hacia el siguiente pedigüeño que le tapaba el camino a la salida.

–Sí, es cierto. No puedes reclamar Central Park como dominio personal. Por eso está marcado en rojo.

(pregunta acompañada por sugerencia anatómicamente improbable)

–O quizá porque está infestado de lupinos.

(pausa enfurecida. Nueva y poco educada pregunta procedente de otra dirección)

–Creo que te refieres al Hotel Plaza. El Crown Plaza fue demolido el mes pasado.

(exasperación creciente)

–Definitivamente, no. Ten en cuenta que el Hotel Plaza linda con Central Park. Alguien en el puesto de Manhattan puede indicarte todos los hoteles de cuatro y cinco estrellas de la zona, si ése es tu criterio de selección de refugio. Si me disculpas...

Tardó no menos de media hora en abrirse camino entre la masa de cuerpos helados que lo separaba de la pared opuesta. Cruzó las puertas hecho una furia y emergió al relativo silencio del vestíbulo que había al otro lado. El colegio se había vaciado al caer la noche. Tanto el bedel como el guardia de seguridad del turno nocturno habían sido sustituidos por agentes de Johanus. Se dirigió hasta una modesta puerta de madera marcada como *Sala de Calderas: Sólo Personal de Mantenimiento*. Tras abrir la cerradura, descendió por las escaleras oscuras que daban a un vasto sótano.

Distinguió la forma de Umberto sentado cerca de la pared más lejana. Estaba de espaldas a la puerta, inclinado sobre un teclado de ordenador. El Nosferatu era una mera silueta recortada contra los tres enormes monitores de cuarenta y dos pulgadas que tenía delante. Lo rodeaban formando un escudo de tres lados, un medio hexágono.

–Estoy contigo en un segundo –dijo Umberto sin volverse, en respuesta a los pasos sobre las escaleras de metal.

–Tranquilo –replicó Johanus. Tras rodear la imponente mole de la vieja caldera, dejó una colosal montaña de papeles sobre la ya atestada mesa que había junto a Umberto. Con visible alivio, se dejó caer en un enorme sillón que despedía un fuerte olor a moho. Lo ignoró—. No tengo ninguna prisa por volver allí.

Cerró los ojos y se concentró en el hipnótico ritmo del tecleo. Casi le parecía que podía averiguar el significado de los que Umberto estaba escribiendo por el ritmo del tecleado. Había un código allí, en alguna parte. No era el staccato de puntos y rayas del operador telegráfico. Ni siquiera el nervioso traqueteo y el timbrado triunfante de la máquina calculadora. No, el teclado de un ordenador tenía sus propios ritmos, su propia música.

Johanus comprendía el significado de ese código demasiado bien. La actitud de Umberto resultaba inconfundible. Ni había manera de evadirse de la conclusión a la que lo estaba arrastrando. Pero preguntó de todas maneras. Tenía que hacerlo. Quizá sólo quería

saber que alguien más era consciente del peligro.

–¿Cómo están las cosas, Umberto?

Otra andanada sobre el teclado. Umberto se volvió hacia el monitor situado a su derecha. La imagen estaba dividida en nueve paneles. Un tablero de tres en raya. Los paneles mostraban las imágenes emitidas por cámaras ocultas situadas sobre cada uno de los puestos del gimnasio.

Umberto dio unos golpecitos sobre el cuadro que mostraba el mapa del Bronx. La imagen apareció resaltada en el monitor de su izquierda, la minúscula retícula de garabatos que cubría su superficie magnificada y revelada en toda su desnudez.

–Estoy poniendo al día los últimos cambios ahora mismo –guardó la información del mapa y se reclinó en su asiento mientras se frotaba el puente de la nariz y esperaba que las imágenes se alineasen–. Muy bien, ahora sólo tenemos que transferir las diferencias al maestro. Sacaré la versión visual para ti. Ya sé que de todos modos sólo te fijas en las imágenes –sonrió mientras las líneas de parpadeantes caracteres verdes que llenaban el monitor central se esfumaban. Por un instante, Johanus creyó entrever algo monolítico, algo monstruoso, que aparecía en un parpadeo en la pantalla. Era una representación abstracta de la estructura de datos: un rascacielos de aullantes datos de neón.

Pero entonces también eso desapareció, consumido por la imagen compuesta que ardía en el monitor: la ciudad de Nueva York y sus alrededores. No era la ciudad como la vería cualquiera de sus diecinueve millones de habitantes. Era una ciudad en la misma orilla de la noche. Una ciudad atrapada en un perpetuo crepúsculo que anuncia el alba.

Umberto tocó un cuadro de texto situado en una esquina del mapa y verificó de nuevo la última línea para asegurarse. Entonces dejó escapar un silbido prolongado y bajo.

–¿Contándolo todo? Ciento veintisiete. Y eso sólo los que hemos registrado. Debe de haber por lo menos dos docenas de tíos que han decidido pasar de la tradición y no se han molestado en presentarse al príncipe al llegar. Y eso sin contar los que estén vagando por ahí, perdidos, confusos, abandonados, sin saber qué

hacer ni...

–Está bien, me hago una idea. ¿Qué demonios vamos a hacer con todos ellos?

Por vez primera, Umberto apartó la vista de los monitores. Así vista, su cabeza parecía suave y granulosa, como una manzana mohosa. Toda la sección del cráneo situada bajo el ojo derecho había cedido bajo su peso. Se encogió de hombros, un gesto que hizo temer que la cabeza entera se le saliera de los hombros. Pero su ojo estaba lleno de firmeza y astucia cuando se posó sobre Johanus.

–Imagino que esperar a que se maten unos a otros.

El Tremere soltó un bufido de desaprobación y se levantó.

–Eso no es un plan, es la admisión de una derrota. Calebros no podrá mantener ni una semblanza de control si esos tíos empiezan a matarse en plena calle. Hay que responder con rapidez y severidad a cualquier estallido de violencia.

–Es lo mismo –Umberto se encogió de hombros–. En todo caso, significará que hay un poco más de espacio disponible. Hablando de lo cual –ignoró la objeción que Johanus pretendía formular y sacó un papel de la impresora–. Aquí tengo los dominios, refugios, zonas de alimentación y posesiones que habían sido asignados y que vuelven a estar "disponibles".

Johanus le arrebató la lista de las manos.

–¿Me estás diciendo que todos estos tíos han muerto? ¡¿Que murieron anoche?!

Umberto respondió con tono prosaico.

–No todos. Algunos decidieron que no les gustaba lo que se les había asignado. Varios han regresado hoy para probar suerte de nuevo. Otros, sin duda, han decidido que el sistema no les gusta y tratarán de establecerse por su cuenta. Los que están *subrayados* han muerto.

–Oh, eso sí que es estupendo –replicó Johanus con brusquedad. Empezó a pasear de un lado a otro de la habitación–. ¿Sabemos quién es el responsable? ¿Calebros está al tanto de estos asesinatos?

–Tiene que estarlo. Algunos de ellos son de los nuestros –admitió Umberto–. Anoche perdimos dos patrullas en la Batería.

Johanus giró sobre sus talones.

–¿Dos patrullas? Eso no es una trifulca por una zona de caza. Eso es resistencia armada. Indícamelo en el mapa.

Umberto titubeó sólo un instante, pero fue suficiente. Para Johanus fue como si le arrojaran un cubo de agua helada sobre la cabeza. Le recordó que, por muy estrechamente que Umberto y él hubiesen trabajado durante la pasada semana y por mucho que los dos quisieran fingir lo contrario, en último caso jugaban en equipos diferentes. El Nosferatu se estaba guardando algo.

–Eh, claro. Aquí lo tienes. Es justo ahí.

Umberto se volvió para disimular su turbación. Buscó a tientas la tecla del zoom y la apretó una, dos, tres veces. Con cada aumento, Johanus se sentía como si se estuviese precipitando de cabeza sobre el pavimento. Tras recuperarse, Umberto atacó al teclado. Dos líneas sinuosas, una verde y otra roja, serpentearon la una en dirección a la otra por el laberinto de calles.

–Las rutas de ambas patrullas discurren bastante cerca de los muelles, por ahí. Toda esa zona era un hervidero de manadas del Sabbat antes de la Liberación. Por esa razón empezamos a hacer estos reconocimientos. Parece que a nuestros héroes conquistadores debieron de pasárseles por alto un buen puñado de ellos.

La nota de amargura que se detectaba en la voz de su compañero intrigó a Johanus. ¿Héroes conquistadores? En labios de Umberto, la palabra sonaba como una acusación. ¿Qué quejas podía tener el Nosferatu de Bell, Pieterzoon y los demás jerifaltes de la Camarilla que le habían arrebatado Nueva York al Sabbat? Sí, el asalto era el responsable directo del embrollo en que se encontraban ahora metidos, tratando de lidiar con una abrumadora presión de refugiados, emigrantes, oportunistas, buscadores de oro, parias, aventureros, Anarquistas, pioneros y forajidos, la morralla habitual que aparecía siempre para llenar un vacío de poder. Todo el mundo tenía un sueño o, como mínimo, un plan.

Pero Johanus no era ningún recién llegado a la ciudad. Había resistido en ella durante décadas, bajo presión la cada vez más intensa del Sabbat. A la Capilla de los Cinco Distritos le había cabido el peligroso honor de ser el último reducto de resistencia de la

Camarilla en la ciudad. Pero había sobrevivido. Se había convertido en el rompiente que por fin había frenado la creciente marea del Sabbat –una marea que había anegado ya toda la Costa Este– y la había obligado a retroceder.

Pero la victoria había tenido su precio. Johanus apartó el pensamiento de sí, mientras se reprochaba todos los deberes solemnes que había desatendido durante aquella semana: deberes para con su casa, su clan, sus hermanos, su regente y los dos novicios confiados a su cuidado.

¿Desatendidos? Más bien *evitados*. No servía de nada esconderse tras eufemismos. Como si quisieran hacer más severa su condena, sus pensamientos volaron al lugar que le correspondía: junto a Sturbridge. Debería estar a su lado. Iría. Pronto. De veras.

–No te preocupes, tenemos gente buscándolos. Gente de primera. Los encontrarán –dijo Umberto, que había malinterpretado la causa del súbito silencio del adepto.

Johanus se agitó y se estiró.

–Sí, ya lo sé –le dio una palmada a Umberto en el hombro–. Pero no puedo esperar a que vengan. Esta noche no. Estoy molido y tengo un montón de trabajo atrasado en la capilla. ¿Puedes terminar tú por aquí?

–Claro. Vete a casa. Descansa. Hasta me aseguraré de que nadie amenace tu pequeño coto de acción cerca del Parque...

El comentario sarcástico logró irrumpir en las ensoñaciones de Johanus.

–Eso, y recuerda que tengo entradas para la cámara de placer que hay en la antorcha de la Estatua de la Libertad. No quiero saber nada de nuestros nuevos vecinos...

–Hecho. ¿Entonces te vas a marchar?

–Sí. Pero antes de irme quiero ver una cosa más. Eso que ha aparecido antes de la imagen compuesta.

Umberto parecía perplejo.

–¿A qué te refieres? ¿A esto? –volvió a aparecer la pantalla de control y su hueste de caracteres verdes y parpadeantes.

–No, la que viene después de ésa. Vuelve a sacar la compuesta. ¡Ahí está! –la imagen parpadeó y volvió a desaparecer

instantáneamente, reemplazada por la conocida toma aérea de la ciudad.

Pero ahora que había encontrado el extremo de la hebra que estaba buscando, Johanus no iba a soltarla hasta que la hubiera desenmarañado.

–¿Puedes hacer que realice todos los cálculos y luego espere cosa de un minuto antes de volver a mostrar el mapa?

–Supongo que sí... –Umberto parecía dubitativo, como si no entendiera a qué se refería el brujo–. ¿Algo así?

La intrincada estructura de datos volvió a cobrar vida tras un parpadeo y permaneció allí, frente a ellos, un radiante y delicado cristal. Johanus aspiró brusca, involuntariamente y Umberto se volvió para dirigirle una mirada curiosa.

Pero Johanus lo ignoró. Sólo tenía ojos para la pantalla y la radiante imagen que se desplegaba allí como un floreciente capullo de fuego y cristal. Cuando quiso darse cuenta, se vio atraído hacia el interior del elaborado y resplandeciente patrón. Extendió una mano temerosa hacia él y se estiró para tocar las líneas afiladas como navajas con las yemas de los dedos, para acariciarlas. En vano, su mente recorría la superficie del cristal, trataba de aprehender el número preciso de sus facetas. Era un empeño de locos, un cálculo mental que no tenía sentido sin recurrir a una notación científica.

Sin embargo, conforme Johanus se adentraba más y más en la etérea construcción, la visión cambió y adquirió un aspecto más siniestro. Ahora podía ver que había finas líneas que recorrían el cristal: una urdimbre de fallas capilares que un maestro cortador de gemas podría explotar para hacer pedazos la imposible joya. Mientras Johanus la observaba, extasiado, las fallas parecían arrollarse en sus extremos, retorcerse y trepidar. Los signos que se ocultaban en las profundidades del cristal sugerían formas prohibidas, patrones blasfemos, diagramas monstruosos.

Entonces, tan repentinamente como había sido conjurado, el hechizo terminó. La pantalla se oscureció y la radiante imagen se fundió en negro.

–¿Dónde está? –inquirió Johanus–. Vuelve a sacarla.

–Vaya, que me aspen. ¿Eso era lo que estabas buscando? Pero

si no son más que los datos desnudos, la imagen formada por todos los datos entrantes que se analizan, interpretan y se encasillan en las bases de datos que utilizamos. Eso, y los rápidos destellos de cálculos que lo convierten a todo en la ciudad de pixels que tú y yo podemos comprender y examinar. No hay nada que ver en ella... ¿qué pasa?

–¿Y las grietas, las fracturas en la joya?

–¿La joya? Qué manera más graciosa de verlo –Umberto reflexionó un instante–. No lo sé. Campos de datos vacíos, imagino. Podrían ser datos sin asignar o punteros nulos o muchas cosas más. Apenas lo he visto un momento y no podría decir nada definitivo sin volver a abrirla y bucear un poco. ¿Por qué estás tan interesado de repente en las estructuras de datos subyacentes? Nunca le habías prestado la menor atención a estas cosas hasta ahora. No te ofendas.

–Estoy interesado porque lo que he visto no me ha parecido ninguna "estructura de datos". Parecía un símbolo hermético muy complejo y muy potente... una especie de glifo o advertencia. Puede que un sello.

El sótano se había quedado en silencio. Umberto se agitaba, incómodo.

–No me gusta lo que estás sugiriendo. Tengo la desagradable impresión que estás a punto de decirme que hay un patrón siniestro en todo esto. Alguna cifra mágica oculta tras esta horda de refugiados, tras su número exacto, sus fechas de llegada, sus ambiciones, sus absurdas y desinformadas elecciones de refugios y zonas de alimentación. ¿Sabes lo que te digo? Que no me extraña que nadie se junte con vosotros.

–Lo único que digo –dijo Johanus, con un tono que resultaba tanto más preocupante por su completa falta de emoción– es que hemos pasado la última semana construyendo sin saberlo un diagrama hermético de una increíble complejidad y cuyo propósito, por el momento, se me escapa.

Umberto profirió una maldición entre dientes y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

–Será mejor que traigas una silla. Voy a examinarlo, pero necesito que me digas cuándo me estoy acercando demasiado a algo que puede quemarme. ¿Tienes que llamar a alguien? Me parece

que va a ser una noche muy larga.

_____ 10 _____
El nolo te intrare

Antígona irrumpió en la sala de control de seguridad. Los sistemas de defensa automáticos de la capilla estaban detectando un fallo de integridad. Habían pasado semanas desde la última emergencia, si es que se la podía llamar así. Ella la llamaba "el día que las pesadillas habían terminado", en gran parte porque seguía sin saber cómo interpretar las extrañas señales y sucesos que se estaban produciendo desde entonces.

Y no es que hubiera tenido demasiadas oportunidades de discutir sobre ello. Casi todos los demás fingían que no había ocurrido nada extraño. Había sido incapaz de encontrar a nadie, aparte de Helena, dispuesto a admitir siquiera la existencia de los Niños, y mucho menos su inexplicable desaparición. Y a Helena no la había visto desde entonces.

Eso no era nada inusual. Con Sturbridge en condición crítica y Johanus entregado a la tarea hercúlea de coordinar la ayuda a los refugiados, las minucias administrativas del noche a noche recaían directamente sobre los hombros de Helena. Y si a eso se le unían sus responsabilidades habituales en materia de seguridad, la adepta debía de tener las manos más que ocupadas.

Tratando de ignorar las ensordecedoras alarmas, Antígona se dirigió al panel principal y tecleó una sobrecarga de nivel aleph, un código que la identificaba como el oficial de seguridad de mayor grado. Nada.

Casi perdida bajo aquel alarido de banshee, una voz femenina, frustrante de tan calmada, repetía "Alarma del Sistema: fallo de integridad. Localización: *domicilium* de los novicios. Naturaleza del fallo: peligrosa degradación de las barreras espirituales. Brecha inminente". La voz poseía una fresca cantarina, casi risueña, un deje

musical que recordaba al acento del sur de Irlanda.

Esa voz lograba siempre desconcertar a Antígona. Se había acostumbrado a los guturales y masculinos tonos germánicos de los anteriores daemons de seguridad de la capilla. Recordaba con toda claridad el enfado de Helena cuando Sturbridge había sugerido por vez primera el cambio. La adepta había tardado casi un mes entero en encadenar al espíritu e integrarlo en la base de la red defensiva de la capilla. Pero en su favor había que decir que no le había puesto reparos una sola vez a la insólita petición de la regente, en especial delante del equipo recién formado.

El exigente programa de Sturbridge –que Helena había bautizado como "ayer si no antes" – había obligado a la jefa de seguridad a reclutar y preparar un equipo entero para hacerse cargo de las responsabilidades que hasta entonces habían recaído sobre sus hombros. Sí, había sido una tarea inhumana, pero muy pocos cometerían la torpeza de creer que Helena era sólo humana.

Antígona no tuvo mas remedio que admirarla por su compostura, su autocontrol y la sombría determinación con la que se entregaba a tareas aparentemente imposibles... aun cuando las razones por las que las emprendía se le escaparan.

Pero también fue lo bastante sensata como para mantener la cabeza gacha y permanecer en la medida de lo posible fuera de su camino durante las siguientes semanas. La experiencia de tratar de liberar al espíritu que controlaba el sistema sin destruir por completo la delicada red de defensas arcanas, mecánicas y electrónicas no era algo que estuviera ansiosa por repetir antes de que hubiera pasado un siglo.

Si había algo positivo en todo aquello, era que Antígona –y el resto del nuevo equipo de seguridad– conocía ahora el sistema por dentro y por fuera. Habían tenido que reconstruirlo casi por completo a partir de unos meros bosquejos. Puede que un operador menos experimentado, enfrentado a aquellas alarmas, hubiera seguido probando contraseñas al ver que el sistema no reconocía la secuencia de su código. Antígona, no obstante, sabía que tales esfuerzos serían infructuosos. De hecho sabía lo bastante para estar preocupada. Una fina película de sudor sangriento se formó en su frente.

–¿Nivel de código necesario para sobrecarga? –exclamó.

–Nivel máximo. Por favor, se requiere presencia de Sturbridge, Regente, o Helena, Adepta.

–¿Dónde están? O sea, Localización de Sturbridge, Regente, y Helena, Adepta –*¿por qué no ha respondido Helena a la maldita alarma? Se oye por toda la capilla.*

–Comprobando autorización. Nivel aleph. Aprobado. Sturbridge, Regente, se encuentra actualmente en el santuario de la regente. Nodo de comunicación desconectado. Helena, Adepta, se encuentra actualmente en el santuario de la regente. Nodo de comunicación desconectado. Helena, Adepta, se encuentra actualmente en la Sala de Audiencias. Nodo de comunicación desconectado. Ritual taumátúrgico no autorizado en curso. Advertencia del sistema defensivo local: estatus de sobrecarga.

Antígona masculló una imprecación y salió de la habitación en dirección a la Sala de Audiencias. Si Helena había desconectado los dos puertos de comunicación, debía de tener una buena razón para que no las molestaran. Lo más probable era que la condición de Sturbridge hubiera empeorado. Pero a pesar de ello, en aquel momento no parecía tener muchas alternativas aparte de interrumpirla.

Al llegar a la puerta, se detuvo bruscamente. Acababa de caer en algo que había dicho el daemon de seguridad. Se volvió y dijo de nuevo:

–¿Localización de Helena, Adepta?

–Helena, Adepta, se encuentra actualmente en el santuario de la regente. Nodo de comunicación desconectado. Helena, Adepta, se encuentra actualmente en la Sala de Audiencias. Nodo de comunicación desconectado. Ritual taumátúrgico no autorizado en curso. Advertencia del sistema defensivo local: estatus de sobrecarga.

Ahí estaba de nuevo. La primera vez que lo había oído, Antígona había creído que significaba que Helena estaba en movimiento entre el santuario de la regente y la Sala de Audiencias adyacente. Estaría conjurando sus defensas mientras lo hacía, y de ahí el apresurado y no autorizado efecto taumátúrgico, preparándose para enfrentarse a la crisis. Pero el daemon de seguridad parecía insistir en que Helena seguía aún en el santuario de la regente. El fallo de integridad del

sistema debía de ser más grave de lo que había imaginado.

Abandonó a la carrera la habitación y salió al pasillo, acompañada por el estrépito de las alarmas. Los corredores estaban inquietantemente vacíos. Al doblar una esquina, estuvo a punto de chocar con otro de los novicios. Había una mirada de terror desnudo en sus ojos, la huella de las llamas y la ferocidad de la Bestia.

La apartó de forma frenética y se alejó corriendo del *domicilium*. Mientras lo hacía soltó una imprecación y farfulló algo sobre "chacales". Antígona se forzó a seguir adelante.

Llegó corriendo al Salón de las Dagas y los Espejos, seguida por los largos faldones de su túnica. Estaba tan inquieta que disparó sin darse cuenta no menos de tres sistemas defensivos antes de llegar al portal que conducía a la sala de audiencias. Se vio recompensada por una descarga de alarmas y advertencias del sistema de la que no tenía tiempo de ocuparse por el momento. La visión del portal de la Sala de Audiencias hizo que se detuviera en seco.

Había un pedazo de pergamino clavado en las grandes puertas de madera de roble por medio de una fina hoja semejante a un estilete. Un fragmento de ónice. El pergamino parecía retorcerse, como si quisiera escapar. Había en él tres palabras desafiantes. Pintadas con sangre que se había secado, empezaban a descascarillarse a causa de las contorsiones del pergamino.

Nolo Te Intrare

Antígona maldijo y apartó la mano de la puerta como si hubiese estado a punto de rozar una víbora dormida. Miró a su alrededor en busca de alguien que pudiese ayudarla o de algo que pudiera arrojar contra la barrera. Llamó a Helena a gritos, mientras refrenaba el impulso de golpear la puerta, una acción que podía resultar desastrosa. Tenía miedo hasta de tocar la madera, por si hacía saltar inadvertidamente el hechizo de protección. No hubo ninguna respuesta desde el otro lado.

A los pocos segundos abandonó aquella línea de ataque tan poco fructífera. Si Helena –en el caso de que estuviera, en efecto, allí dentro– no había escuchado las ensordecedoras alarmas, era poco

probable que pudiera oírlo a ella desde el otro lado de la puerta.

La otra alternativa era aún menos agradable. Antígona sacudió la cabeza para expulsar el pensamiento. Aún no estaba dispuesta a considerar la posibilidad de que Helena la hubiera oído pero fuera incapaz de responder porque estuviera herida, inconsciente o...

Cerró los ojos, apretó los dientes y puso una mano sobre el pomo de cobre de la puerta. El frío del metal, suave como el hielo, ascendió por todo su brazo y se extendió por ella como una oleada de alivio. Hasta el momento todo iba bien. Musitó un apresurado voto a los volátiles y vengativos espíritus que solían vigilar esa clase de umbrales, una promesa de libaciones de sangre fresca derramada sobre el dintel a cambio de su protección. Contó hasta tres. Apretando con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, tiró.

La puerta de abrió de par en par. Hubo una súbita bocanada de aire y un crepitar chocante, como un latigazo. Antígona sintió toda la fuerza del golpe sobre la vértebra exacta que unía cuello y espalda. Cayó de bruces sobre el suelo de baldosas. Su cabeza rebotó con un tono hueco, casi musical.

A continuación, una fuerza la recogió del suelo como si fuera una hoja seca y la arrojó dando tumbos de regreso al corredor. Fue a detenerse, bruscamente y en una postura antinatural, contra el muro. La oscuridad del olvido se cernió sobre ella como una bandada de negras aves de presa.

No. No podía cejar ahora.

Utilizó su sangre para curar sus lastimados –y, se percató con una peculiar y desapegada calma, posiblemente rotos– cuello y cabeza y trató de alejar de sí las oscuras y sofocantes alas agitando las manos. Buscó a su alrededor algo, cualquier cosa con la que espantarlas.

Entonces, en medio de la presión de las sofocantes alas y las crueles garras, sus manos se cerraron sobre algo sólido. Lo blandió frente a los cuervos, desesperadamente, con ambas manos, con las pocas fuerzas que le quedaban. Una vez tras otra.

Poco a poco, la voraz presión de los cuerpos voladores empezó a retirarse. Al principio de uno en uno y luego en escuadrones aullantes y desafiantes, se alejaron, dejando huecos tras de sí y

jirones de luz abrasadora tras su estela.

Los reflejos de los espejos que jalonaban las paredes parecían antinaturales de tan brillantes. Penetrantes y dolorosos como la luz del sol. La cabeza le palpitaba y las manos le dolían por la fuerza con la que habían aferrado... ¿el qué? Antígona sacudió la cabeza tratando de aclarársela y al instante se arrepintió de haberlo hecho. El dolor regresó a grandes zancadas, aún más fuerte que antes.

El delirio empezaba a desvanecerse y hasta su recuerdo menguaba, se daba a la fuga. Se obligó a concentrarse, a recordar. El objeto al que se había aferrado, como por casualidad (como si existiera tal cosa como la casualidad en los sueños y las visiones) le había parecido una especie de bastón, o acaso un poste. Era suave y metálico y tan frío al tacto como el picaporte de cobre. Y su cabeza... su cabeza era una figura tallada, un sonriente semblante de animal. Era la cabeza de un chacal. La cabeza *del* Chacal. Anubis. El Guardián de la Pirámide. El risueño Custodio de los Muertos.

Antígona se puso en pie a trancas y barrancas, deseando que el dios chacal no le hubiera retirado tan deprisa su talismán y su apoyo. Una muleta hubiera sido bienvenida en aquel momento. Se apoyó con todo su peso sobre la superficie reflectante de la pared para recuperar el equilibrio. Al hacerlo, se topó de repente con su imagen en el espejo.

Daba miedo. Su frente era una masa de cabello empapado de sangre que no lograba ocultar del todo el revelador blanco del hueso expuesto debajo de ella. La cabeza entera parecía ladeada, como la de un pájaro curioso. Cohibida, levantó la capucha de su túnica y se la encontró decorada con chorretones de sangre roja. Trató de limpiarlos con la mano pero sólo logró mancharse la ropa todavía más.

Puso a prueba su equilibrio y, satisfecha, se encaminó al otro extremo del pasillo. Mientras se aproximaba a la Sala de Audiencias, descubrió para su alivio que el portal seguía abierto de par en par. Había temido que la fuerza del impacto hubiera vuelto a cerrarlo.

Sólo un jirón del pergamino, con el borde arrugado y ennegrecido, seguía clavado en la hoja del negro cuchillo. Con una sonrisa avergonzada, reparó en la sangre que corría por la jamba de la puerta y llenaba las grietas que había a ambos lados del umbral. Su

sangre. *Hay que ser muy cuidadoso, pensó, a la hora de prometerle algo a los olvidados que moran bajo los umbrales.*

Entró con pasos cautelosos a la cámara. Casi esperaba que saltara un nuevo hechizo de defensa. Sus pisadas resonaban sobre el mármol vetado. A pesar de su imponente nombre, la Sala de Audiencias era un salón formal más que una sala del trono. La mayor parte de su suelo de mármol estaba cubierta por una rica alfombra tejida a mano con los colores índigos y plateados del cielo nocturno. Mostraba a Yggdrasil, el vasto mundo-árbol cuyas raíces nacían en las regiones de la nada y cuyas exultantes ramas perforaban el mismo cielo. La tierra no era más que una fruta lustrosa que pendía de una de sus ramas.

La obra era uno de los mayores tesoros de la Capilla de los Cinco Distritos. Unas figuras delicadas se asomaban tras cada una de las hojas del gran roble e interpretaban la Danza de los Días. Antígona podía distinguir las herramientas de cada artesano –martillos, hoces y tornos en miniatura–, mientras se inclinaba concentrado sobre la madera viva y trabajaba directamente sobre ella. Había niños persiguiendo una pelota entre el follaje, jugando al escondite, derribando filas de soldaditos y recogiendo los que caían de la copa y se precipitaban hacia el abismo.

Los muebles de la habitación eran pesados; sus tonos, formales y lánguidos. Se apiñaban como grupos de conspiradores. Verdes y canelas intensos cubrían sillones diseñados a todas luces para empequeñecer, si no tragarse por completo, a sus ocupantes. Una chimenea de piedra cubría una de las paredes en su mayor parte.

Al otro extremo de la cámara, seis escalones de mármol formaban un pequeño estrado. Sus bordes eran cuadrados, lo que creaba la ilusión de que se trataba de un zigurat aplastado. La plataforma estaba vacía y carecía de adornos, a excepción del sello de la regente, que había sido sutil y diestramente aleado con las mismas vetas del mármol. Blanco sobre blanco, el patrón resultaba imposible de distinguir desde cualquier posición salvo si uno estaba arrodillado sobre el escalón más alto. Una espada llameante clavada en un montón de piedras.

No había ni rastro del típico trono o sitial en lo alto del estrado. El

hábito de la regente era recibir a sus huéspedes de pie. Les hacía con toda rapidez y precisión los honores correspondientes a su posición y procedía a continuación al menos formal y más íntimo ambiente del salón.

En tales ocasiones, Sturbridge emergía de la severa entrada de la pared opuesta, semejante a una caverna: un agujero bajo y oscuro que recordaba a una cripta y que se abría bajo el arco de un dolmen formado por tres losas monolíticas de granito. Los antiquísimos y desgastados menhires formaban el símbolo matemático π . Parecían soportar sobre sí todo el peso de la capilla.

Aquel día, no obstante, ese peso recaía en un soporte diferente, más humilde: un Pilar de Humo.

Habían limpiado el suelo que rodeaba a la plataforma y el mobiliario había sido retirado apresuradamente. La alfombra de incalculable valor había sido enrollada como si fuera un objeto sin importancia. En su lugar, un diagrama intrincado hecho de tiza y velas cubría el suelo de mármol.

Helena se sentaba, menuda y silenciosa, en el centro de aquel diagrama, adoptando con aire desafiante la que se conocía como Postura de la Montaña, una pierna plegada bajo el brazo, la otra rodilla orgullosa y erecta frente a ella. Era una pose de vigilancia y espíritu indomable. Con ella, la adepta podía soportar el peso de las toneladas de roca que se cernían sobre ella o ponerse en pie y adoptar una postura guerrera en un solo movimiento fluido.

Todos los movimientos de Helena son fluidos, pensó Antígona con envidia. Sturbridge llamaba a su jefa de seguridad "Pilar de Humo". Su camarada, Johanus, era el "Pilar de Fuego". Entre los dos, los adeptos guiaban y protegían a los elegidos.

Antígona se percató al instante que no todo andaba bien. Helena estaba encorvada de fatiga, el cuerpo descarnado y apagado por el cansancio y la falta de sangre. Su forma entera parecía parpadear de manera incierta, como la llama de una vela, como si una mera brisa fuera a poner fin en cualquier momento a su tenue existencia.

La novicia hizo acopio de coraje y, mientras se aproximaba, habló con la voz más resuelta que pudo conseguir.

–Tenéis un aspecto horrible. ¿Os importaría decirme qué

demonios está pasando aquí exactamente?

La voz de Helena, cuando respondió, estaba quebrada y crepitaba, como la estática de un viejo receptor de radio.

–Nada que no pueda curar... una pequeña hibernación. Tú tampoco pareces... en tu mejor momento. ¿Estás bien? –extendió una mano temblorosa. Antígona podía ver a través de ella.

Se apartó de una sacudida pero casi al instante se inclinó hacia delante, tratando de distinguir sus palabras.

–Por Dios, Helena, he visto fantasmas con mejor aspecto que vos. ¿Cuánto hace que no coméis?

La parpadeante figura se encogió de hombros.

–Una semana... puede que dos... tres. No puedo dejar que ella... Alguien tiene que...

–¿Dejar a quién? ¿De qué estáis hablando? ¡Aquí no hay nadie! Escuchadme, necesito vuestra ayuda. ¿Es que no oís esa maldita alarma?

Helena ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando un susurro distante. Asintió lentamente pero por lo demás no hizo movimiento alguno para ayudarla.

–¿Cómo has... atravesado ese...? –pareció disponerse a levantar de nuevo la mano.

La mano de Antígona se movió instintivamente a su cabeza. Sintió la sangre fresca que brotaba debajo de la masa húmeda de cabello enmarañado.

–¡Habéis colocado una barrera en la puerta! Y habéis desconectado el nodo de comunicaciones. ¿Cómo se supone que teníamos que mantener el contacto con vos?

–Se supone... que no... teníais... que hacerlo. El *nolo... te... intrate...* ¿Lo has... atravesado? ¿Por qué no...? –al ver la turbación de Antígona, Helena dejó que el resto de su pregunta se perdiera en medio del zumbido de la estática.

–Maldita sea, ya sabéis que lo mío es el espionaje, no vuestras malditas artes mágicas. Lo estoy intentando, ¿vale? Mientras tanto, ¿creéis que podríais tomaros un respiro aquí y hacer algo con el problema que tenemos ahí fuera?

Helena sonrió y sacudió la cabeza.

–Mi deber... está aquí. ¿Por qué no... sobrecargas la alarma y apagas los... sistemas... de avería?

–Ya me gustaría. Pero sólo Sturbridge y vos tenéis autorización para hacerlo. Así que, ¿vais a ayudarme o voy a tener que ir a buscar a la regente para que lo haga ella?

–No puede... ayudarte, Antígona. Aún está... aquí. Estoy tratando de... esto. No... si es posible o no. Por favor... y apártate un poco.

–¿Por favor *qué*? –repitió Antígona mientras, con un movimiento grácil, Helena se ponía en pie, daba un paso al frente y rompía la barrera del círculo de protección.

Inmediatamente se desplomó sobre la novicia, quien retrocedió unos pasos antes de recuperar el equilibrio... y logró a duras penas evitar que la adepta cayera de bruces sobre el suelo.

–¡Conectar nodo de comunicaciones! –gritó hacia el techo abovedado.

–Autorización insuficiente –replicó la agradable voz del daemon de seguridad–. Nodo de seguridad desconectado por Helena, Adepta. Autorización de nivel máximo requerida para sobrecarga.

–Sobrecarga por emergencia médica.

Hubo una larga pausa.

–Autorización confirmada. Nodo de comunicaciones habilitado. Equipo de respuesta de emergencia en camino.

–Eres un verdadero ángel de misericordia. Quiero un análisis del estatus de los sistemas –dio la vuelta al cuerpo de Helena y lo depositó sobre el suelo. La adepta estaba convulsionándose de forma violenta. Manaba sangre de su nariz y sus orejas.

–Advertencia del sistema: cambio involuntario de estatus de usuario. Nombre de usuario: Diógenes, espíritu salamandra asociado al *domicilium* de los novicios. Espíritu fugado. Reclasificado como renegado. Autorización de seguridad anulada.

"Alarma del sistema defensivo: intruso. Localización: *domicilium* de los novicios. Número de intrusos: uno. Naturaleza de los intrusos: entidad espiritual, elemental. Libre, violento.

"Alarma del sistema defensivo: fuego. Localización: *domicilium* de los novicios. Secuencia de despresurización iniciada. Fallo en la

secuencia de despresurización. Causa del fallo: daemon local desconectado. Imposible iniciar sistemas".

Antígona soltó una imprecación e interrumpió la letanía.

–¿Algún otro usuario presente en el *domicilium*?

–Confirmado. Tres novicios presentes en el *domicilium*. Equipo de respuesta de emergencia enviado y en posición. Equipo solicita refuerzos.

–¡Informe, equipo de respuesta! –gritó Antígona. Sus palabras resonaron con fuerza en la vacía cámara. Se arrodilló sobre los hombros de Helena en un intento por calmar las convulsiones de su cuerpo. Sabía que, de haber estado en condiciones y haber sido capaz de enfocar sus fuerzas por medio de la disciplina de su instrucción marcial, la adepta no habría tenido dificultades para apartarla.

Tal como estaban las cosas, era lo único que podía hacer para impedir que Helena las derribase con sus convulsiones. Pero no lograba sujetar bien a la adepta pues su cuerpo salía y entraba de fase constantemente.

–¿Alguien ha pedido un médico? –la voz del Maestro Ynnis sonó directamente tras ella. Se sobresaltó y, sin darse cuenta, volvió a soltar a Helena. La adepta rodó por el suelo y derribó una mesita de café. Todo el peso de la antigua losa de piedra que formaba su parte superior, una hermana en apariencia de la afamada Piedra de Roseta, cayó sobre ella.

Ynnis tenía la inquietante costumbre de entrar en las habitaciones sin llamar y sin utilizar las puertas que se habían instalado con ese propósito. Era un maestro sin igual del arte de la translocalización. A juzgar por el clamor discordante que había acompañado su aparición, Antígona supuso que habría llegado por el pianoforte.

–Esa maldita cosa está totalmente desafinada. ¿Qué ocurre aquí? Oh, vaya... –se interrumpió de repente al ver cómo desaparecía Helena momentáneamente, acompañada por el estrépito resonante de la piedra que su cuerpo había, hasta ese momento, sostenido.

–¿Cuánto tiempo lleva así? –el maestro registró los bolsillos de su túnica y sacó un abanico de papel. Lo abrió con un movimiento

brusco y examinó con aire crítico las magníficas pinturas y la caligrafía que lo adornaban. A continuación asintió y volvió a cerrarlo. Al subir y bajar, su rostro alargado y triangular le daba el aspecto de un ancestral oráculo serpiente.

–Esto servirá a las mil maravillas. El carácter chino significa larga vida –le confió a Antígona mientras se lo tendía.

–¿Queréis que la abanique con él? –no pudo disimular su incredulidad.

–No. Quiero que le abras las mandíbulas y se lo metas entre los dientes. Con suerte, así no se morderá la lengua. Ni tus dedos.

¿Cuánto tiempo lleva así? –repitió su anterior pregunta.

Antígona trató de abrirle la boca con las dos manos a la adepta.

–No lo sé. Ha estado apareciendo y desapareciendo desde que yo entré. Unos diez o veinte minutos. Pero se puso peor cuando atravesó el círculo. Me refiero al ataque y las convulsiones. Ya casi está... ¡Maldita sea! –Helena volvió a desaparecer y Antígona estuvo a punto de romper el abanico contra el suelo.

El Maestro Ynnis dirigió su atención hacia el círculo que la novicia le había indicado. Su diseño era elegante en su simplicidad. Un círculo de tiza y luz de velas que circunscribía una estrella de cuatro puntas. La punta superior era tres veces más larga que las demás, lo que le daba el aspecto de una punta de compás, o una cruz, o acaso una espada. Había algo tentadoramente familiar en la forma del diagrama.

–¿Sabes adónde lleva? –preguntó a Antígona, que seguía luchando con Helena.

La novicia no pudo levantar la mirada.

–¿Qué queréis decir con adónde lleva? ¿Y por qué no ha informado todavía ese maldito equipo de respuesta? ¡Ya está! –logró insertar el mango de madera del abanico entre los dientes de Helena. Por un momento temió que la adepta pudiera partirlo en dos –. ¿Pero no se caerá el abanico al suelo cuando ella desaparezca? ¡Ahí está otra vez...!

–Excelente trabajo –dijo Ynnis–. No, a menos que esté muy equivocado, el abanico debería de ir con ella. Es suyo, al fin y al cabo. Acabo de sacarlo de un cajón de su mesita de noche que dejó

entreabierto descuidadamente. Cualquier cosa suya que no pueda destrozar con los dientes habría bastado. Pero creo que es un hallazgo auspicioso, ¿no te parece? Te he preguntado adónde lleva esta *diagramma* porque me parece que en este momento la adepta está *entre* dos lugares. Literalmente, no está allí ni aquí. Si supiera cuál es el otro lugar, podría tratar de traerla del todo. O si no, empujarla al otro lado. Pero tal como están las cosas...

–Escuchad, todo eso me supera –lo interrumpió Antígona–. Decidme tan sólo lo que hay que hacer y yo lo haré.

Sus bruscos modales parecieron sorprender un poco al anciano pero se recobró al instante.

–Muy bien, cuando ella regrese, tendrás que sujetarla. Está demasiado débil. Tenemos que darle un poco de sustento.

¿Preparada? Aquí viene.

Con una larga uña, se hizo un corte en la palma de la mano. Una gota escarlata apareció y floreció en ella. La fragancia de la rica *vitae* llenó la habitación. Sin dejar de balancearse, la cabeza de Helena se volvió instintivamente hacia ella.

–También está muy pálida –Ynnis le apretó la mano contra la boca. La lengua de Helena lamió con avidez aquel chorrillo de vida a pesar del estorbo del abanico. De tanto en cuanto una gota atravesaba su forma insustancial y dejaba una brillante mancha sobre la alfombra de incalculable valor que había debajo.

–Bueno, sus mejillas empiezan a recuperar un poco de color –murmuró el Maestro Ynnis–. Creo que esto estabilizará un poco su condición. Impedirá que la perdamos del todo. Si pudiéramos saber adónde quería llegar con tanta desesperación...

–Está con Sturbridge –dijo Antígona–. Tiene que estar con Sturbridge. No dejaba de decir que no podía abandonarla, que alguien tenía que estar con ella. No comprendí lo que quería decir. Pensé que estaba desvariando. El otro extremo de esa cosa, ese diagrama, debe de estar en el sanitario de la regente.

–Bueno, esa es una hipótesis que no debería ser difícil de comprobar. Si me excusas un momento... –se levantó y se volvió hacia la puerta que conducía al santuario interior.

–No sirve de nada –le dijo Antígona–. Está cerrada. El sistema

de seguridad... Maldición, eso es lo que el sistema de seguridad quería decir. No dejaba de repetir que Helena estaba tanto en la Sala de Audiencias como en el santuario de la regente.

El Maestro Ynnis sonrió e hizo una ligera reverencia.

–Excelente. Has sido de muchísima ayuda. Ahora, si no te importa seguir ocupándote de nuestra pequeña mariposa, quisiera comprobar si podemos abordar el problema desde otra perspectiva.

Cruzó la habitación, pasando cuidadosamente sobre el extremo enrollado de la alfombra. Las babuchas de sus pies se detuvieron justo al otro lado de la línea de tiza del diagrama. Lo que encontró allí hizo que arqueara las cejas.

–¿Has tenido la oportunidad de examinar este diagrama?

–preguntó a Antígona. Sus palabras le recordaron la conversación que había mantenido con Helena en las criptas, cuando habían encontrado el cuerpo de Sturbridge. Tenía que esforzarse para mantener inmobilizada a la adepta. La sangre le había devuelto algunas fuerzas, pero parecía decidida a gastarlas librándose del abrazo de Antígona.

–Sí, quiero decir, no. No en detalle. Dejad que piense... un círculo invertido. Vos sois el maldito experto. ¿Por qué no me decís lo que significa?

Ynnis hizo una pausa.

–¿Un círculo invertido? Oh, sí, ya veo. El rito tiene algunas semejanzas con la *Diagramma Recursiva*. Una visión deliciosa –hizo una pausa–. Puede que tengas afinidad con las abstracciones geománticas. Muy prometedor, desde luego.

–Estupendo, otra batería de inútiles pruebas de aptitud. Mirad, no es que no aprecie vuestras palabras, pero os ahorraré la molestia y a mí la humillación. Eso no es para mí, ¿de acuerdo? Nada de todo ello. Es como tratar de sacar sangre de una piedra.

Saltaba a la vista que la expresión no le era conocida al hombre, puesto que pareció dedicarle un momento de reflexión.

–Sólo un experimento a la vez –dijo al fin–. Primero, el diagrama. Luego las pruebas de aptitud... el martes que viene, con la nueva luna, diría yo. En cuanto a la sangre de la piedra, habrá que dejarla en manos más experimentadas por el momento. ¿Puedo continuar?

Antígona se limitó a mascullar entre dientes y a sujetar con todas sus fuerzas la forma convulsa de la adepta.

Ynnis rodeó el círculo. Cambió una lámpara de sitio aquí, alteró sutilmente un glifo allá. Para cuando hubo dado una vuelta completa, estaba casi seguro de que había eliminado la mayoría de los peligros provocado por las ambiciones de la adepta y el rito prohibido. Al alterar cuidadosamente el diagrama, lo había desarmado y lo había reducido a un mero círculo de aportación.

O eso esperaba. Con una sonrisa en los labios, cerró los ojos y cruzó la línea de tiza.

La muerte se asomaba desde su interior

Felton ya sabía que algo iba mal. Llevaba casi veinte minutos observando la entrada sur desde la seguridad relativa de una cafetería situada al otro lado de la calle y a unas cuantas puertas de distancia. El Empire State Building no era un edificio fácil de cubrir. Ocupaba una manzana entera. Tenía cuatro entradas, cada una en una dirección. Era imposible vigilarlas todas a la vez. Ninguna de ellas hubiera debido estar abierta a aquella hora. Para ser un edificio que cerraba de noche, se estaba produciendo muchísima actividad furtiva tras las puertas de cristal.

El informe decía que aquellos eran el lugar y el momento ideales para el golpe, pero Felton no quería correr riesgos. Había llegado mucho antes que el objetivo para poder reconocer el terreno y ver quién más podía presentarse aquella noche. Hasta el momento todo parecía muy tranquilo.

El dossier había sido muy específico. Se suponía que el objetivo llegaría y se marcharía solo. Siempre utilizaba la puerta sur. Y era muy difícil de detectar. Felton sabía lo que eso significara. Entre sus camaradas de conspiración había unos pocos que pertenecían a esa

categoría. Tendría que tomar precauciones especiales para asegurarse de que su presa no se le escaparía.

"Precauciones" quería decir que necesitaría algún tiempo para trabajar en la entrada sur, para asegurarla. A ser posible sin que lo vieran. Se había estado conteniendo hasta el momento, asegurándose de que ninguna de las formas sombrías que había dentro –apariciones que sólo de tanto en cuanto se mostraban a la luz de las farolas – le prestaba demasiada atención a los paseantes nocturnos que caminaban por el exterior. Si había centinelas en el interior, o bien eran muy hábiles, o bien se tomaban sus deberes con muy poca diligencia.

El hecho de que su objetivo fuera un Nosferatu hacía que las cosas resultaran aún más interesantes. Gracias a la experiencia de la ocupación del Sabbat, Felton sabía que eran asombrosos. No había otra manera de describirlo. Como aquel tío del grupo, unos diez años atrás. Lo llamaban Ray, por los rayos-X. Felton nunca supo su verdadero nombre. Curiosamente, nunca le había parecido importante saber mucho sobre los demás miembros del grupo. Eso sólo empeoraba las cosas cuando uno de ellos caía al fin, muerto y bien muerto.

Ahora que lo veía con la perspectiva del tiempo, Felton no creía que al tío le gustara demasiado que lo llamaran Ray. Ya no recordaba quién le habían puesto el mote. Probablemente no hubieran debido hacerlo. ¿Cómo debía de sentirse? Cuando uno es una rareza como aquella, suele ser también un poco sensible.

Era su piel. Tenía el color y la textura de la vaselina. No era una cosa fácil de olvidar y a Felton aún le daban escalofríos con solo pensar en ello. Si uno veía a Ray bajo una luz intensa, podía ver su interior: los músculos al contraerse, las blandas capas de grasa, el rollo voluminoso de los intestinos. Ray mantenía su cara tapada la mayor parte del tiempo. Pero Felton se encontraba siempre, casi sin quererlo, mirándolo, tratando de entrever lo que se escondía bajo aquellos jirones de tela suelta. Cuando se movían se le veía el cráneo, con tanta claridad como si fuera de día. Ray llevaba consigo la máscara de la muerte a todas partes. Felton soltó un bufido; la verdad es que todos ellos lo hacían. Pero con Ray la cosa era diferente. La

muerte se asomaba desde su interior. La llevaba encima como una prenda incómoda y mal cortada.

Sí, los demás gruñían de vez en cuando, pero cuando se trataba de infiltrarse, Ray marcaba las diferencias. Felton lo había visto pasar delante de unos guardias como si no estuviera allí. Y eran tíos expertos, nada de reclutas. Y lo más jodido de todo era que podía engañar a los sistemas de vigilancia electrónica. Tras una sesión de entrenamiento, Felton había revisado las cintas de vídeo de seguridad para ver si podía descubrir cómo lo hacía el Nosfi. Pero era como si no estuviera allí. La cámara no había tenido más éxito que los centinelas.

Lo que Felton había terminado por aprender trabajando codo con codo con el esquivo Nosferatu era que aunque los medios de vigilancia humanos y electrónicos podían fallar, no había nada que engañara a los mecánicos. Las inquietantes habilidades de Ray no llegaban a romper los principios básicos de la gravedad, las palancas y el contrapeso. Una placa de presión se hundiría bajo su peso. Un cable seguiría partiéndose al pasar él.

El sistema que Felton había elegido para la ocasión utilizaba un sencillo ingenio mecánico: una pequeña pieza de metal, del tamaño de un pico de geólogo. Tenía una bisagra en el centro y estaba diseñado para colocarse en entre las dos hojas de una puerta doble, donde se fijaba magnéticamente. Cuando cualquiera de las puertas se abría, la bisagra se doblaba, interrumpía un circuito y enviaba una señal de radio al receptor que él llevaba oculto en la oreja.

No había sigilo en el mundo que permitiera engañar al mecanismo. Aunque el mismísimo Hombre Invisible abriera la puerta, Felton se enteraría. El hecho de que no fuera capaz de ver a la figura que atravesaría en ese momento el umbral era, en último caso, baladí. Aunque fuera una solución muy torpe, la suficiente potencia de fuego automático bastaría para resolver el problema.

Lo único que Felton tenía que hacer ahora era aproximarse lo bastante para colocar su mecanismo y regresar a su escondite sin llamar la atención. Comprobó las dos Uzis que llevaba escondidas bajo el enorme chaquetón y, satisfecho, se dispuso a cruzar la calle.

Caminaba con un leve tambaleo. Se movía de forma demasiado lenta y demasiado errática; no podía ser sino un paseante nocturno.

Un vagabundo, quizá. Un borracho. Al llegar al hueco de la entrada sur, se dio sendas palmadas en los bolsillos, como si quisiese asegurarse de que no había perdido el dinero y se inclinó para recoger algo del suelo.

–Será mejor que sigas caminando. Ahora mismo –el susurro parecía venir de su espalda. La voz sonaba aburrida pero contenía un inconfundible trémolo de amenaza. Felton ni siquiera había oído acercarse a su propietario.

Se apoyó con todo su peso contra la puerta mientras se enderezaba –para tener la oportunidad de colocar su mecanismo– y se volvió lentamente para encararse con el recién llegado. Sostuvo una moneda de cuarto de dólar en alto, bajo la luz de la farola, antes de volver a guardarla apresuradamente en su bolsillo.

–No quiero tu dinero, viejo. Andando.

Felton esbozó una sonrisa sumisa y se volvió. Trató de distinguir las facciones de la sombría figura sin darle a su vez la oportunidad de echarle una buena mirada. Empezó a caminar, sintiendo una presencia a su espalda que mantenía su mismo paso. No se volvió sino que empezó a canturrear. Casi había llegado a la esquina cuando oyó el agudo gorjeo en su oído. La señal.

Maldiciendo, giró sobre sus talones para volver pero tuvo que detenerse al toparse de cara con su sombra. Una mano de hierro lo cogió del codo y lo empujó hacia la esquina.

–He dicho que andando.

Felton dio un paso inseguro hacia delante y se apoyó con todo el peso sobre su escolta. Éste, a su vez, cayó contra la pared. Mientras Felton se apartaba de él, pudo verse la empuñadura de un enorme cuchillo de caza que sobresalía del pecho del caído.

–Vuelvo en un segundo –susurró Felton, aunque no estaba claro si se dirigía al hombre o al cuchillo abandonado. Corrió calle abajo hacia la entrada, pero sabía que ya era demasiado tarde. El trino electrónico de su oído guardaba silencio. Las puertas habían vuelto a cerrarse. Su presa estaba dentro.

Felton maldijo. Deliberó un solo segundo, mientras su mirada pasaba alternativamente del cuerpo abandonado a la vista de todos a la puerta por la que su objetivo acababa de desaparecer. Si arrastraba

el cuerpo hasta las sombras de un portal cercano, tardarían mucho más en detectarlo. Podría entonces volver a su puesto y esperar a que su objetivo saliera de nuevo. Pero siempre existía la posibilidad de que un coche patrulla se topara con los restos abandonados en el portal o con el gran charco de sangre que se veía en la acera del Empire State Building. Eso provocaría una conmoción que no le interesaba nada y llamaría, entre otras, la atención del helicóptero de la policía que ahora mismo sobrevolaba la zona a una distancia demasiado escasa.

Sólo tardó un momento en decidirse. El receptor de su oído volvió a pitar mientras cruzaba las puertas dobles y penetraba en el mal iluminado vestíbulo. Sus botas hacían mucho ruido sobre el suelo de baldosas. El ruido era comprometedor pero ahora la velocidad era esencial. Y al menos las pisadas esconderían el sonido que hacían las dos Uzis mientras las sacaba y las preparaba. Si quedaban centinelas en el interior, se iban a ganar el salario.

Delante de sí, Felton oyó el revelador timbre de las puertas del ascensor. Corrió para doblar la esquina pero sólo había atravesado la mitad del largo pasillo cuando las puertas volvieron a cerrarse con un siseo. Demasiado tarde otra vez.

Frenó resbalando sobre el suelo y apretó furiosamente el botón de "subida". Aún tenía una oportunidad de atrapar a su presa... asumiendo, claro, que Emmet estuviera subiendo el octogésimo sexto piso.

Felton no sabía por qué los ascensores no subían más allá de éste. Puede que fuera la máxima altura que pudieran alcanzar con seguridad cuando el edificio fue construido. Aquella fila de ascensores conducía a un pasillo estrecho y corto que permitía acceder a un único elevador. Durante el día, éste transportaba una constante oleada de visitantes a y desde los miradores.

El estrecho pasillo de acceso sería el lugar perfecto para una emboscada. En aquel espacio confinado, no habría manera de escapar de una lluvia de balas.

Felton volvió a aporrear el botón del ascensor y maldijo de nuevo. ¿Cuándo iba a llegar uno de aquellos cacharros? Se sentía vulnerable allí, de pie frente a las puertas de los ascensores. Lanzó sendas miradas apresuradas a los dos lados del pasillo y de repente

reparó en la cámara de seguridad que tenía justo encima.

Bueno, si para entonces no sabían que estaba allí, muy pronto lo sabrían. Ninguno de los dos ascensores parecía estar moviéndose. Desconectados durante la noche, supuso. Vio que el ascensor que Emmet había tomado se detenía en el piso ochenta y seis y a continuación empezaba a descender. Ahora no habría manera de atraparlo. Salvo en el propio mirador. Y Felton tenía razones para suponer que Emmet no estaría solo allí.

Sonrió al pensar en la reacción que se produciría si regresaba e informaba de que no sólo había acabado con su objetivo, sino también con el mismísimo príncipe. Pero su sonrisa se desvaneció al instante. No le cabía la menor duda de que sus camaradas de conspiración –por mucho que protestaran contra la opresión de Calebros y la negligencia criminal con que realizaba sus deberes– lo sacrificarían sin titubear para escapar al castigo que provocaría un asesinato de tamaño calibre.

Además, la idea de enfrentarse solo a dos Nosferatu competentes no lo complacía especialmente. En tales casos uno tenía que asumir que siempre tendría a uno de ellos a la espalda y eso complicaba las cosas.

Aun antes de que el ascensor llegase al vestíbulo, había cambiado de idea y se volvió con aire resignado hacia la entrada oeste. No quería atraer demasiada atención sobre la puerta sur. Era mejor que pareciera que había seguido a su objetivo por allí. Rodearía el edificio, escondería el cuerpo que había dejado fuera y volvería a vigilar el lugar. Sólo para ver si se presentaba una nueva oportunidad. Puede que no todo estuviera perdido.

Mientras caminaba hacia la puerta oeste, estaba seguro de que lo estaban vigilando muy de cerca. Sin embargo, si había observadores invisibles, mostraban la discreción suficiente como para no desafiarlo o enfrentarse a la potencia de fuego con que amenazaba a cada movimiento –real o imaginario– que entreveía en las sombras.

Acababa de atravesar las puertas y emerger a la relativa seguridad del exterior cuando un impacto estruendoso sacudió el edificio entero.

Felton levantó la vista y vio una llamarada que estallaba en los

pisos superiores y salía despedida en todas direcciones. Le hizo falta un gran esfuerzo de voluntad para apartar la mirada, para obligar a su cuerpo a moverse. Se estremeció y empezó a correr.

Se encontraba a una manzana de distancia cuando la primera andanada de cristal, acero y hormigón empezó a llover sobre el pavimento.

La explosión debía de haberlo ensordecido porque sólo después de unos instantes empezó, poco a poco, a percibir un pitido incesante en los oídos. Encolerizado, se arrancó el receptor de la oreja y lo aplastó con el pie. Un pensamiento y sólo un pensamiento sobrevolaba una vez tras otra su mente.

Acaban de volar el Empire State Building. Lo repitió en voz alta pero no consiguió nada. Sencillamente, la idea se negaba a echar raíces en su cabeza. Había presenciado la explosión pero había algo inherentemente irreal en la imagen. Los rascacielos no estallan por sí solos.

Alguien ha tenido que hacerlo. Este segundo pensamiento era aún perturbador que el primero. ¿Quién querría volar el Empire State Building? ¿Y por qué? Si era obra de alguna pandilla de terroristas tarados, ¿por qué no hacerlo a plena luz del día, cuando era de esperar que pudieran añadir una multitud entera de turistas a la cuenta? Más servicio por su dinero...

A menos, claro, que su objetivo no estuviera allí durante el día. Este pensamiento hizo que se frenara en seco. Su objetivo. Y el suyo. Emmet. Se preguntó si Emmet se habría visto atrapado por la explosión. Puede que su misión no hubiese sido un fracaso, después de todo. Ahora no podía regresar para confirmarlo. Sería una locura. Pero, ¿por qué demonios iba uno a volar uno de los monumentos emblemáticos de la nación para matar a un solo Nosferatu? Era un exceso absurdo. No tenía el menor sentido, salvo que...

Salvo que no fuera Emmet al que uno quisiera matar. Los pensamientos de Felton acudieron de inmediato al príncipe. ¿Valdría la muerte del príncipe las represalias, las consecuencias, la atención de los medios de comunicación, la ruptura de la Mascarada que conllevaría la destrucción de un lugar como aquél? Desde luego, los socios de Felton no pensaban así. El precio era demasiado elevado

para ellos. Pero quizá hubiera otros que pensarán de forma diferente. O quizá pensarán de forma diferente porque estuvieran seguros de que no iban a ser ellos los que cargarán con el mochuelo.

Felton siguió esta hebra de sospecha por los pasillos de un laberinto... y todos ellos lo condujeron a la misma e inevitable conclusión. El pensamiento más perturbador de todos. Se cernió sobre él con una certeza fría que ahogó lo que hubiera debido ser un incendio de pánico en su interior.

Le habían tenido una trampa.

La petulancia de reyes y emperadores

—Sólo una cosa más, mi señor. La cuestión de vuestro legado para los coloniales —Doktor Frederic Lohm había tratado de decirlo como si tal cosa. Se encogió al ver el efecto que provocaban sus palabras. Las paredes toscas, perpetuamente húmedas de las criptas, las repitieron como un papagayo. Sus mismos pasos, mientras se apresuraba tras su maestro, parecían torpes y furtivos. El chisporroteo de las antorchas que flanqueaban la lóbrega puerta de hierro parecía un bufido que se mofaba de él.

Nunca había disfrutado del privilegio de atravesar aquel notorio portal —el umbral más temido de Viena— pero Herr Doktor no se hacía ilusiones al respecto de lo que había al otro lado. Era aquella maldita celda. Su mera proximidad lo ponía enfermo. Había algo en el aire, una especie de miasma. Un malestar. No era algo que pudiera concretarse. El enigma resistía todos sus esfuerzos por definirlo, por medirlo, por documentarlo y analizarlo. Confundía los sondeos más sistemáticos de la *scientia et sophia*. Pero el hecho era que los siglos de letargo y tormento le pasaban factura al lugar.

La cámara subterránea no era una celda en el sentido de una prisión o una mazmorra. O al menos, no sólo eso. Al pensarlo, a Herr Doktor no le quedó más remedio que admitir que una de las más

importantes funciones de la infausta cámara era mantener a un peligrosísimo y perverso intelecto aislado de una sociedad de seres menores... de los que tenía el hábito de alimentarse.

Pero sí, desde luego la cámara era más que una celda en el sentido monástico. Una ermita. Un lugar al que uno podía retirarse para escapar de los rigores del mundo y hundirse en el solaz de la soledad, la plegaria y la contemplación. En general se creía que el ocupante de la celda había pasado siglos en ella, sumido en el profundo y rejuvenecedor letargo que era el bálsamo de los fatigados de cuerpo y espíritu.

Al llegar a la puerta, Etrius, heredero de la Casa Tremere y líder del Concilio de los Siete, se volvió. Se detuvo, con una mano en el imponente pomo de hierro de la puerta. Las barreras mágicas de la estancia eran de tal potencia y antigüedad que, si habían tenido alguna vez su reflejo en medios tan efímeros y poco duraderos como la pintura o la sangre, el tiempo había borrado toda evidencia de estas formas transitorias. Los glifos que ahora cubrían la entrada estaban grabados en la misma madera ennegrecida y llenos de plata fundida. Puede que fuera una ilusión provocada por la luz de la antorcha pero las runas parecían estar en constante movimiento, fluyendo de forma líquida entre sí.

Doktor Lohm se estremeció sin quererlo. No entendía lo que su amo y señor buscaba en aquel lugar. *No, aquello* no era del todo cierto, sabía con exactitud lo que venía a ver. Lo que el buen doctor no alcanzaba a comprender era lo que impulsaba a Etrius a volver a un lugar como aquél, noche tras noche. Era muchísimo mejor dejar que tales cosas dormitaran sin ser perturbadas.

–Sí, sí –saltaba a la vista que Etrius estaba impaciente y distraído y su mente era presa ya de la anticipación provocada por las notas familiares de la sinfonía siniestra que lo aguardaba allí dentro–. ¿Qué noticias hay del legado?

–Bueno, se trata precisamente de eso, señor mío, no hay noticias del legado. Han pasado semanas desde su último informe. Temo por su seguridad.

–No se atreverían –Etrius pronunció cada palabra lenta y separadamente. Lohm había servido a su amo el tiempo suficiente

como para saber que aquel temblor sordo no era sólo una amenaza dirigida a los advenedizos coloniales. Era también una advertencia muy personal. Se dio cuenta de que aquella línea de especulación concreta no iba recibir una buena acogida en sus oídos. Tenía que ser muy cuidadoso.

–Desde luego que no, mi señor. Pero si el embajador estuviera sano y salvo, habría informado, como es, no sólo su deber, sino también su costumbre.

Saltaba a la vista que Etrius estaba teniendo que esforzarse para no perder los estribos. Su mirada se posó sobre la del buen doctor. Pero éste no pestañeó. Etrius reconoció la mirada templada al fuego de alguien que había sido instruido desde joven para hacer frente a la petulancia de reyes y emperadores. Recordó que, en su juventud, el doctor había sido preparado para servir como secretario personal del Kaiser Francisco José, un puesto en el que había servido con suma distinción.

Exhaló lenta y parsimoniosamente y soltó el pomo de la puerta.

–Por supuesto, ya habrás hecho algunas averiguaciones...

–He recibido... respuestas poco satisfactorias de la capilla –se tragó las palabras "falsificaciones evidentes", las primeras que habían acudido a sus labios. A tenor del estado de ánimo de su amo, era mejor refrenar tan incendiaria retórica.

–¿Qué aducen para explicar el repentino silencio del legado?

–Dicen que fue herido, mi señor, que se ha sumido en letargo a causa de las heroicas heridas recibidas durante la liberación de Nueva York... quiero decir, Nuevo Amsterdam.

–¡Ah, Nuevo Amsterdam! –los ojos de Etrius se enfocaron en un punto situado a media distancia mientras él parecía perderse en sus ensoñaciones. Su voz contenía un tono de nostalgia o pesar que había cogido desprevenido al buen doctor.

–¿Habéis estado alguna vez en las colonias, mi señor?

–preguntó Lohm, sorprendido e intrigado a un tiempo. Casi sin darse cuenta, trató de adivinar las imágenes que podían estar pasando por el interior del cráneo de su amo. Supuso que se trataría de una peculiar yuxtaposición de carrozas tiradas por caballos impulsados a vapor y ziggurats de acero y hormigón que se erguían con desatada

ambición hacia la luna.

Etrius no estaba "desfasado" *per se*. Desde luego no como otros muchos ancianos. No se había apartado de todo contacto con la tecnología y la cultura modernas. Lo que ocurría era que concebía todos los adelantos en los términos de lo que para él era el paradigma cultural primario. Su concepción del mundo estaba profundamente enraizada en el gran sistema universal del Medioevo. Su intelecto se había forjado en las disciplinas del Trivium y el Quadrivium, los pilares de la educación clásica. Su afilada mente se había templado aún más en los fuegos de las numerosas sociedades secretas de su época. Con la pasión de la juventud, se había embebido con toda voracidad de las artes prohibidas, arcanas, gnósticas, alquímicas y heréticas.

Un hombre que había crecido acostumbrado a comunicarse de forma instantánea con colegas situados en puntos tan lejanos como las Universidades de París y Padua –más de seis siglos antes del nacimiento de un tal Alexander Graham Bell– no iba a tener dificultades para aceptar el teléfono. Lo único que pasaba era que no entendía los principios exactamente igual que los demás. En una ocasión memorable, Lohm había visto cómo destruía su maestro a un aquelarre entero de "brujas" (con lo que se había referido a los transistores y resistores) de una radio que le estaba causando problemas.

–¿Nueva Amsterdam? –Etrius pareció volver en sí de mala gana. Se encorvó visiblemente bajo el renovado peso de sus responsabilidades–. No, nunca he estado allí en persona. Pero he... he oído historias muy intrigantes. ¿Quién es nuestro regente en la colonia en la actualidad? ¿O es que sigue Meerlinda supervisando en persona el crecimiento de la capilla?

El doctor reprimió una sonrisa.

–No, mi señor. La consejera abandonó este puesto recientemente... en algún momento del último o penúltimo siglo. No recuerdo la fecha exacta pero lo consultaré para vos en cuando regrese a la biblioteca.

El rostro de Etrius reflejó cierta nostalgia y decepción. Desechó con un ademán la oferta del doctor.

–No te molestes. No importa. Supongo que para Meerlinda debe

de haber sido duro el abandonar, ¿Quién es el nuevo regente?

–Aisling Sturbridge, mi señor. Sin duda la recordaréis. La señora Sturbridge es la que nos sirvió con tanta distinción y discreción en el asunto de...

–Ah, sí. Sturbridge. Una joven muy prometedora. Me complace ver que ha prosperado.

–Pero aún está el pequeño asunto de la salud del embajador. Y los asesinatos... –apuntó Lohm.

–El embajador hubiera debido solucionar la investigación de los asesinatos antes de arrojarle de cabeza al campo de batalla. Su informe sobre este asunto... ¿cómo lo diría...? ¿También resultó insatisfactorio?

–Estáis en lo cierto en ambas cosas, mi señor. Me cuesta otorgar crédito al comportamiento atribuido al embajador. Soy de la opinión de que debiéramos llamarlo de regreso tan pronto como pueda ser transportado para poder investigar la cuestión de forma más directa.

–Una sugerencia muy sensata. Debo admitir que me siento tentado a enviar a mi médico personal para atender a nuestro héroe herido y acelerar su regreso a nuestro lado.

Sus palabras hicieron reír al doctor.

–No os libraréis de mí con tanta facilidad, mi señor. En un momento así sería inconcebible que abandonara mi puesto –su tono descendió y se tornó más apropiado para la confesión de un diagnóstico desagradable–. Si me permitís que hable con franqueza, no habéis sido el mismo desde ese último e inconveniente viaje a Ciudad de Méxic... quiero decir, a Tenochtitlan. Me preocupa el malestar que parece haberse apoderado de vos en los últimos tiempos.

»Diría además –se apresuró a añadir para anticiparse a la interrupción–, que los humores de esta funesta mazmorra están provocando un efecto especialmente dañino en vuestra persona. ¿Qué sentido tiene acudir aquí cada noche y pasar todas vuestras horas de vigilia dentro de esa celda? Ninguno. Nada, desde luego, que sea más importante que vuestra salud y buen juicio. Nosotros, esta Casa, no podemos permitirnos el lujo de sacrificarlos a vuestra actual obsesión.

Si Él no os lo ha dicho aun, Os está haciendo... a vos y a toda Su Casa, un gran daño.

Etrius colocó una mano sobre el hombro de Lohm, pero no podía decirse si para tranquilizarlo o por cansancio.

–Ya no me habla –le confió–. Nunca.

Lohm supo que su amo se había perdido de nuevo en sus propios pensamientos. Etrius se volvió y atravesó de nuevo la distancia que lo separaba de la ominosa puerta cubierta de runas.

–Entonces, ¿por qué lo hacéis? –exclamó el doctor tras él–. No tenéis por qué someteros a esto, ya lo sabéis. Él no pensará mal de vos. No puede tener duda alguna sobre vuestra devoción.

Etrius se volvió a medias.

–Ni siquiera sabe que estoy ahí –dijo simplemente–. No sé lo que pensaría si lo supiera.

Lohm dio un tímido paso al frente.

–Amo, yo...

Pero Etrius lo interrumpió.

–Ya que no vas tú mismo, envía a los Astores. Y ahora, márchate.

Lohm reconoció su tono. No toleraría más discusiones.

–Sí, mi señor. Se hará lo que decís. Pero debéis hacer una última cosa por vos mismo. Si os negáis, no habrá lugar para mí aquí. No pienso quedarme para sufrir la indignidad de ser ignorado y ganarme una segura desgracia cuando mis vaticinios demuestren por desgracia ser acertados. Vos sois todo lo que nos queda; tenéis que dejar de dilapidar los recursos de esta Casa.

Etrius logró esbozar una sonrisa pesarosa.

–¿Siempre son tan amargas tus medicinas? Te confiaré un secreto, Doktor. Este lugar... éste es el único lugar que conozco, el único lugar que he encontrado nunca, en el que puedo, siquiera por el fugaz destello de una sola noche, ser libre de la interminable sucesión de demandas y súplicas; de peticiones e intrigas; de fintas y asaltos; de ataques e intentos de asesinato. ¿Sabes cómo llamo a este lugar? Lo llamo el Asilo. Aquí, la más fina de las barreras, esta puerta que ves, me protege del resto del mundo y su inasible confusión. Sólo cuando entro en esta celda, cuando cierro la puerta tras de mí, soy al

fin libre de los sollozos omnipresentes de los afligidos.

–Ahora os estáis burlando de mí, ¿verdad? ¿Acaso mis palabras no son más que los ladridos de un demente para vos? ¿Sabéis cómo se llama al hombre que cree que todos los que lo rodean están locos?

Etrius sonrió. Un insoportable cansancio asomó por la grieta abierta en su semblante.

–Mañana por la noche –dijo–, ven a verme a mi estudio. Pero tráeme remedios que no sean tan difíciles de tomar. Buenas noches, Doktor.

Lohm hizo una reverencia resignada y retrocedió tres pasos antes de erguirse, tal como prescribía el protocolo.

–Buenas noches, mi señor.

Etrius lo observó mientras recorría el pasillo y doblaba la esquina. Sólo cuando escuchó cómo se cerraba la puerta exterior dirigió de nuevo su atención a la celda. Las barreras mágicas no lo detuvieron ni amedrentaron. Se habían acostumbrado a su contacto.

Cerró la puerta tras de sí y se apoyó con todo su peso sobre ella. Reinaba el silencio allí y a su lado una sensación intensa de algo que Etrius sólo podía describir como *ausencia*: Era la misma ausencia que uno podría sentir al entrar en la habitación de un niño que acabara de fallecer. Todo estaba allí –la ropa desordenada, los juguetes tirados por el suelo– pero el espíritu, el significado, había abandonado los símbolos. Ahora sólo revelaba su ausencia.

Etrius se acercó al féretro de piedra, el único objeto que contenía la habitación, y se arrodilló ante él. Durante siglos, aquél había sido el lugar de reposo de su amo y señor: Tremere, Fundador de la Casa. Ahora estaba vacío. Etrius apretó la cabeza contra la fría piedra y dejó que el peso de sus pensamientos se vertiera directamente sobre la roca. Un solitario y ahogado sollozo escapó de los restos de sus atrofiados pulmones, un alarido desgarrador, animal. Pero si lloraba por su amo, o por su Casa, o por sí mismo, había dejado de saberlo. Los límites se habían fundido mucho tiempo atrás y sus viejos ojos –cubiertos ahora por cataratas de sangre– no podían ya distinguir tan pequeños detalles.

Ynnis apareció en el escenario de una carnicería. Habían volcado estanterías enteras de libros cuidadosamente ordenados y sus contenidos estaban ahora desperdigados por toda la habitación. El monitor situado junto a la cama había caído al suelo y el cristal estaba roto y echaba chispas. No muy lejos, un cuerpo desangrado se agitaba en el suelo. Otro yacía inmóvil en la cama, con una expresión de tormento y terror desnudo grabada en el rostro.

Se estremeció sin quererlo mientras se acercaba a la cama. Hacía tanto frío en el santuario de la regente como en una cámara frigorífica. Habías estalactitas de hielo en los hierros del dosel de la cama. Las cortinas habían sido arrancadas, echas un ovillo sanguinolento y arrojadas a una esquina.

Ynnis tropezó con un trípode volcado y cayó al suelo. Su rodilla destrozó un jarrón vacío que rodaba lentamente por el suelo. Sintió que se le clavaban cristales en la carne. Logró agarrarse al borde de la cama pero su rostro se encontró frente al cuerpo que aún yacía enredado entre las sábanas.

Sturbridge.

Un puño blanquecino aferraba el lino de la sábana. El otro estaba paralizado en el acto de arañar la resplandeciente estaca que sobresalía de su pecho.

El Maestro Ynnis se inclinó un poco más para examinar el curioso adminículo que empalaba a su regente. Era un alargado pedazo de hielo escarlata. Un cristal facetado hecho de sangre helada que le había atravesado el corazón. Mientras lo observaba, un lento hilillo de vida se condensó en el borde de la estaca y empezó a resbalar lentamente por la curva del pecho de Sturbridge.

Con mucho cuidado, extendió un dedo hacia la gota de color rubí. Sintió que cedía levemente bajo su contacto y cuando apartó la mano se le quedó pegada. Se llevó la yema del dedo a la lengua y

paladeó la gota entre sus labios.

–Láudano –dijo en voz alta, mientras su aliento brotaba en una nubécula gélida teñida de rojo–. En cantidad suficiente para matar una pequeña manada de elefantes –volvió su atención hacia el segundo cuerpo, que aún seguía debatiéndose salvajemente en el suelo–. Me pregunto lo que puedes decirnos sobre esto –reconoció sus facciones al instante. Era Helena. O al menos una réplica parpadeante de la adepta. Puso una mano sobre ella para contener sus sacudidas pero el cuerpo de la adepta conservaba muy poca sustancia. Su mano la atravesó como si fuera un fantasma.

–Abrir nodo de comunicaciones –susurró–. Sobrecarga por emergencia médica. Ynnis, Maestro.

–Autorización confirmada. Nodo de comunicaciones habilitado.

–Antígona; ¿me oyes? –preguntó.

–Gracias a Dios. Sí. ¿La habéis... encontrado? –su voz titubeó durante un breve instante.

–En efecto. Escúchame con atención, por favor. La situación de la adepta es crítica. Por desgracia, hay razones poderosas por las que el ritual de bilocalización está prohibido.

–¿El bi qué?

–Bilocalización. La adepta ha intentado llevar a cabo un ritual que le hubiera permitido existir en dos lugares simultáneamente. Es una adaptación incorrecta del rito estándar de aportación que fue documentado por vez primera por Goratrix, allá por el...

–Eso está muy bien, de veras. Estoy impaciente por saberlo. Pero las convulsiones están empeorando. Ahora se está agitando como si su cuerpo estuviera tratando de deshacerse. Y no deja de sangrar por la boca y los oídos y la nariz y... creo que la estoy perdiendo.

–Mantén la calma. No vas a perderla. Voy a tratar de enviártela desde aquí. Te diré lo que tienes que hacer. ¿Estás bien?

–¡Maldita sea, no soy yo la que está muriéndose! ¿Qué tengo que hacer?

–Para empezar, debes inmovilizarla. Si lo consigo, lo más probable es que la adepta se levante del suelo como un cohete. El ataque no terminará. Pero si hasta ahora sólo estaba debatiéndose

con la mitad de su fuerza...

Antígona gruñó.

–Capto la idea.

–Excelente. Tu tarea principal consiste en impedir que se mate durante esos primeros momentos. ¿Crees que podrás hacerlo?

–Creo que sí. ¿Qué ocurrirá luego? –preguntó.

–Lo más probable es que trate de matarte a ti –dijo–. Las convulsiones remitirán, dejando a la Bestia al mando... los voraces instintos de alimentarse y luchar.

–¿Y qué se supone que vamos a hacer?

–Yo sugeriría que, una vez que estés completamente segura de que la adepta ha revivido, la incapacites lo más deprisa posible.

–Estoy segura de que no tengo que recordaros que Helena es una adepta. He visto cómo desmembraba a un cabeza de pala Tzimisce sin más ayuda que su voz. Yo no soy más que una novicia, ¿recordáis?

–La adepta estará en las garras de la Bestia. No debería de tener ni la concentración ni la compostura necesarias para invocar ningún ritual de sangre poderoso. Espero que eso te sirva de consuelo.

–Ya veo –dijo–. De modo que lo único que tengo que hacer es reducir a la jefa de seguridad de la capilla, que además, casualmente, es también la instructora de artes marciales de sus miembros, en un combate personal, ¿verdad? ¿Hay alguna buena razón para no empalarla ahora mismo?

–Si la incapacitas en su condición actual, es muy probable que cortes la conexión, y con ella nuestras esperanzas de recuperarla de una pieza. Sugiero que utilices un objeto romo y pesado, a ser posible en la parte trasera de la cabeza o en la nuca. Y *sólo* cuando estés absolutamente segura de que vuelve a estar entera.

–A juzgar por vuestras palabras, se diría que no es la primera vez que hacéis una cosa así.

Hubo una larga pausa.

–Nunca con éxito.

Antígona cambió ligeramente de posición y miró a su alrededor para buscar el sólido tablón de madera que había, hasta hacía muy

poco, sostenido la tabla de ónice de la mesa de café.

–Muy bien –exclamó con voz insegura–. Estoy preparada si vos lo estáis también.

El Maestro Ynnis no respondió. Se frotó las manos como si tuviera frío. Mientras lo hacía, la carne de sus dedos se volvió traslúcida y dejó ver los brillantes nudos de hueso de su interior. Se acercó al cuerpo aún convulso del suelo y le puso una mano sobre el pecho. Alzó la otra, como si estuviera realizando una invocación. Mientras la cerraba para formar un puño, casi pudo sentir cómo crujían los huesos al plegarse.

Él sabía lo que venía a continuación pero era mejor que Antígona lo ignorara. Reunir una existencia separada no era un asunto insignificante. Nada que hubiera que tomarse a la ligera.

Con un aullido, golpeó a Helena en el corazón. El cuerpo entero se combó bajo la fuerza del golpe. El puño volvió a alzarse y a caer y la golpeó con la fuerza de un electrostato. Alzó el puño una tercera vez.

El tercer golpe cayó. La parpadeante forma azulada se desgarró y salió despedida, convertida en sendos jirones de sombra, hacia las cuatro esquinas de la habitación. El Maestro Ynnis se desplomó, vencido por la fatiga, con el puño que acababa de golpear a la adepta pegado al pecho. No era un hombre joven cuando había sido arrojado a aquella existencia, suspendida entre los mundos de los vivos y los muertos. Y se había llevado sus achaques consigo al cruzar el umbral.

Las luces de la habitación se habían apagado hasta no ser más que tenues destellos. Una aguda y perforadora, agonía recorrió su costado izquierdo siguiendo el curso de venas y arterias en desuso. Su rostro, contorsionado y arrugado en los extremos, había adquirido el aspecto de una máscara de muerte monstruosa, el que hubiera debido corresponderle muchos años atrás. Sus oídos se llenaron con el bramido de la sangre. El martilleo del oleaje. La inevitable progresión de las mareas, enfrentadas en una épica batalla, arrojándose ola tras ola contra la falda de las montañas.

No provoques a los perros

Felton se detuvo justo al final de la manzana en la que se encontraba el edificio abandonado. Se encontraba a mitad de camino del lugar antes de darse cuenta de adónde lo estaban llevando sus pasos. De haberse sentado a pensar lo que iba a hacer a continuación, es muy probable que nunca hubiera ido allí. Pero, ¿dónde iba a ir si no? Desde los dramáticos acontecimientos de aquella noche, ya no había forma de saber en quién podía confiar.

El viejo edificio se inclinaba visiblemente hacia la derecha. Parecía como si en algún momento hubiera estado dividido en tres o cuatro apartamentos. Felton, no obstante, sabía que en la actualidad sólo tenía un inquilino. Se quedó allí un buen rato, mirando hasta estar seguro de que no había nadie que pudiera ver cómo entraba o, peor aún, tratara de interferir. Cautelosamente, se acercó a la entrada principal. Empezó a subir las escaleras, tratando de permanecer pegado a las sombras de la entrada. Había cuatro timbres para elegir (tres de ellos aún encendidos), así que los apretó todos a la vez. Luego esperó.

Al cabo de un instante, el inconfundible sonido de una escopeta al ser amartillada lo sobresaltó.

—¿Quién demonios es? Y ya que estamos, ¿podrías decirme por qué no debería reventar la puerta junto contigo y esparcirnos a los dos por toda la calle?

La respuesta de Felton fue un susurro agudo.

—Charlie, soy yo. Tengo... tengo problemas. Necesito que me ayudes.

El otro bajó la voz y profirió una imprecación.

—¿Estás solo?

—Sí, podría decirse que sí —replicó Felton junto con un patético intento de carcajada. No podía recordar un momento en que se hubiera sentido más solo.

—No me había dado cuenta de que fuera una pregunta graciosa. ¿Estás solo o no?

–¡Sí! Aquí no hay nadie más. Y ahora abre antes de que alguien me vea.

Esto pareció convencer a Charlie. Si Felton estaba metido en un lío, no le convenía que lo vieran allí... aunque pretendiera darle la espalda. Se escuchó el sonido de un cerrojo, luego una silla arrastrada por el suelo y por fin otro cerrojo. Se abrió una rendija en la puerta.

Felton se deslizó al interior y cerró rápidamente la puerta tras de sí. Al volverse, se encontró cara a cara con el cañón doble de una escopeta. Charlie se interponía con aire protector entre las cuatro motos que ocupaban el vestíbulo, escaleras abajo, y él. Otra escalera, a su izquierda, subía a su apartamento.

–Dime –dijo. Se había puesto apresuradamente su gastada chupa de cuero, como si la idea se le hubiera ocurrido en el último momento. Tenía el pecho desnudo y el estómago le colgaba sobre el elástico de los vaqueros. La chaqueta estaba decorada con insólitos pedazos de metal y hasta su peludo bigote parecía recortado en un ángulo extraño.

–No necesitas eso, amigo –replicó Felton mientras señalaba la escopeta con la cabeza.

–Demuéstramelo.

Con mucha lentitud, Felton se abrió el abrigo y le enseñó las Uzis. Las sacó cuidadosamente y las dejó en el suelo.

–¿Algo más? –preguntó Charlie.

Felton extendió la mano hacia el cuchillo pero en ese momento recordó que lo había dejado enterrado en el pecho de un guardia en el exterior del Empire State Building.

–Perdí el cuchillo en una pelea. Mira, Charlie. Ha ocurrido algo espantoso...

–Ya lo sé. Está en todas las noticias. ¿Estás herido? –la escopeta no temblaba un ápice, en curioso contraste con el tono de preocupación que transmitía su voz. Felton creyó oír el crepitar de las voces de los presentadores de los especiales de noticias, escaleras arriba. Retransmisión en vivo y en directo, sin duda. A estas alturas el lugar debía de ser un hervidero de periodistas y policías.

–Mira, yo no he volado el...

–Shhh –Charlie lo interrumpió con un doloroso golpe de la

escopeta en plenas costillas. El viejo motero sacudió violentamente la cabeza a un lado, como para señalar a los vecinos que había al otro lado de la pared y el hecho de que a Felton no pareciera importarle que los oyeran—. Hablaremos arriba. Sube tú primero.

–Lo que tú digas, Charlie. Me alegro de que estuvieras en casa. No sabía dónde ir.

–Deberías haberme llamado. Te hubiera dicho dónde podías ir. Felton se rió para quitarle hierro a sus palabras.

–No sabía si tenías teléfono y tampoco conocía el número.

–Hubiera sido mucho mejor que no supieras dónde estaba este lugar. ¿Cómo me has encontrado?

Felton llegó arriba. Había dos apartamentos en el piso y la puerta del primero estaba abierta. La única luz proveniente de su interior era el destello azulado de un aparato de televisión encendido. Felton vaciló en el portal. El tufo a sangre vieja y aceite de motor resultaba casi insoportable.

–Tendrás que perdonar el desorden. No esperaba visita. Hazte sitio en el sofá. Estoy seguro de que volverás a estar bien dentro de un minuto. Tengo que comprobar cómo están los perros.

Charlie desapareció en el interior de una habitación a oscuras. Hubo un sonido metálico y Felton oyó que su anfitrión musitaba una imprecación y empezaba a farfullar con voz colérica. Escuchaba con mucha atención, tratando de captar el revelador crujido de un receptor de teléfono descolgado. Nada. Sólo aquella invectiva constante, alguien que se movía a tientas en la oscuridad, un solitario gemido animal y el golpeteo de unas cadenas.

Aliviado, Felton rodeó la moto que era en aquel momento objeto de la obsesión de Charlie. En pleno proceso de reconstrucción, dominaba la mayor parte del cuarto. Era una máquina enorme, un trabajo de encargo. El asiento le llegaba casi a la altura de los hombros. Dudaba mucho que pudiera montarse en semejante monstruo sin subirse a algo. De respaldo alto, como era habitual en las chopper, tenía una tensa cuchilla hecha de largos huesos humanos unidos en paralelo por medio de cable de cobre.

Caminó con cuidado a su alrededor y sorteó también el silenciador y el tubo de escape que descansaban en el suelo, a su

lado. Tropezó por accidente con un puñado de tuercas y tornillos y los desperdigó por toda la habitación. Pero no todo lo que había en el suelo rodaba con tanta facilidad o emitía ruidos metálicos. A juzgar por la peste que despedían los fragmentos más suaves y pegajosos, Felton supuso que su anfitrión había estado recientemente reuniendo más adornos para su moto. Bueno, quizá no *tan* recientemente.

No encontraba palabras.

–Maldita sea, Charlie –lo llamó–. Quiero decir... o sea, *maldita sea*.

Charlie volvió a aparecer, con una gran sonrisa en los labios, orgulloso.

–¿Te gusta? Llevo trabajando casi tres meses en ella.

–¿Qué puedo decir? –balbuceó Felton–. Nunca había visto nada igual. ¿Haces esto... a menudo?

–Tanto como respirar... cuando tengo ocasión –su réplica debió de parecerle especialmente graciosa, porque rompió a reír–. ¿Lo coges? ¡Respirar!

–Sí, respirar. Qué bueno, amigo –levantó con prudencia el cojín del sofá y arrojó directamente su contenido al suelo en vez de arriesgarse a tocarlo con las manos. Le dio la vuelta al cojín, volvió a ponerlo en su sitio y se sentó.

La televisión descansaba sobre una caja de embalaje alargada cuyas dimensiones recordaban vagamente a un ataúd. En la pantalla se veía una toma aérea del Empire State Building. Un piso situado a unas cuatro quintas partes del tejado seguía envuelto en llamas. Felton se acercó.

–¿Te importa si lo subo?

–Por mí no te cortes. Cuanto más ruido, mejor. Así será menos posible que los vecinos se enteren de lo que tienes que decir –pasó por detrás de él y volvió a salir de la habitación. Una delgada ranura de luz procedente del frigorífico iluminó lo suficiente la cocina como para que Felton decidiera que no quería ver más.

–¿Quieres una cerveza? –preguntó su anfitrión.

–Gracias, pero este asunto me ha quitado las ganas –respondió.

Charlie abrió dos latas, una detrás de otra, sin soltar un solo

instante la escopeta. Pero al menos, cuando regresó, la había bajado. Por lo que a Felton se refería, aquello suponía una importante mejora. Charlie empujó las dos latas hacia su invitado. Estaban apiladas, con su enorme puño rubicundo alrededor.

–Espera a ver esas imágenes. Te volverán a entrar las ganas. Ya era hora de que sonrieras para la cámara.

La imagen fue sustituida por la de la cámara de seguridad interna. Mostraba una toma razonablemente clara, si bien poco halagüeña y en blanco y negro, de Felton. Desde aquel ángulo, lo que más destacaba era su frente desnuda y sus dos ametralladoras. Mientras él observaba, su imagen apretó los botones del ascensor y entonces, con la claridad del sol de la mañana, reparó en la presencia de la cámara y puso los ojos en blanco.

Charlie estuvo a punto de tirar la cerveza sobre la pantalla de la risa.

–Sólo verlo ya resulta gracioso, ¿sabes? Pero verte a *tí* viéndolo es aún más gracioso –se pasó el antebrazo por la nariz y la boca para limpiárselas y soltó un ruidoso bufido–. Así que era eso, ¿eh? La misión. Volar el maldito Empire State Building. Tal cual. Jesús, me cuesta creer que lo hayas hecho. ¡Tú!

–¿Qué quiere decir ese "me cuesta creer que lo hayas hecho"? ¡Pero si no lo he hecho! No he hecho nada. Sólo estar en el lugar erróneo en el momento equivocado.

–Vale, vale. Por mí perfecto amigo. Si eso es lo que quieres decirle al viejo Charlie, estupendo. ¡Pero, oye, mira qué hora es! Muchas gracias por pasarte. Suerte con tu misión y todo eso. Estoy impaciente por saber cómo termina todo –le dio unos golpecitos en el hombro con el extremo peligroso de la escopeta.

Felton apartó el arma con calma.

–No. Hablo en serio, Charlie. Mira, aquí tengo el informe de la misión. Puedes leerlo por ti mismo. A estas alturas, me da igual. No tengo nada que perder.

Con mucha lentitud, metió una mano en el interior de su abrigo, dolorosamente consciente del hecho de que el frío cañón de la escopeta estaba ahora apoyado contra su cabeza en un gesto que no demostraba ambigüedad alguna. Se oyó un gruñido amenazador en la

habitación de atrás y el crujido metálico de una cadena al tensarse. Felton sacó una carpeta de cartón del bolsillo interior y la sostuvo en alto.

De mala gana, Charlie cogió la carpeta con la mano libre y bajó la escopeta. Se situó de manera que la enorme moto se interpusiera entre su invitado y él y abrió el dossier sobre el asiento. La escopeta reposaba también sobre éste, no apuntada hacia Felton pero aún en su dirección, con el gatillo al alcance de la mano.

Charlie gruñía para sí mientras ojeaba el informe.

–Un atentado, ¿eh? Tengo que concedértelo, amigo, no haces las cosas a medias. Si hubiera sido yo, habría recurrido al viejo truco. Un rifle de francotirador. Rápido, fiable, nada de líos. Las demoliciones son siempre imprecisas, además de ruidosas. Demonios, ¿estás seguro de haber cazado al objetivo?

–No lo sé. ¡O sea, no! Ni siquiera tuve la oportunidad de disparar. Ha sido una encerrona. ¡Alguien ha volado el maldito edificio! –hizo un gesto enfático en dirección al televisor como si las noticias le estuvieran dando la razón.

Charlie sacudió la cabeza y cerró la carpeta, asqueado. Señaló con un ademán acusador a su invitado.

–¿Cómo se te ha podido ocurrir algo así? ¿No te has dado cuenta de que tendría cobertura nacional? Es un jodido símbolo del país. Mierda, tío, vas a tener al puto FBI detrás de tu desgraciado y miserable culo. Después de un truco como éste, te espera un bailecito de mil demonios. Yo aquí tengo un buen chollo: una casa propia, un pequeño negocio de restauración a su lado... Y estoy haciendo las cosas bien. Por primera vez desde hace no sé ni cuanto tiempo, estoy haciendo las cosas bien. No voy a echarlo todo a la mierda sólo porque tú te presentes aquí y me traigas el lío a casa.

–¡No me estás escuchando! –estalló Felton mientras se ponía en pie. Hizo ademán de acercarse a su anfitrión, con una mano adelantada para dar mayor énfasis a su argumento. Pero se detuvo con una imprecación y le dio la espalda a Charlie–. Mira, ha sido una encerrona. Yo ni siquiera llevaba explosivos. ¡Y mucho menos algo así! –hizo un gesto en dirección a la televisión, en la que en aquel momento se veía a una presentadora con cara de caballo–. ¡Olvídalo!

No vale la pena. Creía que podía contar contigo. Después de toda la mierda que hemos pasado juntos, pensé... pensé... Olvídalo. Gracias por la cerveza.

Dejó de un fuerte golpe la lata aún entera sobre el televisor. Un chorro de espuma saltó y cayó, cubriendo de cuentas brillantes y multicolores la pantalla. Felton se dirigió hacia la puerta hecho una furia.

Una gruesa mano plantada con firmeza en el centro de su pecho lo detuvo. La otra mano de su anfitrión aún aferraba la carpeta, aplastándola a la altura del centro. Felton reparó en que la escopeta seguía en el asiento de la moto. El hecho le proporcionó alguna tranquilidad pero, dada la proximidad de su adversario y la intensidad de su enfado, tampoco le emocionaba la idea un combate cuerpo a cuerpo.

No obstante, los huesos rotos y los cartílagos desgarrados se curaban más deprisa que los destrozos provocados por un disparo de escopeta.

–Mírame, joder –ladró Charlie. Felton lo hizo sin titubear–. ¿Has volado tú ese edificio?

–¡Maldita sea, Charlie! Sabes que no lo...

–No te he preguntado lo que sé. Te he preguntado si volaste ese edificio. Y ahora deja de retorcerte y responde a la puta pregunta. ¿Sí o no?

Felton se tragó una réplica enfurecida. Estaba que echaba chispas.

–No.

Charlie sostuvo su mirada un largo rato. Parecía estarlo evaluando. Al fin rompió el silencio.

–Entonces, ¿por qué demonios estás tan a la defensiva? –a la vez que pronunciaba la palabra "demonios", le propinó a Felton un empujón que lo envió hacia la puerta abierta de la habitación de atrás.

Felton tropezó con el tubo de escape y cayó de espaldas. Hubo un gruñido húmedo y áspero junto a su oído. Instintivamente, rodó sobre sí mismo, se puso de rodillas y empezó a apartarse de la oscura entrada. Dos pares de ojos fieros y luminosos que reflejaban los destellos azules del televisor lo siguieron. Por un momento creyó que

podía distinguir el halo de una melena enmarañada alrededor del más próximo. La alargada y grasienta crin negra caía hasta el suelo y apenas lograba esconder la afilada, angulosa y sobresaliente extensión de los hombros lampiños y de color rosa que había debajo. Unas pezuñas de cinco dedos y terminadas en crueles garras, firmemente plantadas sobre los tablones. Y el atisbo de unas curvas suaves, claramente femeninas, apenas ocultas detrás de la enfurecida cascada de pelo.

La cadena traqueteó sobre el suelo y se puso tensa pero aguantó. Un aullido salvaje, plenamente animal, se alzó en la oscuridad mientras la criatura trataba de arrancar la cadena. Fuera lo que fuese lo que Charlie tenía en aquella habitación, no era desde luego un par de perros. O al menos no lo había sido al comienzo de su vida. Ahora no había manera de saber lo que eran o no eran.

Una mano fuerte agarró a Felton por el hombro y lo levantó sin esfuerzo. Se vio volteado en el aire y detenido de repente con un impacto blando. Ahora le estaban sujetando los dos brazos a ambos lados del cuerpo. Charlie se encontraba sobre él, inclinado directamente sobre su cara. Su aliento apestaba a cerveza pasada y cigarrillos. Felton pensó que había llegado su hora. Que el hombretón iba a partirlo limpiamente por la mitad como si fuera una ramita.

–No. Provoques. A. Los. Perros.

–Lo siento –susurró Felton–. Lo siento. Mira, Charlie. No debería haber venido. Ha sido un error meterte en esto. Lo que pasa es que todo se ha vuelto hostil de repente y pensé... pensé que puede que, vaya, las cosas fueran diferentes aquí.

–Hostil es la palabra exacta, amigo. La puta ocupación del Sabbat no es nada comparada con lo que se está preparando, colega –tras ellos, la televisión no dejaba de repetir frases como "caza del hombre", "búsqueda en tres estados", "armado y peligroso", "no traten de enfrentarse a él"–. Pero primero vas a tener que vértelas conmigo. Y aún no he decidido si vas a salir de aquí, y mucho menos con vida. Si es que a lo que te espera se le puede llamar *vida*. Así que, ¿por qué no te sientas tranquilito, te bebes la cerveza y me dejas pensar, vale? ¿Tienes alguna objeción al plan?

–Magnífico plan, Charlie. Me quedaré aquí. Bebiendo mi cerveza

–se apartó frotándose los hombros y se dejó caer lentamente sobre el sofá. Mientras lo hacía, no dejó de mirar a su volátil huésped un solo instante–. ¿Echan algo bueno en la tele esta noche?

–Eres un maldito caso de psiquiátrico, ¿sabes? No sé por qué no te parto en dos aquí mismo. Así podría darle una mitad a la policía y la otra a los matones del príncipe. Probablemente es la única posibilidad que tengo de salir de este embrollo de una pieza.

Felton guardó silencio. Ahora sabía que Charlie lo creía. No por los viejos tiempos ni nada parecido sino porque ésa era la única explicación para el hecho de que el hombretón no lo hubiera desmembrado ya. Por supuesto, eso no quería decir que no fuera a cambiar de idea en cualquier momento.

–Mira, Charlie. A ti no te va a pasar nada. Mientras no hagas ninguna estupidez, no hay nada que me relacione con este lugar. Nadie sabe dónde estoy y nadie lo va a saber. Sólo tengo que salir de la ciudad. Esta noche. ¿Puedes ayudarme? ¿Alquilarme una moto? Alquilármela, maldita sea... te *pagaré* por ella. Aquí tienes las llaves de mi casa. Hay una caja fuerte debajo de la vieja estufa de hierro. Con dinero, joyas, es todo tuyo. Sólo dame una moto y un par de cientos de pavos y no volverás a verme en la vida.

–Las motos no están a la venta –dijo Charlie con voz calmada–. ¿Cuál es el Plan B?

–¿A qué te refieres con que no están a la venta? Hay al menos cincuenta mil dólares ahí –señaló las llaves que habían caído a los pies de Charlie–. Tienes cinco motos aquí. Dame una, por el amor de Dios.

–Me refiero a que no están en venta. ¿Qué, es que hoy no te enteras? ¿La explosión te ha reblandecido el cerebro? Ahora mismo, no hay nada que me relacione con este asunto pero, ¿qué crees que ocurrirá cuando te detengan en el túnel y le sigan el rastro a la moto? Porque sabes que habrá controles de carreteras, ¿verdad?

Felton pareció abatido por sus palabras.

–Tengo que salir de la ciudad –repitió.

–Tú no vas a ninguna parte –dijo Charlie con voz firme–. Ahora mismo ni siquiera puedes pensar con claridad. Saldrías montando un escándalo y te darías de cabeza con un control policial. ¡Y ésa es sólo

la policía mortal! ¿Cómo crees que vas a librarte de lo que van a enviar contra ti los matones del príncipe? No puedes volarle el culo a su mano derecha y esperar que se quede tan tranquilo. Además, es un Nosferatu, lo que significa que tiene ojos en casi todas partes y casi nada se le escapa, joder. Y mucho menos algo que está ansioso por encontrar. Coño, tendrás *suerte* si es la poli la que te coge.

–¿Y qué se supone que debo hacer? No puedo dejar la ciudad y tan seguro como que hay infierno que no puedo quedarme aquí. Tendré una oportunidad si logro llegar donde Calebros no pueda alcanzarme. Podría empezar de nuevo en otro lugar, en cualquier otra ciudad. Puede que Nueva York sea un estanque muy grande, pero no es más que un estanque. Las ondas que uno levanta aquí no lo siguen muy lejos. Podría ir a Chicago. O a Phoenix. O puede que a Los Angeles.

–Esta noche no vas a ir a ninguna parte. Lo que tienes que hacer es descansar. Hablaremos mañana, cuando vuelvas a pensar con claridad. No quiero oír una palabra más hasta entonces. ¿Me entiendes, soldado?

Felton sonrió al oír estas palabras.

–Sí, señor.

–No te oigo, soldado.

–¡Sí, señor! –ladró Felton–. Eres un buen tío, Charlie. Sabía que no me dejarías tirado.

–Sí, bueno, soy incapaz de hacer una cosa así, así que pasemos del almíbar y vamos a dormir un poco. Tú en el sofá. Hay más cerveza en la nevera. Sírvete. Y, Felton...

Se volvió al escuchar su nombre, sobresaltado. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que Charlie lo conociera.

–¿Sí, Charlie?

–No te quedes todo el día levantado viendo la tele. No echan más que programas para marujas, culebrones y noticias. Y todo eso no son más que tonterías. Incluso en las noticias, ya nunca pasa nada.

–Buenas noches, Charlie. Y gracias.

–Te diré algo. Si los dos seguimos vivos mañana, puedes darme las gracias –se volvió hacia el dormitorio, donde lo saludó un coro de olisqueos y gemidos animales–. ¡He dicho que abajo!

Felton trató de no pensar en el escándalo del cuarto contiguo y se volvió hacia la televisión. Sonaba una atronadora música *dance*. Otro de esos malditos anuncios de Cyanight. Todo el mundo con los brazos en alto. Una exclusiva discoteca, fundido en negro y la panorámica nocturna de un Nueva York gótico. Un momento más tarde, tanto la imagen como el sonido se disolvieron en un floreciente nubarrón de un amarillo enfermizo.

–Nueva York se ha vuelto virtual –anunció la voz, un imitador barato de James Earl Jones–. ¿No es hora de que tú también lo hagas? Cyanight: quemando la Web, una ciudad tras otra.

Felton se tumbó de costado y se tapó con el abrigo. Alargó el brazo, apagó la televisión y dejó que el silencio se amontonara sobre él.

Puede que la haya golpeado demasiado pronto

Antígona oyó el grito del Maestro Ynnis. Sintió el impacto de los tres golpes. Uno... dos... tres.

Helena irguió el torso como impulsada por un resorte, como un niño que acabara de despertar de una pesadilla. La novicia estuvo a punto de salir disparada por los aires. Bajó el hombro y cargó todo su peso sobre la adepta para intentar que se tendiera. Sólo lo logró a medias; las dos cayeron y rodaron por el suelo. Mientras su oponente seguía sacudiendo los brazos, Antígona trataba de inmovilizarla antes de que la adepta pudiera hacer daño a una de las dos.

Volvió a escuchar la advertencia del Maestro Ynnis: debía esperar a que Helena volviera a estar entera, a que la Bestia empezara a emerger. A que Helena tratara de matarla.

El cuerpo entero de Helena se estremecía y retorció, una ola arqueada de energía estática de color azul. De repente, no hubo nada a lo que Antígona pudiera agarrarse. Sus manos, aún retorcidas en la presa con la que había sujetado a la adepta, pasaron *a través* del

cuerpo de ésta y chocaron con el suelo. Hubo un crujido resonante y un destello de dolor. Con una sacudida, Antígona retiró la muñeca, doblada ahora en un ángulo insólito.

Rodó sobre la espalda y se llevó la, muñeca rota al pecho. Sabía que sólo contaba con un momento de respiro, si es que contaba con eso. Apretó los dientes y tiró. Un nuevo crujido del hueso, esta vez para devolverlo a su lugar correspondiente. La oleada de dolor recorrió su cuerpo y con ella regresó la bandada de gaviotas negras.

No podía seguir esperando.

Las líneas del rostro de Helena parpadearon un instante en el aire y volvieron a cobrar solidez. Con todas sus fuerzas, Antígona le propinó un puñetazo en la mandíbula. Un golpe que le hubiera partido el cuello a un peso pesado.

Helena se desplomó en medio de un chisporroteo de arcana energía azul. Su imagen se difuminó y empezó a desvanecerse.

–¡La estoy perdiendo! –gritó Antígona al puerto de comunicaciones–. Puede... puede que la haya golpeado demasiado pronto. ¿Qué hacemos ahora?

No hubo respuesta.

»Ynnis, ¿podéis oírme?

Silencio.

»¿Estatus del nodo de comunicaciones? –gritó con voz colérica.

–Conexión con el santuario de la regente abierta y operativa.

–¿Localización de Ynnis, Maestro?

–Ynnis, Maestro, se encuentra en el santuario de la regente.

–Entonces, ¿por qué demonios no responde? No importa, déjalo –dirigió su atención a Helena. Saltaba a la vista que la adepta se estaba desvaneciendo a toda velocidad.

–¡Maldita sea, no vas a morirte por mi culpa! –le gritó directamente a la cara. Cerró el puño alrededor del cuello de la túnica de Helena pero no logró hacer presa de la volátil materia de su cuerpo–. ¡Te necesitamos! Esta capilla te necesita. Sturbridge te necesita –dio varias bofetadas a la adepta en ambas mejillas, en la frente y la nuca. Algunas de ellas encontraron lo que buscaban, otra no, pero Antígona ya no tenía capacidad de preocuparse por semejantes trivialidades.

Al escuchar el nombre de Sturbridge, los ojos de Helena se abrieron por un breve instante. Pero no había el menor atisbo de consciencia tras sus párpados, sólo blanco, recorrido por una telaraña de líneas negras que se agolpaban en las esquinas, el rescoldo de unas venas ya secas, en desuso.

–Helena, escúchame. Te necesitamos aquí y te necesitamos ahora mismo. ¿Por qué no estás en tu puesto? –su reprimenda fue respondida por un crepitar de energía que recorrió de un lado a otro todo el cuerpo de la adepta.

»Estamos sufriendo un fallo de integridad de mil demonios y tú eres la única que puede apagar el maldito sistema antes de que se funda la red entera –no hubo respuesta.

»Un espíritu guardián ha escapado y está rondando por el *domicilium*. Está quemando el lugar entero, ¡Hay tres novicios atrapados en su interior! –nada.

»¡Maldita sea, necesito que me hagas entrar en el santuario de la regente! Sturbridge está dentro pero no responde. Podría estar herida o muerta, no lo sé. El Maestro Ynnis fue tras ella y ahora tampoco responde. Dijo algo sobre... –Helena abrió los ojos de repente. Sus manos se precipitaron hacia delante. El inesperado empujón hubiera arrojado a Antígona de espaldas de haber tenido más sustancia los brazos de la adepta. Tal como estaban, Antígona sintió tan solo un estremecimiento leve mientras las palmas abiertas contraían su túnica, apretaban y se hundían en su cuerpo hasta la altura de los codos.

Se retorció y luchó por contener un alarido. Su primer instinto era liberarse antes de que los brazos que la atravesaban cobraran mayor solidez. Pero había errado gravemente el propósito del ataque.

Mientras Antígona se retorció, la mano de Helena encontró el objeto que estaba buscando a tientas. Con un ademán tan preciso y paciente como el del martillo de un joyero, extendió el dedo índice y dio un golpecito con suavidad al corazón de Antígona.

La novicia se quedó paralizada. Trató de moverse pero tenía los miembros encanecidos y pesados. No respondían a sus imperiosas órdenes. Trató de hablar pero su boca se negaba a formar palabras y sus pulmones se negaban a expeler aire. Sentía un peso en el

estómago, una certeza que ardía a fuego lento y se arrollaba sobre sí misma. En cualquier momento emergería de su estado larvario y se convertiría en un pánico desbocado. Los ojos perplejos de la novicia se encontraron con los de la adepta. Antígona esperaba ver en ellos su muerte definitiva, abatiéndose sobre ella en un torbellino de alas negras. Lo que encontró en su lugar la sorprendió, la dejó estupefacta.

En los ojos de la adepta, Antígona no encontró el menor reflejo de sí misma. Los pensamientos de Helena la habían abandonado por completo y habían regresado a su lucha solitaria y devoradora. Antígona ya no formaba parte del cálculo. De repente era como si hubiera desaparecido.

La cólera y la indignación hicieron presa de ella. Pero el fuego de su mirada no hizo que la adepta se encogiera. Por el contrario, mantuvo la mirada fija sobre la suya. Las pupilas de la adepta se abrieron más y parecieron invitarla con señas, atraerla a su interior. Antígona titubeó, insegura, delante de aquella negra abertura. Se asomó al vacío y asistió por un momento a la lucha furiosa que estaba teniendo lugar en su interior. Una lucha que no era contra ella, sino contra el despertar de la Bestia que trataba de arrancarse a dentelladas las deshilachadas ataduras que la maniataban. Y al contemplar el semblante de la Bestia, una forma canina hecha de pura sombra, con unas mandíbulas enormes que se abrían tanto como las de un mastín, Antígona tuvo la certeza de que Helena no podría ganar aquella batalla. Estaba demasiado débil como para contener a la voraz Bestia durante mucho más tiempo.

Pero en aquel momento de claridad, mientras aquellos tres pares de ojos se encontraban, Antígona se percató de algo. Era la debilidad de la adepta y no otra cosa lo que había contenido a la Bestia durante tanto tiempo. Como le ocurría a sus propios y torpes intentos por inmovilizarla la Bestia no lograba encontrar asidero en su fluida forma. Ahora Antígona sabía que no era sólo el cuerpo de Helena el que se había dividido, sino su identidad entera. Por medio de aquel rito descarriado y prohibido, su yo se había partido en dos.

Pero la Bestia estaba a punto de cambiar las cosas, de derribar los muros, de devolver las cosas a su enfocada totalidad. A lo primario, a lo innegable. Era una magia tan antigua como el tiempo. La

sangre derramada.

Antígona no podía más que mirar, impotente, mientras Helena se volvía y caminaba con determinación hacia el diagrama. Sin una sola mirada atrás, la adepta lo cruzó y desapareció de su vista.

*

*

Sonó un crepitar en el intercomunicador y una voz, casi perdida tras un trueno de llamas, gritó:

–Esto no va bien. No podemos llegar hasta ellos. Están atrapados al otro lado. La habitación no se ha despresurizado, así que lo estamos haciendo a la antigua: con extintores y cadenas humanas para traer cubos de agua. Por el momento podemos contener las fugas pero tenemos que darnos prisa en restaurar las barreras. Están soportando una verdadera paliza y no hay forma de saber cuánto tiempo podrán contener las llamas. No quiero ni pensar lo que puede pasar si a esa cosa se le ocurre la idea de ir a dar un paseo. Si no reparamos el fallo y reiniciamos los sistemas, tampoco podremos despresurizar los pasillos contiguos, lo que significa que no podremos contener a esa cosa. Hay que considerar la posibilidad de un escenario de evacuación. ¿Me oís? Repito: posible escenario de evacuación.

Antígona quería responder, quería gritar. Pero una gélida certidumbre se había apoderado de ella, extendida por todo su cuerpo desde el punto exacto en que el dedo de Helena había tocado su corazón. Estaba impotente bajo el peso de aquella convicción, incapaz de moverse o hablar. Una eternidad de impotencia se extendía delante de ella. ¿Cuánto tiempo podía pasar, se preguntó, antes de que alguien pasara por casualidad por allí y la encontrara de aquella manera, paralizada? Puede que bastante. Y si el plan de evacuación se llevaba a cabo, era por entero posible que las llamas la alcanzasen antes de que sus camaradas creyeran que era seguro regresar a la capilla.

Volvió a sentir la tentadora caricia de las alas negras pero esta vez no pudo forzarse a espantarlas. No tardaron en estar a su alrededor, las oscuras aves carroñeras, aquellos heraldos de la muerte. Graznaron y observaron su semblante con las cabezas

ladeadas. Los más osados entre ellos empezaron a picotearle el dobladillo de la manga. Ella sufrió su presunción en silencio.

Envalentonada por su inactividad, la hueste de cuervos se le acercó más. Sintió el primer picotazo que arrancaba un pedazo de carne fría y muerta. El animal sacudió la cabeza y el jirón pálido y cubierto de venas negras desapareció en su gástrico. Un segundo pájaro se aproximó y le arrancó un nuevo trozo de carne. No podía forzarse a resistirlos. Estaban en su derecho. Trató de cerrar los ojos pero no fueron sus párpados sino unas alas oscuras la que descendieron sobre su visión.

El sonido de unos pasos hizo que volviera en sí. Unos pasos pesados. Alguien arrastraba con dificultades una carga. Trató de abrir los ojos de nuevo pero las alas parecieron vencerla una segunda vez.

No sabía cuánto tiempo había pasado... ¿Noches? ¿Años? Se sentía liviana, optimista, como si sus huesos, tanto tiempo confinados en la prisión de su carne se hubieran al fin liberado y fueran libres para caminar por sí solos. Desnudos.

Se asomó por entre el delicado biombo de plumas negras y vio que Helena emergía del diagrama. Traía en los brazos el cuerpo inmóvil del Maestro Ynnis. Lo llevó hasta el sofá más cercano y, respetuosa, metódicamente lo depositó allí. Parecía un cadáver.

Menuda tontería, pensó Antígona en medio de la primera caricia de una histeria creciente. *Era un cadáver*. Todos ellos eran cadáveres. Quería decir que parecía un cadáver reciente. Uno que aún no ha sido quebrado convenientemente. Uno que aún no ha tenido que regresar a la tierra a pie tras haber hecho en barca la larga travesía.

Aún esperaba, deseaba, que se levantara. Que abandonara el sofá y musitara algo enigmático con su habitual sonrisa cohibida, que se disculpara por llegar tarde. Sí, ése era precisamente el cariz de su sentido del humor. Podías matarlo y él se disculparía por "llegar tarde".

El Maestro Ynnis no mostró la menor disposición a levantarse o ayudarla. Antígona se volvió hacia Helena, pero al instante apartó la mirada de ella. Ignoraba cómo había logrado contener a la Bestia durante tanto tiempo. Aun ahora podía ver cómo la desbordaba y consumía. Desde aquella distancia notaba que el vello de los brazos de Helena se había vuelto oscuro y basto. Su boca ya no cubría por

completo los húmedos y crecidos caninos. Todo su cuerpo se encorbaba, como si se estuviera arrollando hacia dentro en un ovillo compacto de músculo poderoso. Preparándose para saltar.

Orinar en una fogata

Felton ya estaba levantado cuando Charlie despertó. No había dormido mucho. Sobre las tres de la tarde había decidido dejar de intentarlo y había vuelto a encender la tele. No echaban nada interesante, por supuesto. Nada más que repeticiones de la noticia de la explosión. No era exactamente lo que necesitaba en aquel momento. Pero lo dejó puesto y se obligó a mirar.

Por fortuna, la fuerza de la explosión se había expandido en su mayor parte desde el mirador hacia el exterior y ninguno de los incendios residuales se había extendido. Era imposible combatir un incendio situado a cien pisos de altura. La presión de los surtidores de la calle, aun por medio de un camión de bomberos, no bastaba para alcanzar tal altura.

Habían rociado el edificio varias veces con productos químicos que retardaban la expansión de las llamas y había una entrevista con uno de los pilotos a los que habían traído a toda prisa desde los bosques de Nevada o un lugar parecido. Lo esencial que se extraía de sus declaraciones era que habían tenido suerte. El tipo estaba haciendo un comentario colorido sobre orinar en una fogata cuando el entrevistador dio paso a otro periodista.

También hubo los clásicos testimonios de "testigos presenciales". Felton no recordaba haber visto a ninguno de ellos en la escena. Supuso que debían de tratarse de los que habían llegado después, la inevitable multitud de curiosos que, alertados por el ruido de la explosión se habían agolpado alrededor del edificio. Algunos de ellos aseguraban haber visto a un hombre huyendo del lugar. Un hombre lo describió como "uno de esos fanáticos de la supervivencia.

De unos treinta años, calvo, enjuto. Y corría como si le fuera la vida en ello".

Una descripción poco halagüeña, quizá, pero más precisa de lo que Felton hubiera esperado. El testimonio del testigo típico no solía ser más concreto que "era blanco, un tío blanco. Y disparaba en todas direcciones".

La imagen dio paso a un primer plano en blanco y negro tomado por la cámara de seguridad. Felton puso los ojos en blanco y su gemelo del sofá hizo lo mismo. Era la vigésima vez que veía aquella imagen. Seguía pensando que con el tiempo dejaría de avergonzarse, pero por el momento sus expectativas se habían visto defraudadas.

Acto seguido, apareció un estudio en pantalla, y un presentador que, evidentemente, no había pasado toda la noche despierto.

—Y en un asunto relacionado con éste, el gigante de Internet, Cyanight Entertainment, ha retirado el último de una serie de controvertidos anuncios. El portavoz de Cyanight, Adams Graves, afirmó en una conferencia de prensa realizada hoy mismo, que sería "poco sensible" seguir emitiendo el anuncio, en el que se mostraban imágenes de la destrucción de Nueva York en un ataque nuclear, a la luz de los recientes acontecimientos. Graves negó que la publicidad con un fuerte contenido violento provoque violencia real. "Estos anuncios no promueven la violencia y el terrorismo más de lo que ver documentales antiguos sobre la guerra promueven la aparición de conflictos bélicos. La explosión es una gran tragedia. Es un milagro que más personas no hayan salido heridas o hayan muerto. Las familias que están sufriendo cuentan con todas nuestras simpatías".

Una lata de cerveza se abrió justo detrás de Felton y éste dio un respingo. Charlie estaba inclinado sobre el respaldo del sofá.

—¿Has dormido algo?

Felton asintió y aceptó la cerveza sin demasiado entusiasmo.

—Gracias. Un poco. Llevo un par de horas despierto. Creí que darían algo. Algo útil, quiero decir.

Charlie tomó un largo trago de cerveza.

—He estado pensando en lo que dijiste la pasada noche. Sobre la encerrona. Y sobre salir de la ciudad.

—¿Y?

–Y no sé. Parece demasiada coincidencia. Apareces allí para una misión al mismo tiempo que alguien decide volar el Empire State Building. ¿Estás metido en algún lío, Felton? Algún otro, quiero decir. ¿Alguien te quiere ver muerto?

–¡Demonios, Charlie, no lo sé! Le he estado dando vueltas y más vueltas en la cabeza. Pero no encaja ¿Quién querría acabar conmigo? Sí, algunos bastardos del Sabbat; hemos estado años luchando contra ellos. Pero eso se ha terminado, ¿no? O sea, hemos ganado, ¿no? Así que, ¿qué sentido tiene?

Charlie sacudió la cabeza.

–No, tienes razón. Eso no encaja. Para empezar, no es el estilo del Sabbat. Si quisieran acabar contigo... Demonios, han tenido oportunidades de sobra, ¿no? Y algunas de ellas más que buenas –le dio un puñetazo nada delicado en el hombro–. Oye, ¿te acuerdas de la vez que nos encontramos con un puñado de ellos metidos en aquella especie de cementerio, en el río?

–Bueno, no creo que esos tíos nos guarden ningún rencor –replicó Felton, sonriendo por vez primera aquella noche–. Nos dieron hasta en el carné de identidad. Creí que no sería capaz de sacar tu pobre culo de allí. Hubo un momento en que, si me lo hubieran pedido, habría ido corriendo a buscarles un poco de salsa barbacoa para que pudieran asaros en condiciones.

Charlie dijo:

–Bueno, a eso me refería. El Sabbat, o al menos las manadas de guerra que han estado merodeando por aquí los últimos años no son tan sutiles. Son directos. Son arrogantes. Y están acostumbrados a conseguir lo que quieren. Si el Sabbat hubiera querido acabar contigo, aun después de perder el poder, habrían echado abajo la puerta de tu casa y te habrían sacado a rastras.

–No te pases –dijo Felton–. He pasado al menos tanto tiempo cubriendo mis huellas para impedir una visita tan desagradable como ésa como derribando las puertas de otros tíos.

–Pero si hubieran sabido que ibas a estar en el Empire State Building, habrían caído sobre ti allí mismo, no habrían volado el edificio entero para cargarte el mochuelo. Y te habrían liquidado. No puedo creer que trataras de realizar una misión tan peligrosa como

ésa sin apoyo.

–En el informe no se mencionaba nada sobre apoyo –dijo Felton.

–Ni tampoco que fuera a volar el edificio –replicó Charlie–. Cuanto más hablamos sobre él, menos me gusta ese informe. ¿Puedo verlo otra vez?

Felton recogió la enrollada y arrugada carpeta del suelo.

–Tú mismo. Por mi parte, si no vuelvo a verlo, mucho mejor.

Charlie ya estaba pasando páginas.

–Y estás seguro de que es auténtico. ¿La letra es la misma de otras misiones? ¿Podrían haberlo falsificado de alguna manera? ¿Por ejemplo mientras estábamos todos en la reunión?

Felton sacudió la cabeza.

–No lo sé. No lo creo –se quedó sentado en silencio durante un rato. Cuando volvió a hablar, resultó evidente que no había estado pensando en la pregunta de Charlie–. ¿Alguna vez lo echas de menos?

Charlie soltó una risa incómoda y a continuación guardó silencio unos momentos.

–¿Te refiere a luchar con el Sabbat? No, no echo de menos de menos a esos tíos. Y lo que desde luego no echo de menos es que me disparen o me atropellen o me abran en canal. Tío, yo odiaba a esos bastardos. Los odiaba de veras, quiero decir. Con un odio a primera vista, uno de esos. Ya sabes a qué me refiero. La clase de odio en la que se te llenan los ojos de sangre y es como si te estuvieras observando a ti mismo por encima del hombro. Como si estuvieras en una peli de madrugada o algo así. Nada de actuar ni estupideces así. Sólo viéndote en la tele. Pero ahora las cosas han cambiado. Hemos ganado, ¿no? –le dio una palmada en la espalda–. Sí, señor, hemos ganado.

–Pero, si pudieras, ¿querrías volver?

Charlie invirtió la prolongada pausa en apurar su cerveza. A continuación realizó un exagerado saludo marcial y se aplastó la lata contra la cabeza.

–Muerta –dijo–. ¿Quieres otra?

–Yo estoy servido, gracias. Intento no pasar de una antes del

desayuno –añadió Felton.

–Como quieras. Pero si estuviera en tu piel, me haría falta una caja de seis para atreverme siquiera a pensar en acercarme a la puerta –regresó con dos latas y le dio una a Felton a pesar de sus objeciones–. ¿De veras lo echas de menos?

–Al menos con el Sabbat sabías a qué te enfrentabas –reflexionó Felton–. Sabías que alguien iba a tratar de joderte en cuanto lo veías. Y sabías quién estaba en tu equipo. Y, maldita sea, eso era importante. Significaba algo. Ahora no hay más que intrigas y puñaladas traperas. Detrás de puertas cerradas. Misiones solitarias. Te vas a reír pero cuando los antiguos escuadrones se separaron, casi acaba conmigo. Ver a toda la gente, todos los tíos con los que habíamos combatido todos esos años, separándose así, como si tal cosa. Casi me mata. No dejaba de pensar "espera un segundo, ¡si hemos ganado! ¿Dónde demonios está todo el mundo? Hemos ganado". Pero de repente, era como si al no haber más Sabbat no hubiera razones para quedarse. Y cuanto más lo piensas es peor. Antes de que nos diéramos cuenta, era como si todo por lo que habíamos luchado no importara.

–No te amargues, héroe –el rostro de Charlie estaba solemne y no había el menor atisbo de burla en su voz.

–Sí, menudo héroe. Uno que no tiene la sensatez necesaria para abandonar la lucha. Las balas dejaron de volar hace un mes. Así que, ¿cómo es que aún sigo dando tiros? ¿Cómo es que sigo con las misiones y los asaltos y toda la maldita historia? Te lo digo, Charlie, era cien veces mejor cuando estábamos luchando contra el Sabbat. Porque al menos entonces sabíamos que teníamos razón. Sabíamos que eran misiones y no asesinatos. ¿Y ahora? Ahora no estoy tan seguro.

–La guerra ha cambiado, hombre. Eso es todo. Tú sabes cómo combatíamos. Y se te daba bien. Muy bien. No tienes de qué avergonzarte. Pero ahora hay una nueva guerra. Y se libra cada noche en las calles, como la vieja. Sólo que las cosas se han dado la vuelta. ¿Alguna vez ves películas del oeste, Felton? ¿En los pases de madrugada?

–Claro, claro –admitió Felton a regañadientes.

–Bueno, pues esto es como una del oeste. En esas películas está el sitio ese al que llaman Dodge City... Un sitio en el que no podías evitar estar en el punto de mira. Lo único que podías hacer era esquivar las balas y confiar en tu suerte. Un lugar de esos. No había ley en Dodge. Vaya, no una ley legal. El sheriff... puede que estuviera asustado o puede que estuviera en nómina, porque ésa era la mejor manera de no acabar muerto, conseguir que las cosas fueran de tal manera que no te interesara luchar por nadie...

–O puede que no le importase –Felton vio adónde quería ir su anfitrión y se adelantó–. Puede que prefiriese chapotear por sus alcantarillas y jugar con sus ratas a levantar un dedo para impedir que la gente siguiera matándose en las calles.

–No creo que tuvieran alcantarillas –dijo Charlie–. Ratas, seguro que sí. Pero no importa. Mira, la cuestión es que en Dodge tenían un tipo distinto de guerra a la que la gente estaba acostumbrada. Había veteranos, desde luego, gente que había combatido en los dos bandos durante la Agresión del Norte...

–Eh, creo que por aquí suelen llamarla "Guerra Civil" –lo interrumpió Felton.

–Y supongo que hay gente que llama bolso de mano a una granada de mano pero a mí eso me trae sin cuidado. Lo que quería decir es que en aquellos tiempos, por muy buenos soldados de infantería, caballería o artillería que fueran, no terminaban de entender la nueva manera de hacer la guerra: la chulería, los salones, los tiroteos en el clímax. Sí, algunos de ellos lograron amoldarse, pero muchos otros no. Boot Hill estaba llena con las cruces de los que no lo hicieron.

–¿Y si no quiero combatir en una nueva guerra? –lo desafió Felton–. A mí me iba bien con la antigua. No me gustaba el Sabbat más que a ti, Charlie. Pero se me daba bien. Sigo aquí... los dos seguimos aquí. Y ellos no. Eso debería significar algo.

–Sí, significa que eres tú el que se está poniendo nostálgico y no un cabeza de martillo Tzimisce. La guerra ha terminado, tío. O lo aceptas o te aseguro que vas a acabar mal. No sólo serás una víctima, tío, sino que serás uno de los primeros en caer.

–Ya he acabado mal –replicó Felton sin apenas entonación–.

Hemos estado metidos en algunos líos en el pasado, pero no sé cómo voy a salir de éste. No tengo ni idea.

–Eso es exactamente lo que estaba tratando de explicarte. La vieja manera de resolver los problemas ya no sirve. Los días en los que un par de pelotas y un cargador extra de munición suponían una ventaja han terminado.

–¿Así sin más? No tengo nada que decir al respecto. ¿Se acabó? Maldita sea, he luchado en esa guerra durante diez años. Y he perdido... mierda, no quiero ni pensar lo que he perdido. Pero muchos hombres buenos han dado sus vidas para que Nueva York no se convirtiera en otro patio de recreo del Sabbat.

–Un montón de tíos –replicó Charlie– tuvieron la sensatez de no volver a levantarse después de que los acribillaran una primera vez.

–Maldita sea, no estoy hablando de eso y tú lo sabes –alzó la voz y un gruñido de advertencia procedente de la habitación de atrás lo respondió. Se calló al instante–. No lo sé. Ya no sé nada. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer?

Charlie no tenía una respuesta convincente para él. Permanecieron sentados, en silencio. Felton trataba de sintonizar las noticias mientras Charlie hojeaba el dossier sin demasiado interés, como si esperara que alguna pista de vital importancia le cayera en el regazo. Como si se hubiera quedado atrapado entre dos páginas y fuera a soltarse con solo pasar las páginas muchas veces.

–Ojalá estuviera seguro de que este informe no es una falsificación. Si supiéramos eso, al menos sabríamos si podíamos regresar al Conventículo para buscar ayuda...

–No. Eso sí que no –dijo Felton con aire sombrío–. De ningún modo puedo arriesgarme a regresar. Aunque alguien hubiera cambiado las carpetas, ese alguien tendría que saber muchísimo sobre nuestra operación: cómo trabajamos, cuándo y dónde nos reunimos. No. No puedo correr el riesgo. No sé quién me la ha jugado, pero sea quien sea, lo que te puedo asegurar es que no voy a volver a ponerme a su alcance para que pueda liquidarme. Creo que esta vez han conseguido que me retire de veras.

–Tranquilízate. Sólo estoy tratando de encontrarle sentido a todo esto, ¿vale? Sé que la situación parece realmente mala desde tu

perspectiva. Pero yo estoy de tu lado, ¿de acuerdo? Este embrollo no sólo huele a podrido, es que la peste llega hasta el cielo. Es demasiada coincidencia que se aprobara una misión en el mismo momento y lugar que el atentado. Lo que no entiendo es el por qué. ¿Crees que alguien estaba tratando de *matarte*?

–Joder, Charlie, ya te he dicho que no lo sé. Estamos andando en círculos –al ver la mirada que se pintaba en el rostro de su anfitrión, Felton se obligó a calmarse y pensar–. No. Por supuesto que no. Nadie iba a volar el puto Empire State Building sólo para matarme. Pero si alguien supiera lo que iba a pasar, podría haber aprovechado la oportunidad para tenderme una trampa... para asegurarse de que estaría en el lugar erróneo en el momento equivocado.

Charlie sacudió la cabeza.

–Sigo sin entender cómo podrían haber hecho para cargarte el muerto a ti. Quiero decir, fue pura suerte. Cualquiera de nosotros podría haber sacado el dragón. Ni siquiera la Voz de los Huesos podría haber sabido quién iba a sacar la "ficha negra".

Felton desvió la mirada.

–Sí, bueno. Él sí que podía haberlo sabido. Eso te lo garantizo.

–¿De qué hablas? Te conozco lo suficiente como para saber cuándo te guardas algo. Será mejor que lo sueltes ahora mismo o te echo a la calle. ¿Qué ocurre? ¿Estaba amañado el sorteo o algo así?

–No, nada de eso –dijo Felton.

–¿Entonces qué? ¿Estás tratando de decirme que todo el rito de Sacar el Dragón es una farsa? ¿Por qué te sometiste a todo ello si sabías que estaba amañado? Maldita sea, estoy tratando de ayudarte y tú sigues jugando conmigo. Bueno, pues estoy harto de que jueguen conmigo. Así que o me dices qué coño está pasando aquí o te echo a la puta calle.

Felton se levantó rápidamente, como si creyera que la cosa fuera a terminar a golpes.

–Nadie está jugando contigo, Charlie. Es a mí a quien le han tendido una trampa, ¿recuerdas? Si el rito está amañado, lo está sin que yo lo sepa. Y tampoco se me ocurre cómo iban a hacerlo. ¿Te refieres a alguna clase de truco de prestidigitación?

–¿Por qué no? Lo único que la Voz de los Huesos necesitaría es

un par de bolsas: una llena de dragones y la otra llena de vientos. Demonios, ni siquiera tendría que ser la Voz. Alguien podría meter unos pocos dragones de más cuando le llegara el turno. Eso bastaría para empeorar bastante las posibilidades del siguiente.

–Nadie metió más dragones en la bolsa. Nadie cambió las bolsas –admitió Felton.

–Entonces, ¿de qué demonios estás hablando?

Hubo una larga pausa.

–Mira, Charlie, yo no saqué el dragón. Eso es todo.

–¿Qué quieres decir con eso de que no sacaste el dragón? Yo estaba allí, ¿te acuerdas? Dijiste, "Mierda..." –su voz se apagó–. Miserable hijo de puta... ¡No sacaste el dragón!

–Viento del Sur –Felton se encogió de hombros.

–¿Por qué lo hiciste, tío? ¿Te lo ordenó la Voz? Os vi hablando pero no pude entender lo que estabais diciendo. ¿Te amenazó?

–No, nada de eso. Me estaba incitando, tratando de convencerme. Pero no fue eso. Fue sólo que... oh, demonios, Charlie, ya sabes lo que pasa. Estaba aburrido y harto de todas esas chorradas de conspiradores y estaba deseando un poco de lucha honesta a la vieja usanza. Un poco de acción. Ya sabes, como en los viejos tiempos...

–Así que mentiste. Ésa es la cosa más estúpida que jamás harás, ¿sabes? Y no es que no hayas hecho algunas cosas realmente estúpidas en el pasado. Pero si ésta no hace que te maten... que nos maten a los dos, ya que estamos, no será porque no te lo merezcas.

–Gracias, Charlie. Sabía que lo entenderías.

–Cierra el pico. Aún tengo que decidir si debo seguir hablando contigo. No, espera, ya lo he decidido. Alguien tiene que decirte lo gilipollas que eres. Nadie te ha tendido una trampa, Felton. *Tú mismo* te la has tendido. Has metido el cuello en la soga tú sólo. Y ahora vas a seguir adelante y tirar también por ellos de la palanca y abrir la trampilla debajo de tus pies. ¿Te crees que vas a poder salir de la ciudad, así de sencillo?

–¿Tienes un plan mejor? No puedo quedarme aquí y esperar a que derriben tu puerta. No es que no aprecie lo que estas haciendo por mí, pero tengo que hacer *algo*, Charlie. Cuanto más tiempo

pasemos hablando de ello, más nos picaremos. Y más probable será que uno de los dos salga de aquí con los pies por delante.

–Muy bien. Entonces digamos que lo primero que necesitamos es encontrar un lugar en el que puedas esconderte durante algún tiempo. Un lugar seguro. Siempre existe la posibilidad de que alguien del Conventículo trate de ponerse en contacto conmigo aquí y eso sería malo para los dos. Dios sabe que no suelo anunciar mi paradero, pero tú has logrado dar conmigo. Y si tú has podido, alguien más podría hacerlo.

–¿En qué estás pensando? –replicó Felton con voz cautelosa.

–¿Hay alguien más con quien puedas contar...? –empezó a preguntar Charlie pero se interrumpió a mitad de frase—. No importa. Pregunta estúpida. Si lo hubiera no estarías aquí, ¿verdad?

Felton asintió lentamente.

–Supongo que algunos de los viejos camaradas siguen por aquí. Los que se dispersaron después de que le diéramos una paliza al Sabbat. Cuando se disolvieron las escuadras. Pero después de esto... no sé, Charlie. Mi cara ha aparecido en todas las noticias. Ya no sé si puedo contar con su ayuda. Sí, en los viejos tiempos las cosas eran diferentes. Hubiera recibido un balazo por cualquiera de ellos y apuesto lo que sea a que ellos hubieran hecho lo mismo por mí. Pero, ¿ahora? ¿Qué soy para ellos ahora? Nada, exactamente eso. O peor que nada, un problema. Un viejo camarada de guerra que no tuvo la sensatez de abandonar la lucha cuanto todo terminó. Ellos están metidos en otras cosas, tienen otras perspectivas. No necesitan que me presente y líe las cosas.

–Sí, ya sé lo que quieres decir.

–Ay, Charlie. Contigo es diferente. No quiero parecer un ingrato pero tú sigues en el juego. Aunque te joda, sigues siendo parte de ello.

–Sigo siendo parte de ello, de acuerdo. Una parte que debería vender tus miserables pelotas al mejor postor... sacarte lo que sea y darse con un canto en los dientes.

–A eso me arriesgaba cuando vine aquí. Me alegro de saber que puedo contar contigo, Charlie.

–No estés tan seguro. Si me tocas demasiado las pelotas, me libro de ti en menos que canta un gallo. Y ahora cierra el pico y déjame

pensar. Tenemos que encontrar un lugar para esconderte. Tienes que permanecer algún tiempo bajo tierra.

–Oh, no. Bajo tierra no. Lo último que necesito ahora mismo es caer en manos de los malditos Nosfis...

–Relájate –lo interrumpió Charlie–. Eres tan jodidamente literal, No me refiero a *bajo tierra* bajo tierra. Permanecer alejados de los Nosfis es probablemente razón más que suficiente para no regresar al Conventículo ahora mismo. ¿Viste todas esas caras nuevas en la última reunión? Todo el mundo estaba hablando de la gran "deserción" de hace unas pocas noches. Por lo que pude averiguar, parece que uno o dos de los recién llegados habían abandonado al príncipe y se habían unido a nosotros.

Felton silbó.

–Qué jodido.

–Sí, tú lo has dicho. Con los desertores, el contingente de Nosfis debe de ascender a cinco o seis miembros. Hasta puede que sean mayoría. Y por mucho que hayan roto con el príncipe, no querría tener que apostar mi seguridad a que no hay ni uno solo de ellos cabreado contigo por haberle volado el culo a su mano derecha. Has sentado un mal precedente.

–¡Pero si no he sido yo! –objetó Felton.

–¿Y crees que esa historia sobre lo que estabas haciendo en realidad allí va a encontrar muchos seguidores entre la multitud? Esos tíos tienden a ser muy protectores entre sí. Aun en el caso de que ninguno de ellos fuera un infiltrado, y eso es mucho decir, creo yo, ¿estarías dispuesto a arriesgar tu miserable no-vida a que todos ellos han quemados los puentes tras de sí? Emmet era uno de los suyos. Y puede que esos tíos no tuvieran nada contra él.

–Bueno, lo que es seguro es que allí no voy a volver. Eso ya lo hemos dejado claro –dijo Felton.

–Estupendo. Pero lo que trato de decirte es que, si ésa es la bienvenida que puedes esperar de los Nosfis que se han unido a nuestro bando, imagina la que pueden estar planeando los que siguen siendo leales al príncipe. Supongo que ahora mismo, mientras hablamos, estarán fuera, peinando la ciudad. Es muy probable que haya algunas preguntas "agudas" que les gustaría hacerte.

–No te lo discuto. No puedo dejar la ciudad, no puedo quedarme aquí, no puedo recurrir a mis viejos colegas, no puedo acudir al Conventículo y no puedo esconderme bajo tierra. ¿Dónde nos deja eso?

Charlie reflexionó.

–Tengo una amiga a la que quiero que conozcas –levantó una mano para cortar las objeciones de Felton–. Sino creyera que podemos contar con ella, tan seguro como que hay infierno que no arriesgaría el cuello para llevarte a su lado.

Felton se tragó su réplica inicial.

–¿Una tía?

–Sí, una tía. ¿Algún problema con eso? No me digas que ya no te interesan las chicas.

–Estupendo. Justo lo que necesito. Un putito Celestino. ¿Y de qué conoces a esa "amiga"?

–Del negocio –replicó Charlie–. Motos y armas. Lo que me recuerda que cuando entraste me fijé en que aún utilizas esa basura extranjera. Hay que cambiarla. Tenemos que mejorar tu imagen.

–Estupendo –repitió Felton sin demasiado entusiasmo–. Seis cañones, imagino.

Charlie le dio una palmada en la espalda.

–Vamos, tenemos que elegir una moto para ti.

–Pero si me has dicho que no ibas a...

–Tienes razón –lo interrumpió Charlie–. No iba a. ¿Querías que te diera una de mis motos para que salieras corriendo como un idiota y tanto ella como tú acabaseis acribillados? Sí, una idea Cojonuda. Pero tenemos que ir a ver a alguien y tan seguro como que hay infierno que no vas a montar conmigo.

–¿Qué hay de malo en ésta? –dijo Felton mientras señalaba la moto monstruosa que dominaba la habitación.

–No hay nada malo en ella; pero en ti sí. No tienes ni la mitad de las pelotas necesarias para montar en esa moto. Y no está terminada. Para cuando lo esté, no serás capaz ni de darle al arrancado automático. Ésa es la clase de moto que hace que los tíos parezcan enanos o los convierte en leyendas.

Felton bufó.

–Sí, vale. No engañas a nadie, ¿sabes? Ni siquiera eres capaz de llevarla hasta la puerta, ¿verdad? ¿Verdad? –exclamó a la figura que se alejaba.

Charlie se encontraba ya a mitad de las escaleras. Ni siquiera se volvió.

Esos huesos no fueron hechos para correr

Maldita sea, se suponía que esto no iba a ocurrir, pensó Antígona, enfurecida. El Maestro Ynnis le había asegurado que la influencia de la Bestia sobre Helena le impediría utilizar ningún efecto taumatúrgico... y mucho menos algo tan complejo como introducirse en su interior y paralizarla con un solo toque.

Antígona ignoraba por qué no se había sumido en el letargo curativo. Ni siquiera sabía cómo era capaz de permanecer de pie, aunque sospechaba que tal vez la parálisis tuviera algo que ver.

Tenía que detener a Helena como fuera. Detenerla antes de que matase a alguien: el Maestro Ynnis, a la Regente Sturbridge, hasta puede que a ella misma. No temía por su propia vida. No a un nivel fundamental. Pero en aquel momento la inactividad se parecería peligrosamente al asesinato. El equipo de respuesta de emergencia se las estaba viendo y deseando para contener al espíritu fugado en el *domicilium*. Sin los códigos de seguridad de Helena, no podrían hacerlo durante mucho tiempo. El incendio se extendería, la capilla tendría que ser evacuada y muchos morirían en las llamas.

Dado que todos sus músculos voluntarios parecían haberla abandonado, Antígona se decidió a utilizar la única herramienta de que disponía. Se sumergió en su interior, tratando de, por medio de la pura fuerza de voluntad, fundir la gélida presa de su corazón.

Pero descubrió que hasta ese camino le estaba vedado. Una figura sombría se cernía sobre ella, vasta y amenazante. Su rostro era

alargado y casi canino. Le sonreía de manera benigna pero le bloqueaba el paso con un mayal y un cayado cruzados sobre el pecho. Se arrojó contra él, el silencioso guardián de los muertos, pero su furioso asalto no logró moverlo.

Antígona le golpeó el pecho con ambos puños pero la coraza ceremonial de juncos entretejidos le hirió las manos, como si estuviera hecha de arena y piedra. Se abalanzó una vez tras otra contra él, tratando de aturdirlo con un torbellino de golpes. Trató de tirarlo al suelo, de esquivarlo. Le propinó golpes feroces a las rodillas y los tobillos. Pero todo fue en vano. Aun cuando sus golpes caían sobre la carne más vulnerable, el cuello, la ingle y los riñones, era como estar atacando una estatua de frío mármol negro.

Presa de la frustración, se apartó jadeando y derrotada.

–¡No tienes derecho a mantenerme fuera! –le gritó al sonriente Dios Chacal–. Morirá gente si no consigo... –se interrumpió al reparar en la sardónica sonrisa que se dibujaba en su rostro y lentamente empezó a comprender. ¿Qué más le daba al Guardián de los Muertos que se perdieran unas pocas vidas más... en especial unas que hubiera debido cobrarse tiempo atrás? –. No, no dejaré que lo hagas –bramó–. Ya te he pagado tu tributo de sangre. Muchas veces.

Si el oscuro estaba impresionado, no dejó que su estoica paz se conmoviera.

–¿Por qué no me respondes? ¡He dicho que me respondas!

Qué impaciente, pequeña. La voz era poco más que un susurro pero se hinchó hasta llenar todo aquel corredor iluminado por antorchas. La suavidad de su tono era tan diferente a lo que hubiera esperado del Dios Chacal que al principio no se dio cuenta de que había hablado. Desde luego, ningún movimiento de las cinceladas facciones lo demostraba. Estaba a punto de redoblar sus protestas cuando percibió los murmullos. Parecían alzarse como un zumbido bajo, una vibración transmitida directamente por el improbable medio de los huesos de su cráneo.

–Pareces fieramente orgullosa de tu muerte, mi pequeña. Eso es bueno. Pero debes calmarte. ¿Cómo oirás la respuesta cuando se produzca, si tu cabeza está llena de gritos y luchas?

Antígona retrocedió como si hubiera sido golpeada,

trastabillando, insegura.

–¿Qué es esto? ¿Qué lugar es este? Deja que me vaya. Tengo que... tengo que regresar. Tengo que detener a Helena.

–Siempre corriendo. No es de extrañar que nunca lleges a ninguna parte. Camina conmigo.

No era una petición. El cuerpo de Antígona se movió hacia delante de forma mecánica, pero al instante sintió que algo estaba mal. No era eso lo que se esperaba de ella.

–No... no sé cómo hacerlo –admitió.

Hubo una risilla grave. Empezó como un tintineo allí donde su cráneo y su columna se encontraban y rápidamente se extendió por toda su cabeza. Sus oídos repicaban, tratando de percibir un sonido que, sencillamente, no estaba hecho para ellos.

–Mejor –le susurró su cráneo–. Estás recordando. Si quieres caminar conmigo, tendrás que salir de tu piel y bailar con tus huesos. Ven, toma mi mano.

Antígona se sentía ridícula, mucho más que ridícula. La estatua que tenía delante no se movía y tampoco extendía una mano para ayudarla. Sin embargo, alargó el brazo, confiada, como una niña. Sintió una presión tranquilizadora en los dedos, a pesar de que no veía nada en ellos. Algo le apretó la mano una vez, de forma casi juguetona, y a continuación tiró de ella con fuerza.

Un frío pánico se apoderó de Antígona mientras veía cómo asomaba el primer destello blanco de sus huesos a través de las yemas de sus dedos. Gritó al tiempo que sus nudillos abandonaban la carne que se abría. Sentía una agonía desgarradora por toda la parte delantera del cuerpo: las puntas de los dedos de los pies, las espinillas, los muslos, el abdomen, los pechos, la cara. Todas las superficies ardían como si su cuerpo entero estuviera siendo aplastado bajo un gran peso. El dolor creció hasta que pensó que no podría soportarlo más, que sin duda moriría.

Y entonces algo cedió. Una barrera inconsciente levantada por ella misma, más que un obstáculo tangible ajeno a su persona. Sintió una brusca desorientación y un agudo crujido en la nuca. Y entonces, de repente, estaba caminando hacia delante, librándose del pesado, inmanejable atavío de la carne y los tendones. Se estiró, perezosa, y

sus nudillos traquetearon por encima de su cabeza. Una onda de crujidos se extendió por todo su cuerpo. Un gran suspiro sin aliento. Sentía una libertad inefable.

No podía quedarse quieta. Vertió su libertad al mundo con el único medio de expresión a su disposición. Saltó, cayó, bailó.

Sólo de forma gradual se fue dando cuenta de la presencia del otro. Su estallido de emoción había sido espontáneo, carente por completo del deseo de hacerse entender y ajeno a la existencia de una audiencia. Se detuvo.

Lentamente, se volvió hacia el Dios Risueño. No podía verlo; no tenía forma visible, ni huesos siquiera. Pero quizá se habían convertido en polvo siglos atrás. No obstante, ella sabía sin el menor atisbo de duda dónde se encontraba. Era una presencia. Una fuerza inhumana. Como la gravedad o una tormenta. Sus huesos se reorientaron, atraídos a él, y cayeron hacia dentro.

El otro rió de nuevo y ella sintió cómo zumbaba a través de sus huesos la calidez de su risa. Pivotó, una antena orientada hacia aquella risa grave.

–Ven aquí, pequeña. Esos huesos no fueron hechos para correr. Tienes que aprender a permanecer inmóvil. Pero me complace que hayas tenido la oportunidad de bailar una vez. Ahora ven aquí y vamos a ver lo que va a ser de ti.

Ella se le acercó y sintió que sus manos la rodeaban como sendos lienzos estirados hasta cubrirle toda la cara. Se rindió al calor de aquella caricia. Los lienzos se apretaron sobre ella hasta que creyó que iba a ahogarse. La hicieron rodar entre ellos, la empujaron y la convirtieron en una pequeña bola. Entonces sintió que la cogían por los dos brazos y tiraban de ella. No sabía hacia dónde volverse. El tirón se volvió doloroso y gritó, pero no fue una voz humana la que emergió, sino el diminuto chillido de un ave de presa.

Sus brazos eran ahora finos hasta lo imposible, se sentía casi incapaz de levantarlos. Entonces, de improviso, la fuerza que los había estado sosteniendo fue retirada y los sacudió con torpeza bajo su propio y desconocido peso.

Se sentía fría, sola, expuesta. Se estremeció, un hueco traqueteo de hueso que recorrió todo su cuerpo de un lado a otro. Se

arrojó hacia delante, más un brinco que un paso, mientras trataba de recuperar el equilibrio. Todo parecía desbaratado. No lograba que sus pies estuvieran debajo de ella.

Entonces, de repente, empezó a caer. Sacudió los brazos salvajemente, mientras oía el silbido del viento a través de cada uno de sus huesos huecos. Era un sonido lúgubre. El sollozo de un acantilado que pierde, centímetro a centímetro, su lenta batalla con el oleaje.

–Siempre tanta prisa –parecía decirle el viento acelerado. Aunque, se percató, no era el viento lo que estaba acelerando–. Ven, vas a morirte de frío.

Algo oscuro y pesado la envolvió. Se parecía de forma alarmante a la piel despellejada de un chacal. El rostro vaciado que formaba la capucha no dejaba de rebotar contra la parte trasera de su cabeza mientras caía a plomo. Se cubrió con aquella piel con la esperanza de que lograra mantener a raya el mordiente frío y al hacerlo descubrió que no era pelo lo que había bajo sus manos sino un plumaje negro. Sorprendida, soltó la prenda. Pero en lugar de llevársela el viento, descubrió que estaba pegada a ella, fundida con la misma urdimbre de sus huesos. Ardía con un calor desgarrador y ella volvió a gritar.

Pero el sonido que emergió no era su voz sino la ya familiar risa baja y retumbante.

–Mi pequeña. Mi precioso halconcillo. Es hora de ver si vas o no a aceptar tus nuevas alas. Pero regresa pronto a mi lado.

–Pero... pero no sé cómo regresar. No sé cómo he llegado aquí.

–Eso no es ningún misterio. Has dejado de correr. Nada más. Cuando hayas hecho lo necesario, te detendrás de nuevo... si eres capaz de recordar el truco. Y entonces regresarás aquí, conmigo. Tengo un acertijo para ti, y también un don, así que no te será fácil volver. Sé que lo lograrás, al final. Todos lo logran. Pero cuidado, no te apresures. ¿Me lo prometes? Mi querida pequeña. ¿Prometes que no te apresurarás? No hay nada tan tonto como un pajarillo tratando de correr.

Antígona tensó el cuerpo para salir del picado. Podía sentir cómo se abalanzaba la tierra hacia ella.

* * *

Helena se detuvo en seco en el borde del círculo de aportación. Fue el sonido del grito de Antígona lo que hizo que parara. Atravesó con limpieza las nieblas densas y bajas que cubrían la conciencia de la adepta, las exhalaciones sepulcrales que precedían siempre a las fauces de la Bestia. Era uno de sus poderes más funestos. Liberadas, las nieblas marchaban delante de la Bestia para desorientar a sus presas, para sumirla en la desesperación y la ruina. Una parte distante de la mente de Helena que vagaba por entre los caminos tortuosos de aquel bosque inundado de bruma, reconoció la voz de Antígona y se volvió instintivamente hacia ella.

De ningún modo hubiera debido de poder la novicia articular un solo sonido, y mucho menos caer al suelo... que fue exactamente lo que hizo a continuación. Helena dio un paso hacia ella como si fuera a cogerla.

Pero la novicia no se desplomó sin más; en realidad, pareció desplomarse *hacia dentro*. Mientras la estructura que la sostenía desaparecía de repente y con una sacudida de debajo de ella, su túnica cayó al suelo.

—¡No! —estupefacta, Helena sacudió los brazos entre la niebla y se aferró a la túnica. El golpe que había propinado a la novicia no debiera de haberla matado, y mucho menos reducirla a polvo y cenizas en un mero instante. Era imposible.

Para gran alivio suyo, algo se movía aún allí, entre los pliegues voluminosos de tela. Algo que se agitaba desesperadamente, que se debatía, que luchaba por volver a alzarse.

Helena dio un brusco tirón al borde de la túnica, como si estuviera sacudiendo una hoja de papel. Mientras retrocedía a trancas y barrancas, un halcón salió de dentro de la prenda. Era del negro color de un pozo, salvo por la macha en forma de diamante que tenía en el pecho. Batió desesperadamente las alas, luchando por ganar altura. Se enderezó y, sin perder un solo instante, se precipitó sobre la adepta.

Aún con la manga de la túnica en la mano, Helena se cubrió la cara con los brazos y trató de protegerse los ojos del pico y las garras

cruels. Podía sentir los cálidos regueros de sangre que resbalaban por su rostro. Saboreó su salada espesura en las comisuras de los labios.

Estaba demasiado sorprendida por aquella súbita transformación como para levantar sus defensas. Antígona no había demostrado jamás grandes aptitudes para las artes mágicas. Sus intentos por dominar la maestría de la sangre sólo le habían reportado frustración. Era una fuente continua de vergüenza para la joven neófita.

Realizar una transformación mayor era algo sencillamente inconcebible para ella.

Helena trató de espantar al pájaro. *Tengo que pensar. Tengo que mantener la calma.* Aún seguía terriblemente débil por culpa del fallido ritual. Era muy consciente de que estaba atrapada entre dos bestias voraces: el halcón que le estaba desgarrando la cara y la némesis más oscura y personal que se le aferraba a las entrañas, tratando de abrirse paso a dentelladas desde dentro. La Bestia había logrado llegar muy cerca de la superficie. Sentía cómo empezaba a erizársele el tosco pelaje en los antebrazos, sentía la presión de los largos caninos abriéndole la boca a la fuerza. Ahora debía estar especialmente vigilante. No podía permitir que ninguno de los dos adversarios le sacara ventaja.

Su hambre, ella lo sabía, era precisamente su debilidad. Sus desesperados ataques con garras, alas, fauces, patas. Siempre en movimiento, siempre corriendo.

El halcón no podía permanecer inmóvil en el aire. Tenía que seguir moviéndose o caería. A lomos de las corrientes termales de altura, quizá pudiese robarle algún secreto al libro del río y estar siempre en movimiento sin cambiar nunca. Planeando al tiempo que permanecía en una inmovilidad perfecta.

Pero allí, en aquel espacio cerrado, un halcón no tenía más remedio que ser frenético.

La otra bestia, el devorador de carroña que desgarraba desde dentro su putrefacta carcasa, estaba también atrapado. Recorriendo inquieto los confines de su celda de carne. Corriendo arriba y abajo. Arrojándose con todas sus fuerzas contra los muros de su prisión.

El confinamiento alimentaba su desesperación.

Helena sabía demasiado bien lo peligroso que podía ser un animal desesperado. Ya había atrapado a Antígona una vez, la había aprisionado en la cáscara paralizada de su propio y podrido cuerpo. Pero no había contado con la fuerza de la desesperación de la novicia. De alguna manera Antígona había encontrado las fuerzas necesarias para escapar de su prisión. Ella no podía más que suplicar que, al hacerlo, no hubiese destruido para siempre la cáscara de su forma humana. Aquél era siempre el mayor peligro en las transformaciones: que las potentes magias consumiesen por entero la forma original del taumaturgo.

Fuera cual fuese la verdad, Helena necesitaba traer al ave al suelo.

Volteó la túnica de Antígona como si fuera una red y se la arrojó encima al estruendoso pájaro. De un fuerte tirón, atrajo la túnica hacia su pecho, tratando de contener los ataques del animal inmovilizando sus alas. El halcón se debatió con furia y la golpeó con su cuerpo, mientras el pico sobresalía por entre el tejido.

Pero ahora Helena, aunque cansada e incapaz de sostenerse con firmeza, contaba con ventaja. El fardo formado por la tela se tensó y asumió la forma reconocible del pájaro que había quedado atrapado en su interior. Lo tensó un poco más, hasta que pudo distinguir con claridad el contorno definido de la cabeza del ave.

Con un movimiento rápido, lo cogió por el cuello y lo retorció con todas sus fuerzas.

Hubo un crujido y entonces el animal dejó de debatirse y quedó por completo inmóvil.

Toda la intensidad de la cólera y las heridas abandonó las facciones de Helena. Con aquel golpe rápido e implacable había abatido a sus dos oponentes. Privada de alimento para sus apetitos, la Bestia de su interior vacilaba y perdía el rastro de su presa. Husmeó el aire, confundida, arañó la tierra. Levantó las orejas como sendas cuchillas, giró bruscamente de lado a lado. Apretó el canino hocico, perpleja, contra el montón de tela que Helena aún aferraba entre las manos y profirió un gemido inquisitivo.

Suave, pacientemente, Helena desenvolvió el fardo y contempló el roto montón de plumas que sostenía. Lo toqueteó y palpó y se vio

recompensada por el leve pero inconfundible aleteo de la vida debajo de sus dedos tentativos. Era tenue, sí, pero regular. Alzó el pájaro hasta situarlo a la altura de sus ojos, sujetando las dos alas con una mano y le miró los ojos.

Lentamente, como si estuviera bajando una capucha, Helena dejó que la Bestia se aproximara a la superficie. Su fuerza animal era lo único que la mantenía en pie en aquel momento. Tenía miedo de que si la expulsaba por completo, todo pudiera perderse.

El chacal se asomaba por sus ojos como si sus propias facciones no fueran más que una elaborada máscara ceremonial. Sonrió al contemplar el pequeño y frágil pájaro. Con una dentellada de las poderosas fauces podía comérselo, tragárselo por completo y con facilidad. Alargó el momento para saborear el temor de la presa ante la constatación de su propio fin. Era el ápice de la caza y el chacal se regodeaba en él, un ciclo tan antiguo y tan sagrado como la progresión de los días y las noches. ¿Cuántas almas había arrastrado por aquel último umbral?

Pero un destello de duda arruinaba el momento. Había algo en los ojos de la presa. Un parpadeo que lo distraía. El chacal se aproximó un poco más para verlo. Era la mirada de sorpresa en los ojos del pájaro. No la alarma por su propia e inminente muerte, sino algo más. El asombro del reconocimiento. Al contemplar el rostro del chacal, Antígona pareció reconocerlo por vez primera y, a través de él, a Helena.

Y entonces, se recordó a sí misma. Cayó hacia atrás y mientras lo hacía fue recobrando su propia forma. El inesperado peso hizo que Helena se tambaleara y dejó con toda la suavidad posible el cuerpo de la muchacha en el suelo.

Se quedaron inmóviles un largo rato, la novicia-halcón tirada sobre el suelo de mármol, el chacal-adepta inclinado sobre ella, desgarrada entre las necesidades gemelas de tratar de revivir a su pobre protegida y de entregarse a lo inevitable: devorar la presa. Ninguno de los impulsos parecía tener ventaja. Helena se sentaba en cuclillas y esperaba en medio de la quietud.

Al cabo de lo que pareció un largo rato, Antígona parpadeó y abrió los ojos.

–Helena –dijo con voz débil. Y entonces toda incertidumbre desapareció. La adepta estaba allí. Ella misma, entera, después de muchas semanas.

–Aquí estoy, novicia. Ya vienen a ayudarnos. Quédate quieta.

Antígona rió débilmente, un sonido que más parecía un ataque de tos.

–Siempre corriendo, eso es lo que me dijo. Que siempre estaba corriendo.

–¿Quién te dijo qué? –preguntó Helena con aire ausente.

Parecía reparar en los detalles de la habitación por primera vez. El mobiliario roto, el abanico partido, la *diagramma* de tiza con sus sutiles alteraciones. El cuerpo del Maestro Ynnis tendido sobre el sofá.

–El Guardián. Anubis. El chac... –se interrumpió y lanzó una mirada llena de incertidumbre a Helena.

La adepta frunció el ceño.

–Has tenido una fuerte conmoción. Pero te pondrás bien.

Antígona se la sacudió de encima y se incorporó apoyándose sobre los codos.

–¿Que yo he tenido una conmoción? Cuando te encontré, tenías un pie en la tumba. Y eso fue antes de que te... um, creo que te di un golpe en la cabeza.

La adepta arrugó el entrecejo.

–Sí, me parece recordar algo así. Pero por ahora lo pasaremos por alto –alargó la mano para tocar la horrible herida que había en la frente de la novicia. Parecía estar luchando por recordar unos detalles nebulosos. Su voz se tornó un susurro vacilante–. ¿Eso te lo he hecho yo?

–¡Sí! –replicó Antígona con furia, y continuó con un hilo de voz–. O tu maldita barrera, que es más o menos la misma cosa.

–No te muevas. Estoy casi segura de que te he... de que *te has* roto el cuello.

–No presumas tanto. Ya estaba roto cuando entré aquí. ¿Crees que me hubiera dejado cazar de esa manera de haber podido girar el cuello? –hizo rodar la cabeza en un lento círculo que se vio acompañado por una serie de crujidos y chasquidos–. Sí, eso duele.

–Dado que no te vas a estar quieta –dijo Helena con voz teñida

de desaprobación – y dado que tu cuello no parece roto al fin y al cabo, ¿por qué no tratas de levantarte?

Antígona tomó la mano que se le ofrecía y se puso en pie con titubeos. La habitación se balanceó de un lado a otro pero casi al instante se detuvo. Entonces las palabras brotaron de su interior.

–Estoy bien. De veras. Pero algunos de los nuestros tienen problemas. En el *domicilium* de los novicios. Tienes que sobrecargar al daemon de seguridad y reiniciar el sistema. Hay una especie de espíritu renegado suelto y está quemando el lugar... –al ver la expresión que se dibujaba en el rostro de la adepta, guardó silencio.

Helena sacudió la cabeza con aire triste.

–Ya no quiero hacer más cosas. No quiero nada hacer más. Éste es mi sitio. Aquí es adonde pertenezco. Ella me necesita. No pasa nada si no lo entiendes –añadió.

–Mira, el sistema no me permite acceder. No responderá a nadie, salvo Sturbridge o tú. Si no lo apagas, morirá gente. Morirán novicios.

Helena volvió a sacudir la cabeza.

–Johanus puede sobrecargar el sistema. Sus códigos de nivel *beth* le dan acceso cuando Sturbridge y yo no estamos disponibles. Ya deberías saberlo.

–¡Johanus no está aquí, ¿vale?! No sé dónde está. Lo último que he sabido de él es que estaba trabajando con la hueste de refugiados y vagabundos que está llegando a la ciudad. Por lo que yo sé, igual podría estar muerto.

–¿Le has dicho eso al sistema? –preguntó Helena con calma.

–¿Que si le he dicho qué? No, por supuesto que no. ¿Quién tenía tiempo de decirle nada al sistema? La capilla se ha incendiado. Hay novicios atrapados y agonizando en el *domicilium*. El equipo de respuesta de emergencia está inmovilizado. La red de defensa ha fallado. En un extraño momento de claridad logró apagarse, lo que probablemente provocará una evacuación de la capilla, y eso es lo más productivo que alguien ha hecho hasta el momento. Oh, sí, y por lo que parece es posible que hayas matado a nuestro médico residente. La regente y tú os habéis encerrado aquí, habéis desconectado los nodos de comunicación y habéis estado a punto de

reventar mi pobre culo por tener la desvergüenza de irrumpir en la sala y sugerir que hicierais algo al respecto. ¿Y me estás preguntando si he tenido tiempo de informar de la ausencia de Johanus?

–Bien, es evidente que estás indispuesta. Déjame a mí.

»Cambio de estatus de usuario: Sturbridge, Regente. Herida en acto de servicio, letárgica. Sigue informe completo. Delega en Antígona, Novicia. El sistema deberá controlar constantes vitales y reactivar su autorización tras la revivificación. Confirmar.

–Comprobando autorización. Helena, Adepta, autorización de nivel máximo. Acceso concedido. Cambio de estatus de usuario: Sturbridge, Regente. Confirmado.

–Gracias –continuó Helena–. Cambio de estatus de usuario: Johanus, Adepto. Desaparecido en acción. Sigue informe completo. Delega en Antígona, Novicia. Reactivar autorización sólo tras regreso de Adepto. Confirmar.

–Cambio de estatus de usuario: Johanus, Adepto. Confirmado. Una vez más, Helena dijo:

–Cambio de estatus de usuario: Helena, Adepta. Reasignación de deberes como jefa de seguridad. No hay más documentación disponible. Revertir autorización nivel *aléph*. Confirmar.

–Cambio de estatus de usuario: Helena, Adepta. Confirmado. Antígona no daba crédito a sus oídos.

–¿Que tú qué? ¡No puedes dimitir! ¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho? Estamos *muriendo*. ¡Te necesitamos!

–Tú no me necesitas, Antígona –replicó Helena con suavidad–. *Ella* me necesita.

–Has perdido la cabeza. ¡La has perdido del todo, joder! ¿Es que soy la única persona aquí a la que le importa que la capilla esté siendo reducida a cenizas?

–Tú puedes encargarte, Antígona, estoy segura de ello. Ahora tengo que irme. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme. Estaré esperándote.

–Vaya, eso es estupendo. Salvo por una cosa. ¡No sé cómo se utiliza el maldito diagrama! Pero da igual. ¿Sabes por qué? Porque no quiero utilizarlo. Tú vete y enciértrate en el santuario de la regente. Por mí puedes quedarte allí hasta que la capilla se quemase hasta los

cimientos. Pero escúchame. Tendrás que alimentarte, tarde o temprano. Y cuando lo hagas, cuando esa cosa se apodere de ti, ¿quién protegerá a Sturbridge de tu hambre?

Helena sacudió la cabeza con aire triste.

–Tienes razón. Vas a tener que cazar por mí, me temo.

–¡Y una mierda! Antes prefiero verte muerta.

–A tenor de tus actividades desde que entraste en esta sala, me resulta difícil de creer.

–Que te jodan –Antígona le dio la espalda a la adepta y se encaminó a la puerta hecha una furia, tanto más porque sabía que la adepta estaba en lo cierto.

Estaba casi allí cuando giró sobre sus talones para enfrentarse de nuevo a Helena, como si se le acabara de ocurrir una nueva réplica.

–¿Y qué demonios se supone que voy a hacer para sobrecargar el maldito sistema de fallos?

Helena sonrió, entró en el círculo de tiza y desapareció. No fue su voz la que respondió a Antígona.

–Verificando acceso. Nivel aleph. Superviviente de mayor rango en la jerarquía presente. Confirmación vocal requerida para sobrecarga.

–Antígona, Novicia. Jefa de seguridad en funciones, que el Señor nos ayude –respondió ella, hecha una furia–. Y ahora apaga esa maldita alarma.

Las sirenas cesaron.

»Reiniciar red de seguridad. ¡Equipo de Respuesta de Emergencia, informe! –exclamó.

Al cabo de un breve momento, una voz quebrada respondió.

–No podemos contenerlo. Y parece que la red de seguridad ha fallado definitivamente. Vamos a tener que llevar a cabo el plan de evacuación, y a toda prisa.

–Y un cuerno –replicó Antígona–. Vamos a replegarnos. Tenéis exactamente treinta segundos para sacar a todo el mundo de esa habitación y del pasillo contiguo. ¿Comprendes?

Pudo oír los gritos de "¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!" por el puerto de comunicaciones. Contó en silencio. Les dio cuarenta y cinco

segundos.

–Sellar pasillo de acceso al *domicilium* de los novicios y despresurizar –escuchó la bocanada atronadora, el repentino y último estallido de las llamas y los primeros e inconfundibles gritos. Llevaban consigo las implicaciones completas de sus órdenes.

»Y por el amor de Dios, apaga ese maldito puerto de comunicaciones –musitó, mientras salía enfurecida de la habitación.

Una docena de jóvenes aquiles

Antígona caminaba enfurecida por los casi desiertos pasillos. Tras asegurarse de que el Maestro Ynnis se encontraba bien y escoltarlo a la enfermería, no había podido soportar la idea de quedarse esperando a que el resto del equipo de emergencia informara. No sabía si sería capaz de enfrentarse a ellos en aquel mismo momento.

Habría demasiadas preguntas y demasiadas especulaciones. Antígona había condenado a tres novicios a una muerte casi cierta en el *domicilium*. No necesitaba que se lo recordasen en aquel momento. Lo que necesitaba era tiempo para ordenar las piezas: dejar que su mente vagara entre la serie de insólitas transformaciones que había experimentado aquella noche. Necesitaba espacio para pensar y para descansar y curarse.

Hubo un tiempo, reflexionó con nostalgia, en el que el pensamiento de la curación hubiera conjurado en su mente imágenes del olvido en camas de plumas, de montañas de almohadones y mantas, de dosis liberales de ginger ale y humeante caldo casero. Ahora la palabra no invocaba más que imágenes de la caza: merodeando con impaciencia por entre la neblina del alba, el sonido de unos pasos apresurados, el olor del miedo, el chorro caliente de la vida hurtada.

Por alguna razón, aquella noche no podía forzarse a salir, a

someterse al viejo rito. El reproche en el rostro de un desconocido –la víctima de su sumarísimo juicio– no sería mejor que la mirada en los rostros de los equipos de seguridad.

En vez de ello, se encaminó al refectorio. Estaba desierto, lo que fue un alivio. No dejaba de repasar los acontecimientos de la noche en sus pensamientos. No parecía capaz de librarse de ellos. Hasta la despedida de Helena en la Sala de Audiencias.

Vas a tener que cazar para mí.

Al infierno con ella y sus presunciones. Lo peor de todo era que la adepta sabía que Antígona haría exactamente eso: mantener a Helena con vida por mucho que ella se empeñara en conseguir lo contrario. No era sólo porque fuera una orden de un superior directo o por el impulso de proteger a un miembro del equipo. Antígona necesitaba a Helena. Necesitaba saber qué demonios estaba ocurriendo allí. Necesitaba comprender la extraña compulsión de la adepta por permanecer despierta y cuidar a la caída regente... aun a expensas de su bienestar. Al infierno con ella.

Registró las alacenas hasta dar con un gran termo con cubierta de tartán. Lo abrió y se dirigió a la despensa.

Al abrir las puertas, un olor familiar la envolvió. Se abrió camino a manotazos por entre la densa nube de moscas. Del techo colgaba una docena de jóvenes Aquiles... suspendidos por los talones con ganchos de acero inoxidable.

Tapándose la cara con una manga, se aproximó a la fila de fragantes frutas, que se mecían con un leve vaivén, y buscó una que estuviera madura. Eran fáciles de distinguir por la reveladora forma de gota que adquirían: las piernas y el abdomen tirantes, enjutos como los de una liebre invernal. Los jugos y los delicados órganos arrastrados hacia abajo por la gravedad y el tiempo, reuniéndose e hinchando la cavidad torácica, tornándose plenos, bulbosos, lascivos. En los más maduros, hasta los órganos habían empezado a reblandecerse, a convertirse en pulpa.

Desapasionadamente, Antígona palpó uno especialmente prometedor para poner a prueba su firmeza, su gordura, la pulsátil calidez por debajo de la piel. Estaba maduro, vivo. Perfecto. La mano libre de la novicia se extendió hacia él y cogió una de las sanguijuelas

blancas que dependían de la carne succulenta. Medía medio metro de anchura y cuando la sujetó se retorció en su mano. La bajó y la estrujó y un chorro de sangre caliente cayó dentro del termo. El joven héroe griego se estremeció de éxtasis.

No tardó más de un minuto en sacar un litro de caldo caliente y nutritivo. Cerró el tapón del termo y salió de la habitación.

Durante todo el tiempo que tardó en llegar al santuario de la regente no dejó de sentir el peso de los ojos y los reproches en la espalda. A cada esquina que doblaba se arriesgaba a lanzar una mirada atrás. Caminó con el cuerpo rígido y los ojos al frente, hasta que se encontró al fin frente a las imponentes puertas reforzadas con acero del santuario.

Confiaba en que lo que Helena hubiera dicho sobre la jerarquía de seguridad fuera verdad. De serlo, no habría una sola puerta en la capilla, ni tan siquiera aquel portal imponente, que le estuviera vedada.

–Abre la puerta –dijo a nadie en particular.

Hubo un siseo provocado por los cerrojos hidráulicos al retirarse y la enorme puerta se abrió hacia dentro. En su interior había un escenario de matanza. Las mesas estaban volcadas. Las cortinas del dosel habían sido arrancadas, hechas un gran ovillo sanguinolento y arrojadas a una esquina. La terminal del ordenador estaba tirada en el suelo y el cristal estaba hecho pedazos y echaba chispas.

Un frío que penetraba hasta los huesos reinaba en la estancia. Antígona exhaló una lenta bocanada de aire y contempló cómo se condensaba formando una nubécula teñida de rosa. Unos carámbanos largos como lanzas colgaban del hierro del dosel.

Ninguna de las dos figuras que se encontraban en la estancia se volvieron hacia ella o hicieron el menor signo que demostrara que habían percibido su llegada, Helena estaba sentada en el suelo, rígida, tensa... según todas las apariencias, vigilante. Su cuerpo había adoptado con aire reflexivo la postura de la montaña. Ni siquiera el peso de sus heridas y el cisma fundamental que se había impuesto a sí misma podían quebrantar la instintiva disciplina física que su cuerpo poseía.

Pero Antígona podía ver que la cabeza de la adepta estaba inclinado hacia delante y parecía ahora ajena a todo cuanto la

rodeaba. Se había adentrado profundamente en los dominios del letargo curativo, confiada en la creencia de que el sistema de seguridad impediría la entrada a los intrusos. Y de que aquella a la que había dejado al mando no suponía ninguna amenaza.

Sturbridge estaba tendida en la cama, inconsciente. No se agitaba y su piel tenía un insalubre tono azulado. Uno de sus brazos colgaba sobre el borde de la cama, doblado en un ángulo antinatural. Y de su pecho sobresalía una estaca de color escarlata.

Antígona reprimió un grito. Cuidadosamente, se aproximó a la regente. La última vez que la había visto, Sturbridge estaba en letargo a causa del encuentro en las criptas. Pero aquella estaca era nueva. Revelaba que se había producido una nueva batalla. Un nuevo intento de acabar con su vida.

Antígona sorteó el cuerpo de Helena, con cuidado para no perturbar a la adepta, y se inclinó sobre la caída regente. Un fragmento de hielo, tan largo como un clave de ferrocarril, sobresalía con aire desafiante del pecho de Sturbridge. Parecía estar compuesto únicamente de sangre helada. Mientras Antígona observaba, una solitaria gota escarlata se condensó, se separó de la estaca y resbaló lánguidamente hacia abajo.

Su mente estaba llena de preguntas pero su mano se adelantó por instinto para actuar.

Sintió su frío penetrante, sintió que el hielo le hundía los dientes en la carne de los dedos y mordía. Apoyó la otra mano en el hombro de la regente y dio un fuerte tirón.

La estaca salió con el sonido húmedo y desgarrador del tejido al abrirse. Sturbridge se incorporó como impulsada por un resorte, su visión llena con la imagen de la estaca alzada en la mano de Antígona. La regente enseñó unos colmillos largos y crueles.

Antígona retrocedió a trancas y barrancas y estuvo a punto de caer de espaldas. Pero los ojos de Sturbridge la seguían, la acosaban. Antígona era incapaz de librarse de la intensidad de aquella mirada. Tras ella empezaba a levantarse la Bestia. El monstruo echó la cabeza atrás y se encabritó. Dos cascos gigantescos –cada uno de ellos tan grande como la cabeza de Antígona–: desgarraron el aire a escasos centímetros de su rostro. Ambos estaban grabados con glifos de neón

destellante.

Quería soltar la estaca. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Tanto como hubiera deseado alguna vez cualquier cosa que pudiera recordar. Abrió los dedos pero el fragmento de hielo se aferró tenazmente a su carne. Casi sin darse cuenta, trató de quitárselo, al tiempo que alzaba la otra mano... como si la mera carne y el simple hueso pudieran protegerla de aquellos cascos.

Antígona sintió que la piel de las yemas de sus dedos se desgarraba mientras la estaca escarlata caía y resbalaba por el suelo helado. Cayó de rodillas, la cabeza inclinada bajo los dos golpes aplastantes que estaban a punto de abatirse sobre ella.

Pero no lo hicieron.

Haciendo acopio de coraje, levantó la mirada y se encontró con los ojos de la regente. El encabritado caballo de guerra había desaparecido. En su lugar no se veía más que la fría calma de unas aguas subterráneas y oscuras.

–Eso ha sido una verdadera estupidez, Novicia –la voz de Sturbridge sonaba hueca, distante, carente de emociones. Sonaba como si estuviera llegando desde las profundidades de una cisterna.

–Lo siento, Vuestra Regencia. No lo pensé. Yo...

–¿Lo sientes? –los ojos de Sturbridge parecieron enfocar a la novicia por vez primera. La sensación de vastas distancias y gélidas cavernas se había esfumado, reemplazada por un atisbo de algo más humano. ¿Diversión?

–Lo que quería decir es que... –empezó a decir pero Sturbridge le puso una mano en el hombro. Antígona calló.

–Disculpa aceptada –esta vez esbozó una sonrisa genuina. Ayudó a la novicia a ponerse en pie –. Ha sido una estupidez pero te estoy muy agradecida por ella. Aunque dudo que la adepta comparta esta opinión –Sturbridge volvió la mirada hacia Helena, que seguía sentada, de espaldas a ella, con una postura alerta que contradecía la gravedad de sus heridas.

–¿Pero cómo...? ¿Quién ha hecho esto? –demandó Antígona.

–Calma, pequeña –dijo Sturbridge. Su familiaridad sobresaltó a la novicia. Sabía que alguien más la había llamado así recientemente pero no lograba recordar quién ni dónde –. Todo a su tiempo. He dicho

que la adepta no aprobaría tus acciones porque ella pensaba que era mejor que yo pasara algún tiempo en letargo. No puedo culparla. He hecho muchas cosas raras últimamente y Helena ha asumido, no sin parte de razón, que me había vuelto loca. Y ha sido herida. Profundamente. Y yo no soy del todo inocente en ese asunto.

Antígona no sabía qué pensar de aquellas afirmaciones. Si la regente se había vuelto inestable, era el deber de Helena, como jefa de seguridad, asegurarse de que no dañara a otros. Un deber que ahora recaía sobre sus hombros. Con una aprensión que se condensaba con lentitud, empezó a comprender que puede que hubiera cometido un grave error. Sus ojos recorrieron a toda prisa la habitación hasta detenerse en el lugar en el que la estaca de hielo había quedado tirada.

Sturbridge advirtió su mirada.

–¿En qué estás pensando? –preguntó a la novicia.

Antígona se tomó su tiempo para responder y eligió muy cuidadosamente las palabras.

–Creo que las dos habéis sido heridas más profundamente de lo que estáis dispuestas a admitir. Helena casi había caído cuando la encontré... en guerra consigo misma. Y vos no estabais mucho mejor. Ahora mismo creía que estabais muerta. No pretendo saber por qué Helena pensaba que os habíais... os habíais vuelto inestable. Y no me importa demasiado...

–Ella cree que maté a Eva –le explicó Sturbridge–. Y puede que a otros novicios. Y que me comí su carne.

Esta última revelación dejó boquiabierto a Antígona.

–¿Que vos qué?

–Lo sé. La verdad es que parece absurdo cuando uno lo dice así. Pero Helena sabe que Eva ha desaparecido. Y sabe que los Niños han desaparecido. Y ella misma ha sufrido heridas muy graves.

La cabeza de Antígona vagaba a la deriva.

–No lo entiendo –dijo–. No entiendo nada de esto. ¿Estáis tratando de decirme que *Helena* se ha vuelto inestable? ¿Que os atacó sin más? ¿Que todo esto está relacionado con el día que las pesadillas terminaron?

Sturbridge sonrió.

–No. Eres muy perceptiva, pero estoy tratando de decirte exactamente lo contrario. Helena tenía buenas razones para llegar a la equivocada pero comprensible conclusión de que me había vuelto loca. Sufrió una profunda herida la noche que las pesadillas cesaron. No sólo psicológica, sino muy real. Ahora mismo puedo sentir la sangre en ella. Y las pesadillas no han cesado, en realidad no. No para todos nosotros.

–¿Aún los veis? –Antígona se inclinó hacia delante, ansiosa–. ¿A los Niños? ¡Entonces es que no han sido destruidos! ¿Pero qué significa eso? ¿Por qué vos podéis verlos todavía si nadie más puede?

–¿Qué crees tú que son los niños, Antígona? –la mirada de Sturbridge era intensa, penetrante.

Antígona se encogió de hombros, cohibida.

–No lo sé. Sólo una pesadilla, una pesadilla recurrente. Al principio pensaba que sólo yo la sufría. Pero entonces descubrí que Helena también los había visto. ¡Y ahora vos! He hablado con los demás pero nadie lo admite. Nadie quiere hablar sobre ellos... es como si todos quisieran fingir que no ha ocurrido nunca. ¿Pero cómo van a compartir dos personas el mismo sueño? ¿O tres? ¿O...?

–O todos nosotros –dijo Sturbridge.

–¿Todos? –Antígona no parecía capaz de reconciliar la idea con el comportamiento de los demás–. ¿Todos los moradores de la capilla?

–Todos los nuestros –replicó Sturbridge–. En todas las capillas. Y más allá de los muros de las capillas: los perdidos, los caídos, los olvidados. Los traidores y los renegados; los bastardos y los engendrados por accidente. Todos aquellos que comparten nuestra misma sangre participan de las pesadillas.

–¿Pero cómo puede ser? –dijo Antígona con voz desafiante–. ¿Cómo podéis vos soñar mi pesadilla?

–Porque no es tu pesadilla, Antígona. Y tampoco es mi pesadilla, aunque ahora yo soy su vehículo. Es la pesadilla del Padre. La sangre es su hilo conductor, al igual que ocurre con nuestra magia. Su poder se manifiesta a través de nosotros y rehace el mundo a Su imagen y semejanza. Mira tu mano.

Antígona dirigió una mirada perpleja a Sturbridge pero a

continuación se miró los dedos desgarrados. La sangre estaba aflorando a la superficie, supurando por docenas de minúsculas heridas demasiado pequeñas hasta para distinguirse.

–La sangre de nuestro Padre se vierte en el mundo a través de ti. Tú eres su hilo conductor. Te levantas cada noche y abres los ojos a la pesadilla de nuestro Padre. Te sumerges en un sueño intermitente cada mañana y cierras los ojos sobre la pesadilla de nuestro Padre. Sólo la más efímera de las barreras separa ambos mundos, no más gruesa que un párpado. Tú y yo somos las criaturas de ese sueño, su creación, total y absolutamente. Dormidas o despiertas, no hay manera de escapar de ella, ni de negar su poder, su visión. Es lo que somos.

Antígona sacudió la cabeza. Lo que Sturbridge estaba diciendo no podía ser cierto. Era algo monstruoso, blasfemo, algo imposible de aceptar.

La regente siguió hablando con voz calmada, tranquilizadora.

–Novicia, voy a hacerte una pregunta difícil. Es una pregunta que alguien debiera haberte formulado hace mucho tiempo. No se hizo y lo lamento muchísimo. En circunstancias diferentes... sin la presión constante del asedio del Sabbat, quizá, algunas cosas... puede que no hubiésemos pasado tanto tiempo sin decir y sin hacer algunas cosas de importancia vital. Pagaremos el precio debido por este pecado de omisión. Pero ahora tengo que hacerte esta pregunta.

»¿Por qué el poder de la sangre nos es concedido a algunos de nosotros y no a otros? ¿Por qué algunos pueden trabajar durante décadas sin alcanzar el poder y el potencial inherentes a la sangre?

Los ojos de Antígona ardían de vergüenza. Desvió la mirada.

–Ya sabéis que no puedo contestar a la pregunta, Vuestra Regencia –dijo con amargura.

–Entonces lo haré yo por ti: por el miedo. El miedo sofoca el fluir de la sangre que da vida, su poder desnudo, su magia, su majestad. El neófito se aparta por miedo de la pesadilla del Padre, de sus siniestros apetitos, de sus amargas recriminaciones. Si no puedes afrontar a los Niños, Antígona, el lado oscuro de nuestro don, no podrás dominar los impíos milagros de la magia de la sangre.

–¿Cómo puedo afrontarlos? –la voz de Antígona era un susurro

desesperado—. ¿Cómo puede nadie hacerlo? Han desaparecido. Los hemos perdido. Vos misma lo habéis dicho. Cuando cierro los ojos, no hay más que oscuridad, maldita en su mundaneidad. Y estoy sola.

Sturbridge no respondió. En silencio, levantó el antebrazo y se pasó una uña afilada como una cuchilla del codo a la muñeca. Un finísimo jirón de vitae, y nada más, asomó por los bordes de la herida. Mientras Antígona observaba estupefacta, el corte empezó a supurar agua oscura.

—He dicho que tengo que ver a Sturbridge. Inmediatamente. Y no pienso marcharme —Emmet luchaba por arrastrar su cuerpo destrozado hasta la entrada de la Grande Foyer. Era evidente que estaba tan turbado como malherido. Si, en la anterior visita del Nosferatu a la capilla, a Talbott le había perturbado contemplarlo, en esta ocasión Emmet había logrado superarse. Quemaduras recientes y feas cubrían la mitad de su cara y se extendían por todo su cráneo pelado. Parecía como si en vez de afeitarse el cuero cabelludo se lo hubiera desollado a base de frotarlo. Uno de los brazos era a hora un muñón ennegrecido e inútil. Emmet mantenía la extremidad lisiada apretada con fuerza contra el pecho.

Con la otra mano sujetaba alrededor de sus hombros los restos de un viejo abrigo manchado. Por debajo se veía una camisa de tejido grosero que le llegaba a las rodillas y parecía hecha enteramente de pelo humano. Se la había anudado de forma tosca con una especie de nudo corredizo. En los pies llevaba un par de zapatillas rotas de goma, de color azul.

—Lo siento mucho —dijo Talbott con notable calma—. Como ya os dije durante vuestra última visita, la regente no podrá atender a nadie durante al menos una quincena. ¿Es que su respuesta no satisfizo al príncipe?

–El príncipe está agonizando ahora mismo. Un asesino...

–balbuceó Talbott con aire desafiante y al instante se calló. Parecía molesto por haber cedido a la tentación de hablar.

Talbott no se inmutó.

–Ya veo. Son graves noticias, desde luego. ¿Y el príncipe ha convocado a mi señora a su lecho de muerte? ¿Para darle su última bendición o revelarles acaso el nombre del asesino?

–No hay tiempo que perder –replicó Emmett–. Debe acudir ahora mismo o todo podría perderse. Debes llevarme a su lado. Ahora.

Talbott vio el acero de su mirada. No había una manera delicada de negarse a semejante petición.

–Os llevaré de inmediato a la Sala de Audiencias. ¿Seríais tan amable de acompañarme?

Desconcertado por su inesperada aquiescencia, Emmet farfulló algo incomprensible e indicó al portero que lo guiara antes de que tuviera tiempo de cambiar de idea.

–Debéis permanecer cerca de mí –dijo Talbott sin volverse–. Sería terrible que dierais un mal paso en la oscuridad –se agachó bajo un chorro de llama azul y continuó sin pestañear.

Emmet, sin, embargo, retrocedió bruscamente, con los ojos muy abiertos en presencia del ancestral adversario. Las heridas sufridas recientemente seguían demasiado frescas en su mente... y no sólo en su mente. Hundió un poco más su brazo destrozado entre los pliegues de la manta del ejército para ocultarlo.

Podía sentir cómo el pánico, ajeno a toda razón, trataba de zarandearlo, se erguía en su interior. Tenía vida propia: un alma forjada en cólera; una voluntad templada por el martillo de la desesperación. La criatura rugía como una especie de jabalí grotesco y primario que, acorralado a punta de lanza, se volviera hacia el cazador presuntuoso presa de una inconquistable furia roja. Los dientes hipertrofiados de Emmet entrechocaron con un sonido húmedo, a gran distancia de la línea que formaban sus mandíbulas. Sendas filas de colmillos amarillentos y curvados. Echó la cabeza atrás y profirió un aullido desafiante. Su mano sana cayó como un martillo sobre la ennegrecida tubería de hierro que alimentaba la llama. Estalló con un gemido de metal, un siseo vengativo y el

estrépito de tres secciones de tubería diferentes que soltaban y rodaban por los suelos.

Talbott se volvió, alarmado, y logró gritar:

–¡Al suelo! –antes de que la escena entera se convirtiera en un infierno.

Emmet, por su parte, no necesitaba la advertencia. Estaba corriendo ya, impulsado puramente por el instinto y las imperiosas mareas de la sangre. Allí donde ellas se dirigían, no tenía más remedio que seguirlas.

Rodó con todo su peso sobre el suelo para evadir la explosión que estremeció toda la habitación. Con un gruñido volvió a ponerse en pie, pero no se incorporó en toda su estatura. Se protegió encorvado tras una fila de tuberías de cobre, tan gruesa cada una de ellas como su pecho. Podía ver que las juntas de metal habían empezado ya a ampollarse y fundirse. Por segunda vez en muchas noches, había logrado escapar por un pelo del mejor golpe del enemigo ancestral.

Un lanzazo de llama azul ardió a su izquierda. Giró sobre sí mismo, agarró el grueso mango de metal y lo retorció. La tubería gimió y se partió y la lanza de llamas se dobló, conjurado su peligro, hacia arriba.

Ya no podía ver a su guía, Talbott. Las rugientes paredes de llamas y metal los habían separado. Saltó sobre un puñado de serpientes de fuego, que sisearon y chisporrotearon mientras lo hacía. Se agarró a una tubería que tenía encima y dio un fuerte tirón. Con aparente esfuerzo, se encaramó usando su brazo sano al precario refugio y contempló el espectáculo de pesadilla que se desarrollaba debajo de él.

Unas figuras oscuras y encapuchadas se escabullían de acá para allá entre las llamas. Luchaban con gigantescas válvulas de metal, tratando de controlar el desatado infierno. No, no era realmente así. Cuanto más las miraba, más se convencía Emmet de que en realidad estaban alimentando las llamas, cuidándolas, pastoreándolas. Llevaban los goterones de fuego de un pasto sombrío al siguiente, siguiendo las sendas muchas veces transitadas de las tuberías de cobre y los capuchones de latón.

Era el propósito que se ocultaba tras aquel torbellino de

actividad, sin embargo, lo que se le escapaba.

–¡Emmet, debes bajar inmediatamente! Nunca lograremos llegar a la Sala de Audiencias si no eres capaz de contener a la Bestia. Baja, por favor.

Emmet gruñó algo que podría haber sido, "¡Entonces haz que cierren el gas! Y luego haz que se vayan. ¡Haz que se vayan!".

Talbott miró a su alrededor con aire impotente. A su alrededor, por todas partes, los equipos de control de daños se esforzaban por tratar de contener la descontrolada pesadilla de llamas y de detener a Emmet antes de que sufriera un daño irreparable. A juzgar por su apariencia y sus relatos enloquecidos sobre asesinatos, debía de haber sufrido más que suficiente durante las últimas veinticuatro horas.

–Están tratando de hacer precisamente eso –replicó el portero–. Sólo que tienes que dejarlos. El Grande Foyer se alimenta de los deseos, o sus opuestos, los miedos. Si sucumbes a la Bestia en este lugar, tendremos que incapacitarte para sacarte de aquí. ¿Me entiendes?

La respuesta de Emmet fue arrojarse sobre el grupo más próximo de figuras encapuchadas y dispersarlas. Se agachó y una ruidosa bocanada de fuego pasó sobre él. Dobló una esquina y se ocultó en la relativa seguridad de un nicho cubierto de sombras. Un instante más tarde, lo paralizó un seductor siseo en su oído.

En alguna parte, Talbott estaba diciendo su nombre pero Emmet no tenía ninguna prisa por volver a dejarse coger. Tenía que evitar que lo detectaran y tenía que evitar el letal escrutinio que sería su inevitable corolario. Tenía que encontrar la manera de escapar.

Recordaba vagamente el camino. Había prestado mucha atención durante su anterior visita. Pero todas aquellas válvulas y tuberías y palancas debían de formar parte de una instalación más reciente. Todo había sido cambiado de forma tosca e inexplicable. No encontraba el propósito, la razón última tras aquel laberinto de llama y sombra. Era un logro monumental, una obra colosal, pero su objeto se le escapaba. A veces le parecía que estaba perdido en las mismísimas entrañas del edificio. Una vasta ciudad subterránea de tuberías, canales, conductos y túneles de vapor que sostenían y alimentaban...

¿el qué exactamente? ¿La capilla? ¿La universidad? ¿La ciudad misma? Era una infraestructura en busca de expresión. Que husmeaba tratando de encontrar a su gemela, su complemento en la superficie para que la hiciera una de nuevo, que le diera un propósito.

Otras veces, creía que se encontraba en un santuario de santuarios, el profundo tabernáculo dedicado al dios enano de los secretos y las revelaciones desgarradoras. El oscuro era malicioso y tentador, sugería favores que nunca terminaban de concretarse y concedía dones que nunca le habían sido pedidos.

En otras ocasiones, se le antojaba que no se encontraba en un edificio erigido por la mano del hombre. La elevada fila de tuberías de alimentación era seguramente la cima de una colina. La vereda traicionera y expuesta que discurría a lo largo de los acantilados sólo era apta para las cabras montesas que merodeaban por aquellas alturas desoladas. Los pescadores de la aldea que había más abajo la llamaban el mirador de la viuda. Y se decía que si la mujer de un pescador podía llevar un cubo lleno de agua hasta la cima sin derramar una sola gota, cuando la luna se reflejara al levantarse sobre su superficie, revelaría allí lo que el mar le traería a sus hijos y a ella al día siguiente. Misterios dentro de misterios.

En algún lugar, entre la maraña de campos sin nombre y sendas bifurcadas, se encontraba la fuente central en la que se había encontrado con Sturbridge durante aquella otra visita. Todo parecía muy lejano ahora. Pero Emmet sabía que si lograba llegar hasta la fuente, las cosas se arreglarían.

Con un gemido metálico de protesta, la fila de tuberías sobre la que se encontraba cedió bajo su peso. Cayó pesadamente al suelo, en medio de un escándalo metálico de piezas de cobre, cada una de ellas tan ancha como el tocón de un árbol. Lo arrastraron hasta la sombría ciudad subterránea del olvido.

El último sonido que escuchó antes de que las murallas de la oscura ciudad se cerraran sobre él fue una voz familiar. ¿O era un último truco del Grande Foyer, burlándose de él con un deseo más?

–Está bien, Emmet –dijo Sturbridge, mientras colocaba la cabeza del caído Nosferatu sobre su regazo–. Estoy aquí.

–Me complace mucho que haya venido usted a nuestro santuario, señor Felton. Hemos estado siguiendo sus progresos con gran interés. Si quiere usted acompañarme, le mostraré su celda.

Una mirada parecida a la de un animal acorralado cruzó por un segundo las facciones de Felton. Se volvió hacia la salida, consciente de que ya era demasiado tarde. Había cruzado el umbral. Estaba dentro de los dominios de los brujos.

Antígona esbozó una sonrisa tranquilizadora.

–Perdone, hubiera debido decir sus aposentos. Aquí utilizamos la palabra "celda" en su sentido monástico, para indicar una habitación privada, por oposición a *domicilium*, que alberga a un grupo de novicios. No tiene nada que temer a este respecto.

Felton se agitó con aire incómodo.

–No, por supuesto que no. Es muy... amable de su parte acompañarme –su voz era poco más que un susurro. Los acontecimientos de las dos últimas noches empezaban a pasarle factura. Necesitaba descansar y necesitaba un poco de tiempo para ordenar las cosas en su mente. El eco de sus palabras regresó a él y, en un gesto inconsciente, se cubrió un poco más con la capucha. La túnica era de tela grosera y le picaba. Mantuvo la cabeza gacha.

–Nada de eso –dijo ella. Con un aleteo de la larga falda dio la vuelta y se encaminó al centro del Grande Foyer, sin pararse a ver si él la seguía–. Tengo un interés personal en su caso. ¿Lo sorprende eso? Aquí no estamos tan aislados como suele pensarse. Parece que se ha convertido usted en una celebridad, señor Felton. A diecinueve millones de personas, y eso sólo en esta ciudad, nada les gustaría más que verlo muerto. Es todo un logro.

Felton, que casi había tenido que trotar para alcanzarla, se detuvo en seco. No sabía cómo tomarse aquel "elogio". Era consciente de que su posición allí era precaria. Si su anfitriona decidía que los

problemas que provocaba eran mayores que su valor, lo expulsarían sin más ceremonias y se vería de nuevo en la calle para habérselas por sí solo. Y eso si tenía suerte. Había, no obstante, posibilidades mucho menos prometedoras. Las primeras que acudieron a sus pensamientos fueron las de que lo entregaran a la policía o al príncipe. Decidió que lo mejor que podía hacer era tomarse todo cuanto le dijera su anfitriona como sonaba y mostrarse a cambio tan franco como fuera posible.

–Estoy de acuerdo. Todo un logro. Y me encantaría conocer al responsable. Tengo algunas preguntas que me gustaría hacerle.

Ella le lanzó una mirada de soslayo.

–Estaba pensando justo lo mismo. Pero es usted demasiado humilde. La falsa modestia no le pega a su tipo de trabajo.

–¿Mi tipo de trabajo? –preguntó. No le gustaba cómo se estaba desarrollando la conversación.

–Terroristas. Mercenarios. Luchadores por la libertad, si lo prefiere usted así. Tengo entendido que a veces es así. Para mí no supone ninguna diferencia. No estoy aquí para juzgarlo, señor Felton.

–Me alegro –dijo, quizá con un cierto exceso de seriedad–. Pero no soy ningún terrorista, señora Baines. Yo no puse esa bomba. Pero voy a averiguar quién lo hizo.

–Y limpiar su nombre. Sí, creo que ésa es la manera habitual de abordarlo. Pero no esta noche, supongo. Tengo la impresión de que lo mejor sería que pasara algún tiempo recluido. Descubrirá que esta casa resulta especialmente apropiada para ello. Dejemos que el mundo exterior siga adelante sin usted.

–Le agradezco su hospitalidad. Soy consciente de que está corriendo un gran riesgo al acogerme. No sé cómo voy a devolverle el favor.

–Puede estar tranquilo a ese respecto. Seríamos unos anfitriones penosos si permitiéramos que nuestros invitados se marcharan teniendo la sensación de que estaban en deuda con nosotros. Si eso hace que se sienta mejor, estoy segura de que podremos encontrar alguna manera para que nos pague durante su estancia. Pero no esta noche.

Caminaron en silencio durante algún tiempo. Felton estaba

tratando de imaginar qué beneficio podían sacar los Tremere de aquello. Desde el punto de vista política, la situación era explosiva. Si los matones del príncipe descubrían que la capilla lo estaba escondiendo, habría problemas. Y no sólo para él. Si la situación hubiera sido la contraria, si aquella joven Tremere hubiera estado en dificultades, Felton no se lo habría pensado dos veces. Habría mantenido la cabeza agachada. Eso era lo que le habían enseñado a hacer cuando estaba bajo el fuego.

–¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Por qué razón...? –empezó a decir.

Para su sorpresa, ella lo interrumpió. Sólo le había pedido permiso como formalidad.

–Desde luego, señor Felton. Puede preguntarme lo que quiera. Las respuestas no forman parte, sin embargo, de su acuerdo con esta Casa. Debe usted ser consciente de que podrían constarle más.

–Hmm. Bien, da igual. En realidad no creo que tengamos ningún acuerdo formal. Sólo le dije a ese portero que solicitaba asilo...

–Y el asilo es un acuerdo muy formal, señor Felton. Con una tradición que se remonta más de mil años en el tiempo. ¿Le sorprendería saber que la Casa Tremere ha defendido esta tradición frente a la cólera de papas y emperadores? Hemos repelido los más denodados esfuerzos de inquisidores Tzimisce y fanáticos Assamitas. Es una obligación que nos tomamos muy en serio.

–Yo no quiero nada parecido –protestó Felton–. Sólo necesito un lugar para esconderme durante algún tiempo. Ya sabe, hasta que las cosas se calmen y pueda empezar a buscar al tío que puso la bomba de verdad. Sólo he venido aquí porque Char... –se contuvo al darse cuenta de que podía estar diciendo demasiado al mencionar el nombre de Charlie–. Me dijeron que si me presentaba aquí y solicitaba asilo me dejarían entrar. Que no me entregarían a la policía ni a los hombres del príncipe. Eso era lo único que quería. No sabía nada sobre ningún rito ancestral. Por supuesto, he oído hablar mucho sobre todo ese rollo de la magia de sangre. ¿Y quién no? Pero...

–El santuario no es un ritual taumatúrgico, señor Felton. Es una convención social. Le aseguro que no es nada doloroso. Y, habida cuenta de que ya se encuentra usted bajo nuestra protección, no tiene

demasiado sentido presentar quejas sobre los términos del acuerdo.

–Pero ¿y si no estoy contento con el acuerdo? No pretendo faltarles al respeto, por supuesto. ¿Y si las cosas no funcionan? ¿Y si no puedo cumplir mi parte? La verdad es que no sé nada sobre costumbres y tradiciones. ¿Qué pasará cuando me llegue la hora de saldar mi deuda y marcharme?

–Señor Felton, la puerta estará siempre abierta para usted. Como ya le he dicho, no es nuestro prisionero. Si desea dar por cancelada nuestra protección, sólo tiene que cruzar la puerta principal. Tenga en cuenta, no obstante, que al abandonar la capilla nos absolverá de manera efectiva de cualquier obligación ulterior. Si, por ejemplo, volviera a presentarse en nuestra puerta, no tendríamos por qué franquearle la entrada.

–Ya veo –dijo Felton–. Eso se parece más a lo que esperaba. ¿Alguna otra condición que deba conocer?

–Cualquier comunicación con el mundo exterior se considerará una cancelación de nuestro acuerdo. Y esto incluye el teléfono, el fax, el correo, el correo electrónico, etcétera. No recibirá visitas durante su estancia, por si comprometieran inadvertidamente su posición.

–Me alegro de que haya recalcado lo de que no estaba en prisión –dijo Felton.

Antígona lo ignoró.

–Cumplirá usted todas las reglas de esta casa. El Maestro de los Novicios se encuentra fuera en este momento pero le enviaré esta noche a uno de los aprendices mayores para que le explique lo que se espera de usted. En pocas palabras, ahora es usted un oblato, un estudiante laico. Sus estudios serán los tradicionales: el Trivium. Gramática, retórica y Oratoria. No se preocupe. Nada esotérico. Dejaremos los cuchillos de obsidiana y los corazones palpitantes por el momento. Esto es, salvo que usted...

Felton tenía la impresión de que estaba gastándole una broma, pero aun así decidió no correr riesgos.

–No, por mí está bien así. Los clásicos. Aunque no creo que tenga mucha madera de... ¿cómo lo ha llamado?

–Oblato. Ahora bien, debe usted ser consciente de que los novicios regulares no querrán tener nada que ver con usted. La

proximidad al punto más bajo de la jerarquía tiende a volverlos muy clasistas. Yo sospecharía de cualquiera que demostrara demasiado interés.

Antígona se detuvo, revisó por un momento la pureza de sus razones para aceptar al saboteador y no las encontró a la altura de las circunstancias. Estaba evitando conscientemente toda referencia a su situación personal. Aunque era, en aquel momento, la jefa en funciones de seguridad, no pasaba de simple novicia... y del círculo más bajo, además. Era una posición de la que décadas de servicio diligente no habían logrado sacarla. Aunque había ascendido con rapidez en el equipo de seguridad, se veía constantemente sobrepasada en la jerarquía de la Pirámide. La posición, el prestigio y la consciencia de clase en la capilla no eran asuntos tan sencillos como ella los estaba pintando.

Al darse cuenta del incómodo silencio que se había hecho entre ambos, continuó.

–La Capilla de los Cinco Distritos es una capilla de guerra, señor Felton. Estos novicios han sido asignados a este lugar porque han demostrado sobradamente que no encajan con los demás. Confío en que me entienda. Probablemente sea lo mejor para usted permanecer alejado de ellos en la medida de lo posible. Si es discreto y limita sus excursiones a la biblioteca, el refectorio y otras áreas comunes no recreativas, no debería tener dificultades.

–Señora Baines. He pasado una década luchando a cara de perro con el Sabbat. No tiene usted que preocuparse por mí. Sé manejarme muy bien en situaciones precarias.

–Precisamente por eso le estoy diciendo todo esto, señor Felton. No quisiera que el aspecto ordenado de cuanto lo rodea hiciera que se llamara a engaño. Sería un error, y probablemente un error definitivo, pensar que un grupo de novicios en plenos estudios resulta menos peligroso que una manada del Sabbat.

–Muchas gracias por la advertencia –dijo Felton–. Creo que en general permaneceré en mi habitación, si a usted no le importa. ¿Daré clases con los demás oblatos o son tan peligrosos como los novicios?

–Ni de lejos. La mayoría de ellos son lo bastante presentables como para recibir unas cuantas clases en la universidad. Pero aun así,

creo que será mejor no correr riesgos innecesarios en este momento. Dispondrá usted de un tutor privado.

–Así que lo único que tengo que hacer es estar tranquilo, evitar todo contacto con el exterior, cuidar mis modales y no mezclarme con los demás. Y mientras lo haga, puedo quedarme todo el tiempo que quiera. ¿Y no tengo que temer que me presenten como voluntario para ningún rito sangriento?

–Así es a grandes rasgos, sí. Y ahora, ¿hay algún objeto que tenga que conservar durante su estancia entre nosotros? Lo mejor sería, por supuesto, que no tuviera consigo ningún objeto personal. La ropa, las joyas, las fotos, las armas y las carteras están expresamente excluidas. Poseen una signatura demasiado intensa y son muy fáciles de rastrear. Lo ideal sería que se afeitara y se cortara las uñas, pero no insistiremos demasiado sobre este particular.

–Es muy amable de su parte. Creo que me decantaré por la cláusula incruenta –reflexionó durante un instante–. Creo que no necesito nada. Podré recuperar mi ropa y mis documentos cuando me vaya de aquí, ¿verdad?

–Lo mejor sería que fueran destruidos –dijo Antígona.

–¡No lo dirá en serio! ¿verdad? Muy bien, pueden quemar la ropa. Pero hay algunos documentos que voy a necesitar si quiero limpiar mi nombre.

–Haré que sean limpiados y le sean devueltos esta misma noche.

–¿Qué quiere decir con "limpiados"? No quiero que nadie ande registrando mis...

–Nadie va a leer sus documentos, señor Felton. No en el sentido que está usted pensando. Lo que quiero decir es que la carpeta será examinada por si tiene alguna resonancia. Deberíamos de poder eliminar o enmascarar cualquier signatura peligrosa. Con un poco de suerte y un retoque semanal, debería bastar para bloquear la magia simpática. No queremos que nadie pueda encontrarlo utilizando las pruebas en las que ha depositado usted sus esperanzas de redención.

–¿Por qué tengo la impresión de que las cosas se han vuelto más peligrosas desde que he llegado?

–Es así, señor Felton, pero no para usted. No debe preocuparse

de las amenazas externas mientras se encuentre con nosotros.

–Sí, ya lo pillo. Sólo de las internas, ¿no?

–Creo que empezamos a entendernos. Mientras haga lo que le he dicho, estoy segura de que todo irá bien. Ah, ya hemos llegado.

Se detuvo frente a una sencilla puerta de madera que estaba ligeramente entreabierta. Entró en el cuarto delante de él y encendió la lámpara del escritorio, la única fuente de luz que había en la diminuta celda. Examinó con mirada crítica los preparativos. La cama, el escritorio, la silla y el aguamanil ocupaban la mayor parte del espacio disponible. Y había un considerable montón de libros sobre la mesa.

Felton la sorteó estirando el cuerpo y se sentó en la cama. Con satisfacción, reparó en la ausencia de ventanas u otros medios de acceso.

–Será estupendo, gracias. Creo que voy a aprovechar el tiempo para retomar mis lecturas.

Antígona reparó en la mirada que dirigía a la salida.

–El picaporte de la puerta está por dentro pero en realidad es una mera formalidad. Lo menciono tan solo porque algunos novicios se enorgullecen de su destreza como cerrajeros. Dado que no tiene usted efectos personales y que hará lo posible por no enfrentarse a los novicios, estas pequeñas intrusiones no deberían de suponerle una gran inconveniencia. Una vez que su curiosidad se vea frustrada, se darán cuenta de que están perdiendo el tiempo con usted y lo abandonarán. En todo caso, asegúrese de cerrar la puerta con llave cuando esté dentro. Nada alimenta más su curiosidad que una puerta abierta.

–¿Algo más que tenga que preocuparme, aparte de los novicios?

–Sí. Ya sabe usted qué aspecto tiene la túnica de los oblatos: lana inmaculada. Los novicios visten de negro, con una banda de color en las mangas, el cuello o el cinturón para denotar el rango. A cualquiera que no vista de este modo, por ejemplo, si ve a alguien con una túnica de vivos colores o blanca, debe usted evitarlo. Y cuando digo evitar, me refiero a que debe mantener la cabeza agachada y la capucha levantada. Si se encuentra usted en una habitación con uno de estos personajes, deberá tratar de salir en cuanto se lo permitan los

buenos modales. No hablará con ellos a menos que ellos se dirijan a usted. Y no les dará la espalda bajo ninguna circunstancia, ni siquiera al salir de una habitación.

–Entiendo. Es bueno saberlo. Nunca le he dado mucha importancia a rangos o títulos, pero no me gusta insultar a nadie por accidente.

–Una sabia política. Además, como invitado y suplicante, tampoco debe usted insultar a ninguna de las luminarias de esta casa a propósito –Antígona se dirigió a la puerta– ¿Necesita alguna cosa más?

Felton bajó la mirada y pensó. Mantuvo a Antígona allí con su renuencia a hablar, acaso porque no deseaba quedarse a solas en el corazón del dominio de los brujos.

–¿Podría pedir algunas...? –empezó a decir, y se interrumpió–. Lo sé, "las respuestas tienen un precio". Y también sé que ya estoy en deuda con ustedes. Pero lo que quería saber es si habría alguna manera de que pudieran ayudarme a averiguar quién me ha tendido la trampa, quién puso en realidad esa bomba.

Antígona se detuvo, con una mano sobre el picaporte de la puerta. Lo sometió el mismo escrutinio que, sólo un momento antes, había dedicado a la habitación. Así, con la cabeza ladeada, Felton pensó que parecía un pájaro, un cuervo, evaluando al granjero que entraba en su campo de trigo.

–Aquí todo es posible, señor Felton. Pero debe usted tener mucho cuidado a la hora de traficar con posibilidades. Su precio se mide siempre en sangre. Antes parecía bastante renuente a tener algo que ver con lo taumatúrgico.

Felton se estremeció sin quererlo.

–No voy a mentirle. Lo poco que sé sobre la magia de sangre me da escalofríos. He visto a esos malditos Kolduns, he visto sus oscuros ritos, he visto el precio que cobran a sus víctimas. Pero si ésa es la única manera de averiguar lo que necesito saber, es lo que voy a tener que hacer.

–Le aseguro, señor Felton, que nuestras técnicas son algo más... refinadas que las de los carniceros Tzimisce. Hemos pasado siglos extrayendo los secretos de la sangre. Muy pocas cosas se nos

ocultan.

–Entonces *pueden* ayudarme. He oído lo que se cuenta, por supuesto, pero uno no puede formarse demasiadas esperanzas... y mucho menos un plan de ataque, sobre rumores y cuentos de viejas. Dígame lo que tengo que hacer. Y lo que me costará. Si puedo pagarlo, lo haré.

–Señor Felton, ésa es exactamente la clase de petición que hace que la gente pierda la cabeza. Pero no importa, ahora ya no puede retirarse. Espero, sin embargo, que se comportará usted con más cautela en nuestros futuros tratos. Consideraré el problema y su oferta y hablaremos sobre ello mañana. Buenas noches, señor Felton.

–¿Señora Baines? Gracias por su ayuda y por las advertencias. ¿Puedo preguntarle...? O sea, espero que no piense que soy un maleducado por preguntarle esto. Me ha dicho usted que las túnicas de los oblatos son de lana impoluta. Y sé que las túnicas negras con diferentes bandas de color corresponden a los diferentes rangos de novicios. Y las túnicas de los maestros son blancas o de colores. Pero lo que no me ha dicho es a qué corresponde una túnica negra del todo.

Helena sintió una oleada de rabia y vergüenza. Bajó la mirada hacia su túnica negra, que la marcaba como novicia del primer círculo. Luchando por contener sus emociones, replicó con un tono no exento de amargura:

–Significa que soy un chacal. Y que a algunos de nosotros no nos queda nada que probar.

Ahora le tocó a él el turno de observarla con curiosidad. Había percibido su rabia y no quería contradecirla. Pero era evidente que aquella afirmación estaba muy lejos de la verdad. Hasta su último gesto era el de alguien que estaba tratando desesperadamente de probarse. *Un chacal, pensó. No un cazador ni un guerrero que abate a sus propias presas, sino un carroñero. Un devorador de carne muerta. Uno que se alimenta de cadáveres.*

Ahora sabía lo que ya había empezado a sospechar antes. Que si Antígona lo estaba atendiendo no era porque se tratase de una dignataria de la capilla sino precisamente por lo contrario. Aquella tarea le correspondía porque era una descastada entre los suyos.

Alguien que podía andar entre meros oblatos y extraños sin peligro de contaminarse. Alguien que podía cuidarse de los parias, de los leprosos.

Una imagen, una de sus historias de juventud favoritas, acudió a su mente sin él quererlo. Podía ver a un hombre ataviado con una sencilla túnica de color marrón, que daba un sermón a una congregación de cuervos y grajos. San Francisco de Asís. A medida que Felton se hacía mayor, por supuesto, había empezado a ver la historia bajo una óptica diferente. El santo asceta, también un renegado, llevando la palabra de Dios a los perseguidos, los desposeídos, los sucios. A aquellos con los que ningún hombre respetable se dignaría asociarse.

Se preguntó si Antígona vería sus propios esfuerzos bajo esa misma luz. Si se vería a sí misma como una santa, una mártir. Pensó en las mujeres cuya tarea era preparar los cadáveres para los sepelios. En algunas culturas, el contacto con la carne muerta se consideraba una impureza duradera, una mancha tanto física como espiritual. A él le resultaba muy fácil verla así. La mujer solemne y ataviada de negro que atendía, con minuciosa atención al detalle, a las necesidades de los muertos y los condenados. Se tendió sobre la cama y junto las manos sobre el pecho.

Se preguntó si habría algún significado oculto en la sencilla afirmación que ella había hecho, si no estaría tratando de decirle algo. *Soy un chacal*. Un devorador de los muertos. Sabía que entre los no-muertos había quienes se alimentaban literalmente de sus hermanos de raza. Era el pecado imperdonable de su sociedad. Diabolistas, los llamaban. Los que hacían la obra de *El Diablo*. Los servidores del Demonio. Felton observó a la joven y severa bruja con su larga túnica negra. Le resultaba tan fácil imaginarla sirviendo a los poderes oscuros como haciéndolo con los recién muertos. Como la había visto esperándolo a él.

Felton había estado en tantos campos de batalla que podía reconocer a un chacal cuando lo veía. Había en efecto una cierta sombra de la guerra en su anfitriona, pero la suya era la carnicería que tenía lugar al ocaso de la batalla. Se parecía más a una oscura ave de presa. Un cuervo, un grajo...

–Es usted un ave extraña –musitó.

Antígona se sobresaltó al escuchar sus palabras y recordó las alas negras batiendo frente a su cara. Recordó la confrontación con el risueño Guardián de los Muertos y cómo, al salir de sus huesos, se había encontrado en el cuerpo de un ave. ¿O había sido todo ello una pesadilla? No, Helena aún tenía heridas rojas en la cara que demostraban que tanto su pico como sus garras habían sido muy reales.

–Esperaré con impaciencia su visita de mañana por la noche –dijo Felton–. No me olvide, señora Avenegra. Me ha hecho una promesa.

–Hará usted bien en tener más cuidado con sus propias y extravagantes promesas –replicó ella–. Buenas noches, señor Felton. Trate de no volar nada. Ya hemos tenido demasiadas emociones de ese tipo últimamente.

–¿Que quiere el qué? –Umberto apartó de mala gana la mirada del monitor. Parecía enfurecido. Estaba tenso y exhausto. Debiera de haberse desplomado horas atrás. Pero no podía permitirse el lujo de hacerlo hasta que estuviera seguro de que los datos demográficos se habían transferido correctamente. Si lo que Johanus había dicho sobre la distribución de esas cifras de población era correcto...

–Una bañera. Ya sabes, una cosa grande. De porcelana. Llena de agua –replicó Donatello, se agachó para pasar por debajo de un montón de cables eléctricos tan ancho como su cintura que colgaba sobre el túnel de entrada. Lo siguió con la mirada hasta el punto en el que desaparecía, como una rata de alcantarilla, en la esquina. El revestimiento de goma estaba casi carcomido y el cobre de su interior estaba en contacto con un charco de barro y echaba chispas–. Sabes que más tarde o más temprano va a acabar matando a alguien,

¿verdad?

Umberto lo ignoró a propósito.

–Ya sé lo que es una bañera, idiota. ¿Para qué demonios quiere Emmet una bañera y qué tiene que ver eso conmigo? ¿Se ha muerto alguien y también me toca a mí saquear los restos?

–Mira, sólo quiero saber si se te ocurre dónde podría encontrar alguna. Una de esas que pueden trasladarse. Con tanta basura como hay por aquí, alguien debería saber dónde podría echarle mano a una simple bañera. Es para el príncipe. Sturbridge está aquí y...

–¿Sturbridge? ¿La regente de los Tremere? ¿Está aquí? –se puso en pie de un salto y derribó al hacerlo la silla plegable de metal.

–No sé por qué piensa todo el mundo que eres una especie de genio o algo así. Sí, Aisling Sturbridge. Eso es lo que estaba intentando decirte. ¿A cuántas Sturbridge...? Da igual. Mira, ¿sabes dónde puedo conseguir una bañera o no?

–¿Están con el príncipe en este momento? –preguntó Umberto.

–Sí, Sturbridge, Emmet y un par de tíos de la capilla que llevan lo que parece una especie de alambique desmontado. No les he preguntado lo que era. Sólo me han mandado a buscar la bañera. ¿Alguna idea?

–Um. Sí. Un segundo –Umberto se volvió y abrió las pantallas de inventario. Tecléo una búsqueda–. Buhonero tiene una de esas viejas, con estructura de hierro, en la línea A.

–Conozco el lugar. ¡Gracias! –pasó por debajo del cable y se dirigió hacia el túnel.

–¿Quieres que les diga a algunos chicos que la suban? –le gritó Umberto.

El otro se detuvo al oírlo.

–Sí... sería estupendo. ¿Sabes?, no eres tan inútil como parece al principio. Pero diles que es muy importante.

–De nada –bufó Umberto–. Y no te vayas hasta que yo haya terminado aquí. Te acompaño.

* * *

La procesión que descendía hacia la guarida del príncipe

pretendía, sin duda, ser solemne. Sin embargo, Umberto no podía dejar de pensar que todo el asunto transmitía una sensación más propia de un carnaval. El séquito de conjuradores que había traído Sturbridge estaba metiendo en la cámara un cargamento de cajones de madera, cajas de embalaje y rollos de tubos de goma. Lentamente, empezaron a ensamblar la gran estructura.

Era *insólito* que hubiera tantos extraños allí. Que estuvieran de pie, mirando boquiabiertos al príncipe ya era malo por sí solo. Calebros estaba tendido en una cama plegable desechada por el ejército, cubierto de la cabeza a los pies por una sábana blanca. Una mortaja. Umberto podía distinguir hasta la última línea de sus costillas, a pesar de la sábana. No tenía ganas de ver lo que había debajo.

Los magos se entregaban a su tarea con una excitación mal disimulada. Sturbridge, su líder, dirigía sus esfuerzos con una palabra amable aquí, una mano de ayuda allá. Las cajas de embalaje rendían sus maravillas con la diligencia de un sombrero lleno de conejos. La pesadilla de un alquimista loco empezó a cobrar forma, un móvil colgante hecho de alambiques de cristal, tuberías de cobre y quemadores de gas. El improbable artefacto giraba en su totalidad con aire perezoso sobre el calor que él mismo generaba.

Cuando se presentó el chiquillo de Buhonero arrastrando una enorme bañera de estructura de hierro, nadie levantó ni un dedo para ayudarlo. La colocaron bajo el arácnido aparato hecho de cristal, cobre y goma, que parecía estarla aguardando.

Mientras el proceso se llevaba a cabo, Emmet cuchicheaba con Sturbridge. Saltaba a la vista que estaba inquieto. Ella lo tranquilizaba con su sonrisa, su confianza y su contacto. Por fin, dijo:

–Es la hora –y señaló la forma inmóvil del príncipe. Emmet se colocó junto la cabeza del príncipe y lanzó a Umberto una mirada preocupada. Este último se acercó inmediatamente y se situó a los pies de la cama plegable. Contaron hasta tres y lo levantaron.

El poco esfuerzo que necesitaron sorprendió a Umberto. Calebros era ahora poco más que piel y huesos, pensó con tristeza. Puede que ni siquiera piel.

Lo llevaron con cuidado, oculto aun bajo la sábana que se le pegaba al cuerpo, hasta la gran bañera. Umberto no pudo evitar

pensar que parecía que estuvieran haciendo un truco de magia. El príncipe que levita. Tuvo una visión momentánea en la que Sturbridge se adelantaba y hacía unos pases por encima del cuerpo, como para demostrar que ningún cable lo sostenía. En cualquier momento, Emmet arrancaría la sábana con un ademán teatral y todos verían que no había nada. Haría una reverencia, Sturbridge haría una reverencia. El resto de los presentes aplaudirían y todos abandonarían la cámara.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando depositaron al príncipe en el fondo de la bañera; alivio por haber completado su tarea sin imponer nuevas indignidades a su líder caído. Se quedó parado, sin saber qué hacer, hasta que fue apartado con delicadeza por los tres portadores Tremere, quienes procedieron a continuación a bajar y ajustar el extraño ingenio alquímico. Él siguió sin poder hacer nada más que asistir mudo a todo aquello.

La voz de Sturbridge lo sacó de sus ensoñaciones.

–Nunca podréis abrirlo con ese cuchillo. Apenas es una navaja afilada –se volvió hacia Emmet–. ¿Tenéis algo un poco más sólido? Es importante que lo sumerjamos lo antes posible.

Su voz puso a Umberto en marcha. Como un sonámbulo, atravesó la habitación y arrancó de la pared un hacha de incendios oxidada. Regresó y le sonrió al mago que seguía tratando de introducir el filo de su navaja en la abertura de la caja de madera. El otro se apartó al instante.

Umberto balanceó el arma con una sola mano y golpeó la caja con fuerza. El hacha se clavó en su parte superior. La arrancó de un tirón y al instante lo asaltó el tufo del formaldehído. Se apartó un paso y sacudió la cabeza para aclarársela mientras el Tremere más próximo volcaba la caja sobre la bañera.

El denso y acre líquido gorgoteó mientras se vertía sobre el príncipe. Repitieron la operación otras tres veces, hasta que el cuerpo estuvo completamente sumergido.

Sturbridge, mientras tanto, estaba junto a uno de los extremos de la maraña de equipo alquímico. La sangre manaba con libertad desde su muñeca a una jarra de cristal. Umberto no había detectado el delicado aroma de la potente vitae a causa de la peste del formaldehído.

El untuoso sirope rojo se abrió camino a lo largo de pipetas y tuberías, tan pronto un líquido como una nube de vapor rojizo. Al fin, su esencia se vertió en la bañera. Flotó y se enroscó en su superficie como una espiral de aceite. Mientras Sturbridge se volvía para cerrar la herida, el trío de magos completó sus ajustes y el aparato empezó a sorber los mezclados líquidos y hacerlos circular.

–Si algo puede traerlo de vuelta, es esto –dijo Sturbridge–. Volveré mañana para traer una nueva dosis. Es necesario que la bomba haga circular constantemente los líquidos de preservación. ¿Lo entiendes? Si lo prefieres, dejaré a alguien aquí para supervisar el proceso pero es del todo innecesario. Siempre que nadie toque nada.

–Entiendo –replicó Emmet con voz hueca, sin que sus ojos se apartaran un solo instante de la forma inmóvil situada en el centro del curioso mecanismo. Un borde de la sábana se había soltado y flotaba lentamente sobre la densa corriente. Confiaba en que la sábana no se soltara del todo–. Gracias por haber venido y por lo que habéis hecho.

–No es nada –dijo Sturbridge. Le puso una mano en el hombro y Emmet levantó la mirada–. Descubriré quién lo ha hecho, Emmet. No te quepa la menor duda. Y tú, ¿estás bien?

El Nosferatu se encogió de hombros, un esfuerzo que le abrió algunas heridas demasiado recientes e hizo que se encogiera.

–Me pondré bien –dijo–. Además, nos hemos quedado sin bañeras –sonrió y reveló sendas filas de colmillos que entrechocaban con un sonido húmedo.

Era contagioso. Sturbridge sonrió también.

–Hasta mañana por la noche, entonces –dijo, mientras indicaba a sus asistentes que salieran de la sala–. Y, Emmet, trata de descansar un poco. Ya no hay nada más que puedas hacer por él.

–Por supuesto –dijo–. Gracias de nuevo –pero había agachado la mirada.

Ella sabía que pasaría todo el día allí sentado, en solitaria vigilia por su príncipe.

Tres suaves golpes en la puerta. El sonido era tenue, como el arañar de un ratón. Felton, sentado al escritorio, no levantó la mirada del libro que estaba leyendo.

–Pase.

Escuchó un traqueteo en el picaporte pero la puerta no se abrió. Hubo una breve pausa y a continuación el característico crujido de la cerradura al abrirse. Antígona entró en la habitación y volvió a cerrar tras de sí.

–Bien. Por un momento pensé que habría olvidado cerrar la cerradura, tal como le aconsejé. Buenas noches, señor Felton.

–Llega usted tarde –dijo él–. Tres noches tarde.

–¿No recibió mi mensaje? Le envié una novicia con una nota en la que le decía que tenía que posponer nuestra cita. Es curioso, suele ser una de las más dignas de confianza. Aunque he de admitir que esto se debe a que lleva casi dos años tratando de piratear el sistema automático de defensa de la capilla y no quiere que yo lo sepa.

Felton cerró el libro. El sonido resonó como el eco de una detonación en la diminuta habitación. Recogió un sobre que descansaba sobre el escritorio y lo levantó para que ella pudiera verlo.

–No es necesario que le recrimine nada a su mensajera. Me entregaron su nota. Alguien la metió por debajo de la puerta. Pero usted rompió su promesa de todos modos. Ahora mismo no estoy en posición de poder fiarme de mucha gente. Y usted no me está facilitando las cosas.

–Quizá deba regresar en otro momento –dijo ella.

–Ni se le ocurra. Siéntese –señaló la cama–. ¿Estoy aquí a punto de volverme loco y cree que voy a permitir que se largue sin más y me deje otras tres noches sin saber lo que está ocurriendo? ¿Qué tiene para mí? ¿Qué se dice ahí afuera? En las noticias, en los periódicos...

Antígona se posó en el borde de la cama. Felton tuvo la impresión de que cualquier movimiento brusco haría que levantara el

vuelo. Volvió su silla hacia ella. En la estrechez del cuarto, sus rodillas casi se tocaban.

–Una pregunta por vez –dijo ella–. Si sigue a ese ritmo va a acabar loco.

Felton no sonrió.

–De acuerdo. ¿Tiene un cigarrillo?

–No. No fumo. No, a menos que esté a punto de... No importa, es un chiste muy viejo. Y probablemente no le hará gracia en las actuales circunstancias. Vamos con las noticias. Los periódicos y la televisión están llenos de historias sobre pirómanos y terroristas locos. La policía ha arrestado a alguien pero nadie se lo traga. De hecho, se ha convertido ya en uno de esos embrollos en los que se mete el Cuerpo por apresurarse demasiado. Un grupo palestino que opera desde Francia se ha atribuido el atentado pero eso resulta aún menos creíble. Y los chicos del FBI están preparando una caza del hombre a escala interestatal. Oh, sí, y no mató usted al príncipe. Pensé que querría saberlo. De hecho no mató a nadie, por lo que he podido averiguar. Bueno, a nadie aparte de unos cuantos mirones que fueron aplastados por los escombros. Pero creo que la afirmación de que ha cosechado un fracaso completo no sería del todo equivocada. No conozco al príncipe en persona pero, ¿cree usted que es de los que guardan rencor?

–¡Yo no puse la bomba en el edificio!

–Muy bien, le seguiré el juego. ¿Quién lo hizo?

Felton dio un puñetazo sobre la mesa. Los libros y papeles saltaron al unísono.

–Maldita sea, si lo supiera, ¿estaría aquí? Yo soy una de las víctimas, ¿se acuerda? Me tendieron una trampa. Vine aquí a pedir ayuda.

–Me gustaría ayudarlo, señor Felton. Pero tendrá que ser un poco más franco. Hay ciertos detalles en este caso... Eso de que se presentara "por casualidad" en el Empire State Building en el mismo momento en que alguien decide hacer explotar una bomba en el mirador... es algo que no termina de cuadrarme.

–Ya se lo dije, estaba... No, no importa. Pensé que podría ayudarme a averiguar quién está detrás de todo esto. Pensé, muy

bien, aunque la policía, el FBI y el príncipe no hayan conseguido dar con el culpable, estos tíos tienen... medios de averiguar las cosas. Dicen que no hay nada que los Tremere no puedan conseguir... si uno está dispuesto a pagar el precio. Así que pensé que quizá pudiera hacer un trato. Quizá... Olvídelo. Estoy perdiendo el tiempo aquí. De brazos cruzados. Sentado aquí leyendo... ¿Quién es este tío?

–comprobó el lomo del libro–. Tomas de Aquino, por el amor de Dios.

–*De Veritatis* –sonrió Antígona–. *Sobre la Naturaleza de la Verdad*. ¿Elección suya o del Hermano Anselmo?

–¿Usted se cree que yo leo esta clase de mierda por gusto?
–gritó–. Yo...

–¿Por qué lo está leyendo? –le preguntó con voz tranquila.

Por un momento, creyó que iba a golpearla. Apartó la silla con violencia y se levantó, pero no tenía suficiente espacio detrás como para hacerlo con elegancia. Terminó tropezando con los pies de ella. Se recuperó y empezó a pasear de un lado a otro por el estrecho espacio que mediaba entre el escritorio y la mesa, más enfurecido consigo mismo que con ella.

–No lo sé. Pura estupidez, supongo. Pensé que si cooperaba, si seguía sus estúpidas reglas, si fingía que no estaba en una prisión... puede que cumplieran con su parte del trato. Puede que me creyeran. Puede que me ayudaran a dar con el culpable y a salir de este embrollo.

Una estupidez. Debería de haber sabido lo poco que valoran sus promesas.

–Señor Felton, creo que podemos ayudarnos el uno al otro. Confío en que perdonará mi franqueza pero no puedo dejar de señalarle que hasta el momento, en nuestras relaciones, esta casa ha sido la única que ha dado algo. Le hemos proporcionado santuario, lo hemos acogido, lo hemos protegido de la policía y del príncipe con riesgo no desdeñable para nosotros. Hemos tomado medidas para impedir que sea descubierto, tanto por medios mundanos como arcanos. Le hemos ofrecido hospitalidad, sustento y un refugio seguro. Y hasta el momento no hemos recibido nada a cambio. Por ahora, me contentaré con algunas respuestas directas. ¿Por qué se encontraba usted en el Empire State Building aquella noche?

Felton agachó la cabeza, incapaz de soportar su mirada. Cuando por fin se decidió a hablar, lo hizo casi con un susurro.

–Estaba allí para matar a Emmet, la mano derecha del príncipe.

–Gracias, señor Felton. Le creo. ¿Era consciente de que el príncipe se encontraba también allí cuando puso la bomba?

Se revolvió para mirarla.

–¿Es que no me está escuchando? ¡Yo no puse la bomba! Lo único que tenía era un par de Uzis. Está todo aquí, si no me cree.

Caminó hasta el escritorio y cogió una arrugado carpeta.

Antígona la reconoció al instante. Era la "evidencia" que le había pedido que salvara durante su anterior encuentro.

Agitó el informe frente a su cara hasta que ella accedió a echarle una ojeada. Se tomó su tiempo para leer los documentos mientras él la observaba enfurecido por encima del hombro; Sólo fingía que lo hacía, en realidad, pero no tenía la menor intención de permitir que él se percatara de que ya conocía en detalle el contenido de la carpeta. Después de todo, le había prometido que nadie leería sus documentos.

Antígona había sido todo lo honesta que la situación le permitía. No había tenido intención de leer los papeles de Felton hasta que él había insistido en que no los destruyera. Y luego, por supuesto, estaba su deber de "limpiarlos". Era sólo una verdad a medias. En su trabajo uno no podía dejarse maniar por verdades a medias.

Al fin y al cabo, le había dicho que no estaba prisionero. Y no estaba segura de que eso pudiera considerarse siquiera una verdad a medias.

–Muy revelador. Sólo me entristece que no decidiera confiar antes en mí. Ahora, ¿puede decirme quién le asignó este... –volvió a consultar la primera página–... Informe de la Misión?

–No –replicó él con tono contenido–. La pondría en peligro si lo hiciera. Nos pondría en peligro a los dos, en realidad.

–Entonces no sé cómo puedo...

–Mire. No sé lo que pasaría si tratara de traicionar los secretos del... –la palabra *Conventículo* estaba en sus labios pero tenía miedo de revelar incluso eso–. Del grupo. No sé a qué clase de compulsión pudieron someterme cuando fui iniciado. Pero fue una especie de rito.

Un rito de sangre.

–Entiendo –dijo ella. No era una frase hecha. Poseía experiencia de primera mano sobre la naturaleza exacta de aquel rito–. Podemos hacer que alguien lo compruebe. Un rito de sangre deja ciertos rastros que pueden darnos buenas pistas sobre el carácter de las restricciones impuestas y lo que podría hacer falta para romperlas. Por favor, continúe.

–Bueno, digamos simplemente que si resulta que esos tíos están implicados, no me importará contarlos todo. Voy a hacer lo que sea necesario para acabar con el responsable.

–Ésa es otra de esas promesas peligrosas y de imprecisos términos que tanto parecen gustarle, señor Felton. De veras, debería ser más cuidadoso. Pero bastará. Si su "grupo" no está implicado en el asunto, no hay razón por la que yo deba saber más sobre ellos, ¿verdad?

Felton gruñó.

–Entonces, ¿cree que puede ayudarme? ¿De veras cree que hay alguna manera de descubrir quién puso la bomba?

–Por supuesto que sí, señor Felton. Existen varias formas. El truco está en determinar cuál puede resultar más eficaz que los métodos empleados por la policía, el FBI y el príncipe hasta el momento. Por fortuna, durante las últimas noches he pasado algún tiempo investigando y puede que haya dado con una solución.

Felton volvió a sentarse, se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

–Soy todo oídos.

–Desgraciadamente, el método podría ser un poco arriesgado. No le hace usted ascos a un poco de peligro, ¿verdad, señor Felton?

–Creí que ya habíamos establecido que paso parte de mi tiempo de ocio matando gente.

–Excelente. Existe un rito sencillo que podría servir muy bien a nuestros propósitos pero para llevarlo a cabo tendremos que regresar a la escena del crimen.

–Debe de estar bromeando. Ese lugar estará lleno de polis. Y de agentes del príncipe. Y ninguno de ellos verá con buenos ojos que tratemos de dar un paseo a medianoche por el mirador. O sea...

–¿Está dispuesto a hacerlo o no? –demandó ella.

–¿Cuáles son mis alternativas?

–Puede volver al maestro de Aquino hasta que se nos ocurra algo nuevo.

–¿Y cuánto podría tardar? No importa. Lo haré. Lo haremos y ya está. ¿Se le ha ocurrido cómo podemos llegar hasta el mirador? Creo haber oído en las noticias que el ascensor había reventado en la explosión.

–Tengo una idea sí. Pero implica algo de taumaturgia. Al igual que el rito que tendremos que llevar a cabo en el mirador. ¿Lo he mencionado ya?

–No, pero tampoco tenía por qué. Supongo que no podrá realizar su pequeño ritual sin que yo esté presente.

–Bueno, no sin su sangre... –replicó Antígona.

–Sabía que iba a decir algo así. Muy bien. Lo haré. ¿Cuándo vamos?

–Esta noche. A medianoche. Es el mejor momento para dar un paseo a medianoche.

–Estupendo. ¿Tengo que llevar algo? –preguntó con aire resignado.

–Nada que pueda dejarse olvidado. Estoy seguro de que lo hará muy bien. Vendré a buscarlo sobre las 11:30. Mientras tanto, he de hacer algunos preparativos.

–De acuerdo. ¿Necesita ayuda? No sé una mierda sobre sacrificios humanos, pero soy capaz de hacer una mochila y repasar una lista de equipo.

–No, pero gracias. Relájese, señor Felton. Será mejor que reserve sus fuerzas.

Mientras se volvía para irse, Felton tuvo una idea y la detuvo.

–Señora Baines, ¿cómo afecta esta pequeña misión a nuestro contrato? Quiero decir, me dijo usted que tendría asilo mientras permaneciera dentro de la capilla...

–Una excelente observación –sonrió ella–. Me temo que nuestro acuerdo quedará rescindido. No puedo garantizarle que la capilla vuelva a acogerlo una vez que haya abandonado su protección. ¿Aún está dispuesto a seguir adelante?

Felton no tuvo que pensarlo durante demasiado tiempo. Parecía que hasta cuando uno sorprendía a los Tremere con las manos en la masa tratando de aprovechar los pequeños intersticios que dejaban sus retorcidos acuerdos, no se podía hacer nada al respecto.

–No tengo elección, ¿verdad?

–Siempre la tiene, señor Felton. Sin embargo, en este caso particular, ha gastado usted su cupo de elecciones acertadas.

–En ese caso, la veré esta noche –dijo Felton.

–Hasta esta noche. Disfrute del Gran Doctor –dio unos golpecitos al grueso volumen de Tomás de Aquino y apartó poco a poco la mano–. *De Veritatis* –sonriendo y sacudiendo la cabeza, salió de la habitación.

Antígona emergió a un viento mordiente. Los fragmentos de cristal crujieron bajo sus pies. El mirador del Empire State Building era una ruina ennegrecida, un paisaje tallado en malla metálica triturada y armazón de cemento expuesto. Caminó hasta el borde del precipicio y se asomó. Debajo de ella se veían los restos retorcidos de las plataformas de recogida, hechas de fibra de vidrio y cubiertas de escombros hasta gran altura. En realidad no estaban concebidas para atrapar nada más sustancial que las inevitables monedas que los visitantes arrojaban (bien por curiosidad, bien por malicia) por el parapeto. Si había que dar crédito a las palabras de Emmet, también habían salvado al príncipe de una muerte segura. Decididamente habían salido mal paradas.

Tras ella, Felton cruzó el portal y reprimió un jadeo entrecortado. Mientras Antígona se volvía, ya estaba avanzando hacia ella, con los brazos extendidos como si quisiera cogerla y apartarla del borde.

–Por el amor de Dios, estese quieta –dijo, al tiempo que frenaba bruscamente y estaba a punto de perder el equilibrio.

–¿Y ofrecerle un blanco estacionario? No, gracias, señor Felton

–pero se apartó de la cornisa–. ¿Qué hacía corriendo hacia el portal?

Felton bajó la mirada.

–En ese momento me ha parecido lo más apropiado.

Ella sonrió.

–Ya veo. Bueno, no hay necesidad de mortificarse. La verdad es que no hay nada malo en ello. A menos, claro está, que hubiéramos aparecido unos pocos metros más cerca del precipicio. En el futuro puede usted cruzarlo caminando. Lo importante es hacerlo valientemente, sin titubear. Algunos novicios vacilan en medio de su primera aportación y se quedan Atascados. Paralizados en tránsito. Puedo recordar el caso de un novicio que no apareció en su destino hasta una semana después. Y por si eso no fuera suficientemente embarazoso, provoca un efecto de cuello de botella en el portal, de modo que nadie puede volver a utilizarlo –entonces se le ocurrió una idea–. El Maestro Ynnis no le dijo que saltara, ¿verdad?

Felton sacudió la cabeza, aún avergonzado.

–Bueno, al menos no ha gritado "*¡Jerónimo!*". ¿O lo ha hecho?

Eso logró arrancarle una sonrisa.

–Ya nadie grita "*¡Jerónimo!*".

–¿No? ¿Entonces qué...? Oh, no importa. Lo hará perfectamente en el camino de vuelta.

–¿El camino de vuelta? –se volvió, con una mirada próxima al pánico en la cara–. ¿Y cómo demonios vamos a regresar? –se detuvo bruscamente. En el suelo, delante de ellos, había un espacio circular perfecto, limpio de cristales y escombros. A su alrededor, brillaban fragmentos de cristal con la forma de diminutos y precisos glifos–.

¿Cómo ha...?

Ella lo tranquilizó poniéndole una mano en el hombro.

–¿Entre usted y yo? No tengo ni la menor idea. El Maestro Ynnis es verdaderamente asombroso. Es capaz de hacer cosas con las aportaciones que los demás ni siquiera han imaginado aún. Dicen que tiene una afinidad especial con ella, a causa de su precaria...

Estaba a punto de decir "a causa de su precaria posición en el umbral". No era ningún secreto que el Maestro Ynnis había sido Abrazado a las puertas de la muerte. De no haber sido introducido apresuradamente en la compañía de los no-muertos, hubiera sufrido

un ataque al corazón en uno o dos días. Aunque había logrado escapar a la crisis coronaria en aquella ocasión, se había visto obligado a revivir el escenario docenas de veces. El Abrazo capturaba al cuerpo en su estado preciso. Por eso algunos Vástagos (como ella) podían seguir pareciendo jóvenes, aun después de que hubieran pasado décadas. Incluso los detalles cosméticos como la longitud del pelo o de las uñas quedaban grabados en piedra en el momento del Abrazo. Nadie hablaba del lado oscuro de esta característica. Pero el hecho era que las debilidades del cuerpo quedaban también capturadas, congeladas, confinadas a perpetuidad. El Maestro Ynnis fue Abrazado en el umbral de un ataque cardíaco fatal... un destino que estaba obligado a sufrir una vez tras otra.

Un ataque al corazón no podía matarlo ahora, por descontado. La fuente de su antinatural longevidad residía en otra parte, fuera de su alcance. Pero la confrontación con Helena no había sido la primera vez que Antígona había visto al anciano maestro totalmente incapacitado tras un esfuerzo intenso.

Sin embargo, recordó con quién estaba hablando. Decidió guardarse sus pensamientos. La situación en la que se encontraban requería que trabajase codo con codo con Felton, al menos hasta que hubiese determinado que papel había desempeñado en el atentado. Pero seguía siendo un extraño. Aunque (por improbable que pudiera parecer) fuera inocente de lo ocurrido, seguía siendo un extraño.

–¿A causa de su precario qué? –preguntó Felton sin comprender.

–No importa, no habrá problema. Mantendrá el portal abierto para nosotros. Pero creo que tendremos más suerte en el lado de sotavento del edificio, ¿no?

–Si significa librarse de este viento, cuente conmigo –dijo Felton. Dieron la vuelta al edificio hasta que estuvieron a salvo de lo peor del viento. Felton caminó pegado a la sombra del muro. Antígona, la larga falta ondeando al aire, escogió un camino por la cornisa.

Absortos en su conversación, ni Antígona ni Felton vieron a la figura sombría que emergía del diagrama tras ellos. Se mantuvo muy quieta y los observó desde la sombra del ascensor de servicio.

–Preferiría que no hiciera el tonto en la cornisa –la llamó Felton.

–No me dirá que le dan miedo las alturas, ¿verdad, señor Felton?

Felton puso los ojos en blanco.

–No. Pero revelar mi posición y exponerme al fuego de los francotiradores, sí.

Ella se detuvo y miró a su alrededor. Escudriñó el firmamento, las calles que se extendían por debajo de ella, las ventanas de los edificios contiguos.

–Bien visto –regresó al centro de la plataforma.

Doblaron un recodo y de repente se vieron libres del azote del viento.

–Eso está mejor. ¿Empezamos?

–¿Qué hay que hacer? –contestó él.

–Bueno, puede usted empezar limpiando un sitio para que podemos sentarnos. Un círculo será suficiente.

Felton apartó los pedazos de escombros más grandes y luego limpió los cristales con el pie.

–¿Vale así?

–Excelente. Siéntese –dijo. Felton apoyó la espalda contra la pared, con las piernas cruzadas delante de sí. Ella se sentó frente a él, en una insólita postura marcial: apoyada sobre la pierna derecha y con la izquierda doblada delante y la rodilla apretada contra el pecho–.

¿Está preparado?

Él asintió y como respuesta, ella sacó dos objetos de sus bolsillos. Uno de ellos resplandeció bajo la luz de la luna.

–¿Alguna vez ha afilado una de éstas? –preguntó, mientras abría una navaja de hoja recta y aspecto ominoso.

–Se me dan bien los cuchillos –dijo–. Déjeme probar –cogió el arma cuidadosamente, con respeto. Y sólo entonces alargó la mano hacia el afilador de cuero. Comenzó a pasar la hoja de arriba abajo, con movimientos seguros.

La gran navaja era muy vieja y estaba desafilada. La hoja estaba cubierta de herrumbre. No le hubiera venido mal una buena amoladora y un afilado profesional, pero Felton hizo lo que pudo. La hoja estaba caliente al tacto. A pesar de sus defectos, era una buena arma. Tenía algo, el peso de una historia. Era evidente que no había pasado toda

su existencia dedicada a recortar bigotes.

Al cabo de unos pocos minutos de tarea diligente, levantó la hoja a la luz y la examinó con ojo crítico. Asintió una vez, satisfecho.

–No está perfecta, pero bastará para un afeitado en las trincheras.

Ella lo examinó con el mismo interés que él había demostrado anteriormente por la antigua navaja.

–¿Alguna vez se ha afeitado en una trinchera, señor Felton?

–Las trincheras son de antes de mi época –sacudió la cabeza–. Pero siempre es igual. Acurrucado en un agujero abierto por la artillería, en un túnel, en una fosa. Sólo que ahora no se ven antiguallas como ésta. Ahora, si consigues una navaja Bic, de plástico desechable, te puedes dar con un canto en los dientes.

–Una navaja de plástico. ¿Y se puede uno cortar con una navaja de plástico? El brazo, por favor –le tendió la mano con aire expectante. Él obedeció sin rechistar. Su muñeca derecha se posó sobre la palma de Antígona.

–Las muñecas no, si es eso en lo que está pensando –dijo–. Puede que eso fuese también lo que ellos estuvieran pensando. Los intendentes militares, digo. Siga hablando para que no lo vea venir, ¿de acuerdo?

Ella sonrió.

–Muy bien, escúcheme con mucho cuidado entonces, señor Felton –con cada palabra, le acercaba un poco más la navaja al brazo. Muy lentamente. El brusco dolor, frío y caliente a la vez, hizo que se encogiera, pero no cerró los ojos. Lo estaba abriendo profundamente, siguiendo la línea de la vena azul desde el codo hasta la muñeca–. Esto va a dolerle un poco. Trate de no gritar, por favor. No queremos llamar la atención. Lo está haciendo muy bien.

Un áspero sonido parecido a un ladrido escapó de la garganta de Felton. Puede que fuese una carcajada.

–Perfecto –dijo ella–. Es posible que se sienta un poco mareado. Es perfectamente normal. Quiero que se concentre en el sonido de mi voz. ¿Me entiende? Percibirá una oscuridad en la periferia de su campo de visión. Puede que oiga también algún sonido, como un tren en la distancia o el batir de unas alas. Pero quiero que lo

ignore y se concentre en mi voz –las pupilas de Felton se dilataron y sus ojos empezaron a moverse velozmente de lado a lado–. ¡He dicho que se concentre, señor! No vamos a perder a nadie bajo mi supervisión. Y ahora, míreme. ¡Míreme! Se pondrá bien. No es más que una conmoción. ¿Sabe algo sobre conmociones, soldado?

–Mantas –murmuró él–. Pies en alto.

–Exacto. Sólo que ahora mismo no tenemos tiempo para eso, así que tendremos que hacer las cosas deprisa. ¿Está preparado? Tiene que estar preparado. Ahora, escúcheme. Voy a contar hasta tres. Cuando lo haga, quiero que se mire el brazo, ¿comprende? Bien. Vamos allá. Uno, dos, tres.

Como si actuase por propia voluntad, la cabeza de Felton se inclinó hacia delante. Miró su brazo desnudo, aún sujeto por las fuertes manos de ella. La suave zona interior de su antebrazo estaba intacta, sin señal de corte alguno.

–No... no lo entiendo.

–No es necesario que lo entienda. Me pidió una solución que lo ayudara a encontrar al responsable del atentado. Una solución taumatúrgica –cerró la navaja con una mano y la colocó entre los dos–. Ahora no quiere echarse atrás, ¿verdad que no?

–No –dijo él–. Continúe.

–Muy bien. ¿Está cómodo ahora?

–Sí, estoy perfectamente. Continúe.

Mientras pronunciaba estas palabras, sintió un agudo dolor que recorría como fuego su antebrazo entero. Bajó la mirada y vio que la sangre empezaba a brotar de su piel y resbalaba por su brazo.

Trató de apartarlo, pero ella se mantuvo firme. Se le acercó y le apretó la muñeca con más fuerza.

–¿Colocó usted esa bomba? –inquirió.

–No, ya se lo he dicho. ¡Me tendieron una trampa!

–¿Entonces por qué estaba aquí?

–Para matar a Emmet. ¿Por qué tenemos que pasar otra vez por esto? ¿Es que hay alguien aquí? ¿Escuchándonos? –hizo ademán de ir a levantarse. Ella no lo dejó ir. Se miró de nuevo el brazo. De nuevo nada.

–¿Cómo iba a matar a Emmet?

–Iba a dispararlo cuando entrara o saliera del edificio. Me daba igual. Tenía un mecanismo que me permitía saber cuándo abría la puerta. ¿A qué viene ahora este tercer grado?

–Señor Felton, ¿quién le encargó esta misión?

–Pensé que era mejor que no supiera usted la respuesta a esa pregunta –replicó.

–¿Qué estaba escrito en el hueso que sacó usted de la bolsa de la Voz de los Huesos?

Al escuchar aquello su compostura, ya temblorosa, amenazó con desplomarse por completo.

–¿Cómo demonios...? –empezó a decir y entonces, con visible esfuerzo, se obligó a calmarse–. ¿Cómo demonios se supone que voy a responder a esa pregunta? – se recobró–. ¿Qué es una boca de huesos?

–He dicho "Voz de los Huesos", señor Felton. No es necesario que se haga el sorprendido. Sabemos bastantes cosas sobre su pequeño aquelarre. Sobre el rito de Sacar al Dragón. No podré ayudarlo si se niega a responder a mis preguntas. Y ahora, le he preguntado lo que estaba escrito en el hueso.

–Aunque supiera de qué me está hablando, no entiendo que diferencia podría suponer para usted el...

–¡Dígame! –le gritó a la cara.

–Un dragón –respondió. Las palabras habían acudido a sus labios antes de que pudiera tragárselas–. Un dragón blanco.

No sabía cómo había logrado obligarlo a hablar en contra de su voluntad. No tenía tiempo de evaluar objetivamente lo que le estaba ocurriendo. Ni tampoco tenía la oportunidad de congratularse por aquel sencillo acto de desafío. Era mérito de sus muchos años de entrenamiento el que la mentira hubiera llegado instintivamente a sus labios una fracción de segundo antes que la verdad.

Pero la verdad se ahogó bajo un aullido de agonía animal. En cuanto la mentira salió de su boca, empezó a brotar sangre de la herida, que se había abierto de repente y se hubiera dicho que por propia voluntad, en su antebrazo. El cruel corte se extendía del codo a la muñeca.

–Eso ha sido una estupidez, señor Felton. Hay magia de sangre

en acción, ya se lo he dicho. Magia antigua y poderosa. Mire esta navaja, por ejemplo. ¿Puede sentir el poder que contiene? Corta la carne, pero la sangre no se derrama en ese momento. ¿Cómo puede ser? Vamos, lo intentaremos otra vez. ¿Qué había en el hueso?

–Viento del sur, maldita sea –dijo con voz cascada–. Y ahora suélteme. Deje que me cure la herida antes de que me desangre hasta morir.

–No será necesario. Ya lo ha hecho. La verdad posee asombrosos poderes curativos. Se la recomiendo encarecidamente. Y ahora, ¿por qué mintió y dijo que había sacado el dragón?

Felton bajó la mirada y vio que lo que ella había dicho era cierto. Ya se veía cómo se formaban las costras y la carne rosada volvía a cerrarse.

–Esto no me gusta. No me gusta nada –masculló para sí.

Antígona tuvo miedo de que estuviera a punto de desmayarse.

–¿Por qué? –lo instó.

–No lo sé. Yo... –sintió una cuchillada de dolor y profirió una imprecación–. Déme un segundo para pensar, ¿quiere?

Ella se encogió de hombros a modo de disculpa.

–Ya no está en mi mano, señor Felton.

Esta afirmación no lo tranquilizó en absoluto.

–¡De acuerdo! Mentí porque... es un poco difícil de explicar...

–Mintió porque él lo engañó, lo despreció. Lo llamó "héroe". Le dijo que tenía miedo.

–No. O sea, sí que dijo todas esas cosas pero no fue por eso. Jesús, no sé por quién me toma si cree que me dejaría engañar de esa manera –Felton se interrumpió, con aire inseguro y guardó silencio.

–Pero alguien lo engañó –dijo Antígona con voz apagada–. Me dijo que alguien le había tendido una trampa.

–Pero él no podía saberlo. Que mentiría, quiero decir. Nadie había hecho nunca algo así. Que yo sepa, al menos. ¿O sí? –terminó. Parecía un poco acongojado.

–Maldita sea, Felton, cuando mete la pata, la mete usted hasta el fondo. ¡Por supuesto que el maldito sorteo puede amañarse! ¿Cómo si no podría la Voz de los Huesos prometer...?

–¿Prometer el qué? –saltó Felton.

Antígona sacudió la cabeza.

–No importa. Eso carece de importancia ahora. Me estaba usted diciendo por qué mintió.

–Tiene usted una mente de un solo sentido señora. Y me da en la nariz que el tren no va en mi dirección. Mire, hasta ahora he participado en el juego porque me dijo que me ayudaría. Pero hasta ahora, lo único que ha hecho es hacer demandas y acusaciones. Pues no tengo por qué explicarme, ni con usted ni con nadie. Mis razones sólo me conciernen a mí y, además, de todos modos no creo que las entendiera.

–Inténtelo –le dijo.

Felton la observó durante un largo momento, como si quiera asegurarse de que estaba contestando porque quería y no en respuesta al tono imperativo de la voz de la mujer.

–Debo de ser un idiota por contestar siquiera. Mire, no lo entenderá. No ha estado tanto tiempo en el campo de batalla como yo. Luchando por una causa. Noche tras noche. Es lo único que conozco. Y, maldita sea, se me da bien. A todos se nos tiene que dar algo bien, ¿no? Bueno, pues lo mío es eso. Cazar a los Sabbat. Averiguo dónde cazan, dónde se reúnen, donde se esconden cuando llega el amanecer.

»Si tengo un tiro claro, me cargo a uno o dos de ellos. Y entonces los marco, para que los demás sepan quién ha sido y se asusten. La siguiente noche lo pasan mal y eso nos proporciona una pequeña ventaja. No es ninguna perversión ni nada parecido. Sólo un pequeño trofeo. Ni siquiera me los guardo. Los tiro a la alcantarilla o lo que tenga mas cerca. Pero, maldita sea, las operaciones contra el Sabbat eran algo que se me daba bien. Y era lo único que sabía hacer. Y, joder, es duro dejarlo todo y volver a ser un don nadie. No pienso volver a ser un don nadie.

Su mirada era fiera e implorante a un tiempo. Antígona asintió.

–Creo que puedo entender ese sentimiento, señor Felton. Si le sirve de algo, yo lo creo. Ha pasado usted la Prueba de la Navaja. A decir verdad, yo casi esperaba que fallara. Hubiera hecho las cosas mucho más sencillas.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Felton. En aquel instante supo con toda certeza que, de haber sido las cosas diferentes, ello lo hubiera matado sin el menor remordimiento. O hubiera permitido que se desangrara hasta morir, lo que en la práctica era la misma cosa.

–¿Y ya está? ¿Ahora sabe que me tendieron una trampa? ¿La navaja se lo ha dicho?

–No, señor Felton. Me lo ha dicho usted. Hay poder en la hoja, desde luego. Un poder antiguo, un poder de nombres. El suyo lo heredó de un monje franciscano del siglo catorce, Guillermo de Occam. ¿Conoce usted el principio de la Navaja de Occam?

Felton exhaló un suspiro exagerado, al recordar la montaña de libros que había dejado sobre su mesa, en la capilla.

–Sí, creo recordar algo de eso. Algo como que si hay dos teorías que explican el mismo hecho, la más sencilla es la mejor. Pero pensé que sólo era una prueba teórica, apropiada para filósofos y oradores, no una navaja de verdad.

–Las ideas pueden ser dotadas de forma física, señor Felton. Pero el precio es elevado y los resultados no son siempre satisfactorios. La navaja no es más que un ideal actualizado, forjado para separar la verdad de la mentira. Estoy impresionada. No imaginaba que además de soldado fuera un erudito.

–Vaya, nadie me había llamado eso nunca... O al menos no lo había ahecho y había seguido con vida. Pero el mérito no me corresponde a mí, me temo. El Hermano Anselmo ha sido muy exhaustivo. La Navaja de Occam, el *De Veritatis* de Tomás de Aquino, la Linterna de Diógenes. ¿Es su lista de lecturas habitual para los condenados?

–Usted no era un condenado, señor Felton. Estaba esperando a ser juzgado. Y a un hombre que espera su juicio no puede hacerle daño la verdad, lo fortifica. Pero la ordalía ha quedado atrás y ha emergido usted del fuego relativamente ileso. Debo acordarme de felicitar al Hermano Anselmo por su excelente elección de lecturas.

–No estoy seguro de que deba alentarle. El muchacho tiene ya ambiciones de tirano académico.

Antígona sonrió.

–Me temo que la cosa va más allá de la ambición. El "muchacho", como usted lo llama, tiene más de cien años. Lleva más tiempo en la capilla que yo.

–Cien años. Y ha llegado a ayudante de niñera –Felton sacudió la cabeza–. Vaya, me alegro de no haber sido Abrazado por el clan Tremere. Menuda pesadilla aburrida y burocrática. No se ofenda. Lo que ocurre es que pasar décadas sentado esperando a que llegue mi turno de ser ayudante juvenil de nadie (de segunda clase) no me parece especialmente interesante.

Ella lo observó durante algún tiempo antes de contestar.

–Así que se une a un grupo como el Conventículo. Se pone en peligro por ellos, ¿y para qué? Al cabo de una década, o dos o diez, ¿qué consigue? No, ya sé lo que consigue. Que lo maten, nada más. ¿Sabe de alguien que lleve en la brecha más que usted, Felton? ¿Más de una década?

Él sacudió la cabeza.

–Puede que el viejo Charlie lleve una década, más o menos. Pero yo estaba antes. Mierda, no creo que haya nadie allí que lleve más tiempo que yo.

–Y ahora es el que manda, ¿no? Es usted la Voz de los Huesos, el jefe. El que les dice a todos dónde ir y qué hacer. Como todos esos ayudantes juveniles de nadie (de segunda clase) que recorren cada noche las calles para ser acibillados, ¿no?

–Váyase al infierno. Soy bueno en lo mío. Y es lo que quiero. ¿Cree que me gustaría todo el trabajo administrativo que requiere dirigir una unidad? ¿U oficiar todas las estúpidas ceremonias, bailando de un lado a otro con una especie de máscara de Halloween y una capucha? No, gracias.

–No, no me lo imagino haciendo eso. Y si todos se reunieron y lo obligaran a ser el jefe, ¿sabe lo que descubriría? Que, en realidad, la Voz de los Huesos no era el tío que daba las órdenes. Que había un nivel superior en la organización, alguien que supervisaba una serie de células individuales. Y que aún seguía usted recibiendo órdenes. Que había logrado encaramarse a la posición de ayudante juvenil de nadie (de primera clase). Al menos con los Tremere uno sabe dónde se mete. Novicios, regentes, señores, pontífices, consejeros. Una cadena

de mando clara. Uno siempre sabe dónde está, aunque el lugar concreto no lo haga demasiado feliz.

–¿A cuántas personas conoce que haya logrado llegar a regente? –preguntó Felton.

–A una –replicó ella con voz templada.

–¿Una en cuánto, veinte años? Si no estoy equivocado, debe de tener al menos veinte años de servicio a sus espaldas. ¿Cuántas veces la han ascendido? A usted personalmente, quiero decir.

No se molestó en corregir sus cálculos.

–Soy la jefa de seguridad en funciones de la capilla –replicó con frialdad.

–Muy bien, ahora no se me ofenda. Sólo estoy tratando de demostrar una cosa. ¿Qué significa exactamente "jefa de seguridad en funciones"? ¿Es como un regente? ¿Está más cerca de los que dan las órdenes? No veo que lleve los galones... esos colores aquí, aquí o aquí, los que me dijo que buscara –señaló el cuello, las mangas y la cintura de su túnica–. ¿Significa eso que los ha superado a todos? ¿O que "jefa de seguridad en funciones" no significa nada en realidad? ¿Que ni se han molestado en ascenderla después de veinte años de servicio?

–El rango no es sólo cuestión de antigüedad –replicó ella. No estaba complacida con el sonido vacío de las respuestas acartonadas que salían de sus labios. Le habían dicho estas palabras muchas otras veces y siempre en circunstancias desagradables–. Existen otras... consideraciones.

–Sí, siempre es así –dijo–. Mire, lo único que digo es que no somos tan diferentes. Nosotros somos los caballos de tiro, la gente que hace que la maquinaria funcione y de la que ella se alimenta. La verdad es que no importa mucho quién da las órdenes. Los jefes son siempre intercambiables. Regente, príncipe, Voz de los Huesos, no importa a quién sirves, a quién estás vinculado. Desde nuestra perspectiva, todo es igual. Demonios, ni siquiera creo que me diera cuenta si alguien apretara un botón y pusiera al príncipe al mando de la capilla, a la Voz de los Huesos al mando de la ciudad y al regente al mando del Conventículo. Seguiría teniendo que levantarme y hacer lo mismo cada noche. Es lo único que sé.

La mirada de Antígona parecía distante y las palabras no parecían calar en su interior.

–Creo que es hora de regresar, señor Felton. En las actuales circunstancias, no veo razón alguna para que la capilla le niegue su protección. Puede volver a solicitar el derecho de asilo y será como si nunca hubiera salido.

–Gracias –dijo él mientras se daba cuenta de lo poco que le había faltado para ser abandonado allí, junto al precipicio azotado por el viento. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que Antígona cruzara el portal para regresar y lo cerrara tras de sí. Tuvo una visión momentánea de aquel exilio. Quizá hubiera podido esconderse de los mortales rayos del sol en el hueco del ascensor destruido. Puede que hubiese logrado sobrevivir varios días y noches hasta que el hambre se hubiera vuelto insoportable. Entonces, cuando la Bestia voraz se hubiese hecho con el control, no había manera de saber qué medidas desesperadas (y posiblemente suicidas) se hubiera visto obligado a tomar.

Rodearon el edificio en silencio hasta llegar de nuevo al portal. Felton la miró con nerviosismo.

–Pase usted primero –le dijo ella–. Esta vez bastará con que dé un simple paso. Yo iré enseguida. Hay cosas de las que debo ocuparme –al ver que le lanzaba una mirada inquisitiva, añadió–. Debo limpiar todo rastro de nuestra presencia.

Eso pareció satisfacerlo pero siguió sin entrar en el círculo.

–Querría saber ahora las malas noticias –le dijo–. Antes me dijo que ya sabía quién me había tendido la trampa.

–Así es. Usted mismo me lo dijo. Sólo necesitaba verificar que me estaba contando la verdad. Sobre los detalles de la misión y cómo se vio involucrado en ella. La Navaja de Occam ha corroborado su historia. Ha sido absuelto de todos los cargos, al menos a mis ojos. Puede que el príncipe y las autoridades mortales no resulten tan sencillas de convencer.

–Entonces ¿quién puso la bomba? ¿Quién me tendió la trampa?

–Nadie, señor Felton. O, para ser más precisos, usted mismo. Lo ha admitido. Ese dragón no estaba destinado a usted. Nadie podía saber que, de forma caprichosa y deliberada, amañaría el rito y

reclamaría la misión para sí.

–Pero... pero eso no me sirve. Le tendieron una trampa a *alguien*, de eso estoy seguro. No va a convencerme tan fácilmente. Yo estaba allí. Reconozco una encerrona cuando me meto en ella.

–¿Es que lo hace a menudo? No, no importa. Muy bien, digamos que fue una encerrona. Digamos que estaba previsto que *alguien* sacara ese dragón. Puede que no importara el quién, mientras hubiera alguien en el lugar cuando explotara la bomba. Para cargar con las culpas y distraer la atención. Para que así el verdadero responsable pudiera esconderse. En su opinión profesional, señor Felton, ¿cuadra este escenario con sus impresiones sobre el ritual y sobre la escena del crimen?

–Gracias, señora Baines, resulta tranquilizador saber que he trabajado tan duro sólo para acabar convertido en un "experto" en traiciones y escenas del crimen. Todo el asunto podría haber sido preparado para que uno de nosotros... me refiero a los miembros del Conventículo, cargara con las culpas.

–¿Puede recordar con exactitud quién propuso la idea de la misión?

–Sabe usted mucho sobre nosotros, ¿no? No podría señalar a nadie en concreto. Pero no tiene demasiada importancia. El que propone una misión no tiene manera de saber si la misión se llevará a cabo. El único que podría tener influencia en este asunto sería la persona que escribe el informe.

–Eso ya lo hemos comprobado –se apresuró Antígona a replicar. Prefería que se preguntara qué clase de signaturas taumatúrgicas era capaz de distinguir y rastrear hasta su fuente con sólo examinar detenidamente una carpeta. No creía que fuera necesario mencionar que era ella la que había redactado aquel dossier–. No encontraremos nada allí. Y está también la cuestión de la coordinación. La persona que redactó el informe no tendría control alguno sobre el momento preciso en el que la misión se llevaría a cabo. Eso dependería de la fecha de la reunión y del momento en que el hombre saliera de la sala.

–No tiene caso –dijo Felton–. Hay demasiadas preguntas y nadie para responderlas. Por mucho que piense que es una

insensatez, puede que haya llegado el momento de volver a ver a mis viejos amigos.

–Puede que tenga razón. Pero no debe ir solo. ¿Hay alguien ahí fuera en quien podamos confiar?

–¿Podamos? ¿Quién ha dicho nada sobre "nosotros"?

–demandó Felton–. Si me ven llegar con una desconocida, se acabó. No llegaremos más lejos que a la parte privada de la puerta de entrada. Donde no habrá demasiados testigos presenciales.

–Dudo que mi presencia provocara el tumulto que está sugiriendo. Pero iremos por separado para estar seguros. Ya estaré allí cuando usted llegue, por si hay problemas.

Felton sacudió la cabeza.

–Charlie –dijo–. Maldita sea, ¿es que no hay nada en este asunto que usted no sepa? Él es el único con el que he hablado desde que... desde que las cosas se salieron de madre. Me dio su número de teléfono por si necesitaba ayuda para salir corriendo.

Rió.

–Sí, Charlie. Conviene que hablemos con él. Siempre que usted crea que es de fiar. A estas alturas, cualquier ayuda será bienvenida.

–Si a usted le da igual –dijo Felton–, yo preferiría dejar a Charlie fuera del asunto. No es que no se pueda confiar en él ni nada por el estilo. Es sólo que... vaya, ahora le están yendo bien las cosas. Para variar. Tiene una casa y un pequeño negocio y hasta una familia... o algo parecido. No necesita mezclarse en un asunto como éste. Más de lo que ya está. No quiero que lo eche todo por la borda por mi culpa.

Ella lo miró con curiosidad pero no dijo nada.

»Bueno, supongo que eso es todo, entonces. La veré en la vieja cárcel –se volvió hacia el círculo y aspiró profundamente–. Ahí vamos. Y, señora Baines... gracias.

–No, gracias a usted, señor Felton. Trate de descansar un poco.

Felton respondió musitando algo que sonaba vagamente como "¡Jerónimo!" y saltó con los dos pies dentro del círculo.

Antígona recorría metódicamente el circuito del mirador. Sus pasos discurrían muy próximos al borde del abismo. Abandonó esta precaria ruta sólo en una ocasión, para sortear un montón de escombros, los restos de un telescopio de cobre. La altura y la proximidad de la desnuda y mortal cornisa la tranquilizaban. Era una forma de peligro reconfortante, familiar. Muy preferible a los inciertos peligros que la esperaban.

La sensación le recordó a sus excursiones juveniles al prohibido mirador de la viuda de su casa de Scoville. Era una especie de porche estrecho que discurría a lo largo de la fachada orientada al mar. Sólo podía accederse a él por una puerta francesa que había en el dormitorio principal del último piso. Muchas de las casas antiguas de la costa conservaban aquellos promontorios mórbidos. Era un lugar en el que la señora de la casa podía salir al anochecer para mirar el mar... y preguntarse si aquél sería el día en que el mar le devolvería a su marido.

Hasta donde Antígona podía recordar, el mirador de la viuda había sido siempre dominio exclusivo de su madre. Era un privilegio que le había costado mucho ganar y que protegía celosamente. Lo ostentaba como una insignia de honor: la marca de una mujer obligada a soportar la indignidad de compartir a su hombre con la inconstante y caprichosa mar.

Por supuesto, había razones más que de sobra para prohibir a una niña pequeña que frecuentara un lugar así. Razones que su madre y ella conocían demasiado bien. Su madre se había visto obligada a habituarse a dejar las puertas cerradas para prevenir más desgracias. Perder un marido había estado a punto de destruirla (o la había destruido por entero, a excepción de una pequeña parte); perder una de sus hijas en ese momento hubiera podido acabar el trabajo.

Antígona podía aún recordar la excitación que había sentido la primera vez que había sacado la llave del neceser. No debía de tener más de seis o siete años. Recordaba cómo había luchado con la

cerradura, con la certeza de que iban a oírla. Madre había ido al pueblo pero si Electra descubría que Antígona estaba allí...

Con un crujido delicioso, la llave giró. Antígona abrió la puerta y se asomó con cautela, como si el peligro de ser descubierta se encontrara al otro lado y no a éste. Sintióse tonta y torpe y expuesta, se acercó al mirador.

Una brisa húmeda soplaba desde el mar. Le cogió un mechón descarriado de cabello y se lo pegó a la comisura de los labios. Ella se lo quitó de la boca mientras imaginaba que podía sentir el sabor de la sal y los peces en el aire. Dio un respingo al oír el sonido de sus propios pasos sobre los toscos tablones. Cerró los ojos y musitó un verso que, según se decía, protegía contra miradas indiscretas. Y entonces avanzó resueltamente y se agarró a la barandilla con las dos manos. Se asomó entre los barrotes y el océano, como si fuera consciente de que lo estaban observando, hinchó el pecho y se irguió hasta llenar toda su vista.

Lo cubría todo. Antígona se sintió como si la vastedad de aquel mar la estuviera engullendo y se estuviera perdiendo en ella. Su cabello se hinchaba entre las olas, como si estuviera hecho de algas, se extendía en dirección al esquivo horizonte pero siempre demasiado corto. No tenía sensación de pánico o impotencia, como le hubiera ocurrido de haber constatado que estaba ahogándose o cayendo.

Más bien fue como si en realidad hubiera dos masas de agua (siempre habían sido dos, comprendió con repentina intensidad). Una de ellas era un mar vasto, poderoso, completo, que se extendía por el mundo entero. La otra era pequeña, estaba confusa y sola... toda ella hubiera cabido en un pequeño frasco de barro a la deriva. Desde su posición de confinamiento, Antígona nunca hubiera podido sospechar la existencia, y mucho menos la proximidad, de aquella vasta contrapartida. No hasta que este azar hizo añicos el frasco de barro y la derramó en los brazos del océano. Las dos aguas se mezclaron y fue imposible distinguirlas.

Antígona no supo, ni podría más tarde discernir, cuánto tiempo vagó allí, inmensa, fuerte y completa al fin. Extendida por el mundo entero. Fue un pequeño y delicado sonido el que la hizo volver en sí, volver a los confines del frasco de barro de su cuerpo de niña de seis

años. Una nota discordante.

Embargada por una sensación de pérdida y traición, se volvió con rabia hacia la fuente del sonido. Allí, en la misma esquina en la que el mirador de la viuda se unía a la casa, encajada entre la pared y el primer barroto de la barandilla, había una desordenada maraña marrón. Un nido de pájaro.

Su sola visión la sobresaltó. Sus pasos se tornaron más cautos, más sigilosos. Se arrastró hacia allí y se inclinó sobre él. Tres huevos de petirrojo azul. Uno de ellos estaba ya agrietado y abierto por la mitad. Otro estaba, en aquel mismo momento, en medio del proceso de expulsar su contenido. Se veía el romo pico cubierto de mucosa que golpeaba las paredes del huevo, se estremecía y volvía a golpear.

El débil e incesante gorjeo que la había distraído provenía de la cría que ya había conseguido liberarse. Sus ojos seguían cerrados. No podía verla y no se volvió hacia ella expectante, en busca de comida o consuelo.

Hizo acopio de valor y se acercó aún más al nido. Lo acarició con la punta del zapato. Cuidadosa, parsimoniosamente, movió adelante y atrás la punta de ese zapato. Con cada movimiento, se iba introduciendo un poco más por debajo del nido. El huevo que había dentro rodó hacia un lado y los esfuerzos de su ocupante quedaron ocultos. Eso le proporcionó cierto alivio.

No hizo falta tanto tiempo como uno pudiera haber supuesto –en realidad apenas unos momentos– para que el pie estuviera metido del todo bajo la maraña de ramitas. Otro empujoncito y la cosa entera se ladeó y quedó suspendida en precario equilibrio sobre el borde del mirador, antes de rendirse a lo inevitable, a la larga caída hasta el patio delantero.

Antígona no se asomó para verlo. Ni siquiera estiró el cuello para escuchar el crujido de las ramitas rotas. Estaba demasiado ocupada dándole patadas a los últimos y tenaces restos del nido que aún permanecían pegados a la esquina de la casa.

Satisfecha, regresó adentro sin volver a mirar al océano. Cerró con cuidado las puertas tras de sí y guardó de nuevo la llave en el neceser. Aquel mismo día, por la tarde, vio a Medea jugando en el salón con una cáscara de huevo cubierta de motas azules, rota.

* * *

Antígona empujó con la punta del pie el montón de escombros más cercanos y lo arrojó en una cascada al vacío. Momentos más tarde escuchó un golpeteo suave, parecido a la lluvia, sobre la plataforma de recogida que había debajo.

Por todas partes había cenizas ennegrecidas y hollín. Todo el esfuerzo del viento había sido incapaz de lograr algo tan sencillo como limpiar el mirador. Antígona se sentía consumida, gastada. Se había unido al Conventículo... ¿para qué? Para probarse a sí misma. Para estar en un lugar en el que sus habilidades y sus talentos importaran. ¿Qué esperanzas de mejora –o siquiera de ganarse el respeto de sus hermanos y hermanas– tenía entre los Tremere? Tras setenta años de esfuerzo, se había tornado dolorosamente obvio para todos cuantos la rodeaban que carecía de aptitudes para la magia. Medea podría haber sido una buena taumaturga, ¿pero ella? Era un caso perdido.

La misma existencia de la Pirámide era un acto de magia, un credo colérico arrojado al rostro de la diplomática sociedad de los Vástagos. Su mensaje era el mismo que el de la Gran Pirámide de Gizeh: *yo perduraré*.

Más allá de la vida, más allá de la muerte, *yo perduraré*. A pesar de todos los obstáculos y toda la oposición, *yo perduraré*. Nacida de la sangre ancestral; vertida durante la Más Oscura de las Edades; templada en los fuegos de la Inquisición; puesta a prueba en la forja de la corona de la Camarilla y en el baño de sangre que había obligado a arrodillarse a los clanes rebeldes, *yo perduraré*.

El diseño de la Gran Pirámide era un diagrama construido para transportar al faraón de esta vida a la siguiente. La Pirámide Tremere le había prometido a Antígona un tránsito semejante, facilitar su paso entre las vidas, el tentador truco de escapista al que no podía dejar de volver, una vez y otra vez.

Pero en vez de impulsarla hacia delante, la sagrada geometría de la tumba Tremere se había vuelto en su contra, había resultado ser un laberinto, una trampa. Privada de la esperanza de alcanzar otra

cosa que los rudimentos más sencillos de la taumaturgia, no podía aspirar a avanzar. Y desde luego nunca podría retroceder. A veces deseaba que la Pirámide la dejara ir, que la abandonara en el desierto de las calles de Nueva York. Para luchar por sí sola. Para buscar su propio camino.

Pero tal no era el camino de la Pirámide. Perduraba. Nunca cejaba. Nunca abandonaba a los suyos. Sus mismas fortalezas, no obstante, eran la debilidad de Antígona. Estaba atrapada, condenada a vagar por toda la eternidad por los desiertos salones de la Pirámide. A proteger sus secretos de los temerarios saqueadores de tumbas. A custodiar a los inquietos muertos que la rodeaban.

Sólo se le ocurría una cosa que pudiera liberarla de sus vínculos de servicio para con la Pirámide, de su juramento al Clan Tremere, de su séptima (acaso última) muerte.

El minotauro, al menos, había tenido a Teseo para aguardar. La llegada del héroe le había sido profetizada. No podían haberle ocultado una cosa así al impetuoso príncipe. Él Sabía que la redención era inminente, una redención cobrada en sangre. Puede que muchos años y el ancho de muchos mares se interpusieran aún entre ellos, pero habría una redención.

Antígona no tenía tal certeza. Si iba a dejar atrás su séptima vida, tendría que hacerlo a la antigua usanza. Ya había hecho el mismo truco muchas veces. Era una magia sencilla, nada de sangre ni cuchillos de obsidiana ni diagramas trazados con tiza ni velas encendidas. Sólo tendría que atravesar con paso resuelto la traicionera línea, la delgada frontera donde la muerte y los nombres se encontraban. Donde los dos se mezclaban, se disolvían y precipitaban para formar una cosa nueva.

Se inclinó sobre el abismo, apoyada sobre las puntas de los pies, tratando de encontrar el fulcro, el punto exacto de inflexión que mediaba entre la caída y el equilibrio. Allí.

Pendió allí, suspendida entre los mundos. Del todo ingrávida. Estaba en el centro, en lo esencial. Desde allí, algo tan sencillo como una ráfaga de viento bastaría para arrojarla al vacío y sobre el pavimento que la esperaba abajo.

Inhaló profundamente el frío aire de la noche y saboreó la

libertad no diluida que rezumaba. Uno tras otro, le rindió sus pensamientos y los liberó como pájaros delicados de aleteo fugaz. Los observó mientras, en procesión, remontaban el vuelo, picaban, se elevaban en espiral. Hacia el anonimato del viento de la noche.

Antígona se quedó sola, vacía de todo pensamiento, de todo deseo, de toda voluntad. Ya no una cosa viva sino más bien un espectador mudo, una extensión del parapeto. Una construcción hecha de aire oscuro y pura altitud.

Ahora ni siquiera el más fuerte de los vientos podía albergar esperanzas de derribarla. La brisa soplaba a su alrededor sin tan siquiera arrugarle la ropa. Hasta el tiempo parecía apartarse de ella, verterse sobre el borde del precipicio hambriento. Estirarse lejos de ella.

Nunca sabría con certeza qué fue exactamente lo que la trajo de vuelta de aquella extraña comunión con el equilibrio. Al principio creyó que había sido un rumor de cenizas y cristales en el suelo, levantado por el paso del viento. Luego se dio cuenta de que no se trataba de un movimiento externo. El viento había despertado algo en su interior. Y ese algo había dado un paso al frente para responder y había actuado.

Se había tomado una decisión, una decisión fundamental. Al reducirse a sí misma a lo esencial, Antígona se había despojado de todas las barreras de la confusión, el deseo y el engaño. Había elegido perdurar.

Pero si aquella decisión suponía una victoria, era en verdad muy poco duradera. Mientras volvía a ser consciente de sí misma, pareció decaer. Volvió a posarse sobre los talones, mientras su forma entera parecía menguar y se apartaba de la cornisa. Se colapsaba sobre sí misma. Sentía un extraño entumecimiento, como si estuviera sonámbula. De una forma vaga, empezó a ser consciente de una persistente, agolpada sensación de pérdida.

Con aire resignado, le dio la espalda a la ciudad que se extendía debajo de sí y se encaminó de regreso a casa. Cada paso la acercaba un poco más a lo que para ella se había convertido en lo mundano. La capilla, la Pirámide Tremere, la trampa de su existencia nocturna. Cruzó el umbral de la *diagramma* mística y sintió el primer e inquietante hormigueo de la aportación.

Ensimismada en sus propios pensamientos, Antígona no llegó a ver la forma oscura que se erguía cerca del hueco del ascensor. Una figura que parecía seguir todos sus movimientos con una extraña mezcla de curiosidad y preocupación.

_____ 25 _____
El fuego y la estaca

Antígona emergió del diagrama en el santuario del Maestro Ynnis. El mobiliario era escaso y funcional. Hasta cuando hacía una demostración frente a una clase de novicios, Ynnis tenía la costumbre de sentarse en el suelo, el lienzo tradicional para el arte de la aportación.

Los dos caballeros que se encontraban en la habitación cuando apareció no tenían aspecto de estudiantes. Estaban muy rígidos y parecían incómodos y fuera de lugar. Nunca los había visto hasta entonces. Ambos llevaban trajes caros de corte continental: uno de ellos a la última moda, el otro de finales de siglo. El siglo diecinueve.

El primero se adelantó un paso cuando ella llegó y la tomó del brazo.

—¿Señorita Baines? Me alegro de que esté aquí, me llamo Stephens. Éste es el señor Himes. Estamos aquí por un asunto oficial y su colaboración nos sería de gran ayuda. ¿Le importa si le hacemos algunas preguntas?

La condujo hacia la puerta, seguido un paso atrás por su compañero. Antígona clavó los pies en el suelo y trató de soltarse.

—¿Dónde está el Maestro Ynnis? —demandó—. ¿Dónde está el señor Fel...?

Stephens intercambió una mirada con Himes.

—El Maestro Ynnis se nos ha adelantado para ayudar a calmar a los novicios. El señor Fell ha regresado a su celda. Ha hecho usted algo muy arriesgado, señorita Baines. Un criminal tan peligroso como ése... Alguien podría haber salido herido. *Usted* podría haber salido

herida. ¿Es ésta una de las prácticas estándar de los equipos de seguridad? ¿Llevar a los fugitivos a la escena del crimen?

–Mire, no sé quién demonios es usted y no me gusta esto. No pienso tolerar que me cuestionen ni que me manipulen. Tiene treinta segundos para convencerme de que ordene al sistema de seguridad de la capilla que se vuelva contra ustedes.

Himes se aclaró la garganta.

–Ésa es precisamente una de las cosas que nos gustaría preguntarle..., em... señorita Baines. Vamos a necesitar sus códigos de seguridad. Éste es un buen momento, si a usted le parece bien.

Sonrió. Sus ojos no habían abandonado un solo instante la lustrosa puntera de sus zapatos. Parecía un poco avergonzado por todo el procedimiento.

Antígona miró a uno y luego a otro.

–No puede estar hablando en serio...

–Hablamos muy en serio, señorita Baines –Stephens volvió a acercársele. Estaba incómodamente próximo.

–Mire, será mejor que empecemos de nuevo. Pueden empezar diciéndome quiénes son y qué demonios están haciendo aquí. Y debo advertirle que no debe volver a cogerme por el brazo, señor Stephens. Ya he dejado mis intenciones lo suficientemente claras a este respecto y el sistema de seguridad defensivo considerará cualquier nueva demostración de familiaridad por su parte como un asalto. Está autorizado a utilizar la fuerza suficiente en estos casos.

–Puede que mi colega haya sido un poco brusco, señorita Baines –balbuceó Himes–. No creo que se haya explicado con claridad. Estamos aquí en misión oficial. Nos envía Viena.

Evidentemente, esta última afirmación había logrado su objetivo. Parecía como si a Antígona le hubiesen arrancado de repente el aire de los pulmones. Dio un paso atrás para recuperarse.

–No, eso es imposible –musitó con voz ausente–. ¿Son ustedes los Ast...?

–Somos agentes especiales –dijo Himes–. De la Casa Madre. Las noticias que hemos recibido últimamente resultan un poco... mmm... inquietantes. Confiábamos en que pudiera usted ayudarnos a aclarar los posibles malentendidos. Y su cooperación en este asunto

no... ¿cómo lo diría...? no pasará inadvertida –esbozó una sonrisa y le ofreció su brazo.

Antígona trató de pensar, pero lo único que acudía a sus pensamientos eran las historias de terror que había escuchado sobre la "liquidación" de Tel Aviv. Trató de imaginarse a aquel anciano titubeante y de apariencia insignificante purgando la capilla, blandiendo la estaca y el fuego. Era chocante, casi absurdo.

–No... no sé. No sé en qué puedo ayudarles, quiero decir. Sólo soy una novicia.

Sólo una novicia. Sus propias palabras le sabían amargas. Aquellos caballeros –aquellos *Astors*, se corrigió– sabían exactamente lo que era. Probablemente hasta supieran cuánto tiempo llevaba siéndolo. Casi sin darse cuenta, empezó a evaluar sus posibilidades. No le gustaron demasiado.

Himes la sonrió, una sonrisa nerviosa que trataba de parecer valiente, la que uno utilizaría para tratar de convencer a un suicida de que bajara de la cornisa.

–Está bien, señorita Baines. Son sólo unas pocas preguntas. Creo que podría ayudarnos mucho con sólo intentarlo. Y lo va a intentar, ¿verdad que sí?

Antígona sentía que la soga se tensaba a su alrededor. Su mirada pasaba nerviosamente de un hombre al otro.

–Por supuesto que sí –dijo Stephens, todo suave confianza. Desechó cualquier incertidumbre que pudiera restar con un ademán–. La señorita Baines es una chica inteligente. Sabe cómo cuidarse. Sí, señor, va a salir bien parada de este asunto. Lo único que tiene que hacer es comportarse con normalidad. Es una oficial de seguridad de la capilla. Ve cosas. Cuando detecta un problema, algo que se sale de lo ordinario, algo que la inquieta, informa sobre ello. Así es como se hacen las cosas aquí.

»No es verdad, ¿Antígona? ¿Me permite que la llame Antígona? Ella se apartó. Su propio nombre le daba escalofríos.

Tomando su silencio como consentimiento, el hombre continuó.

–Antígona, usted sabe lo que ha estado ocurriendo aquí. Asesinatos, atentados, crímenes de todas clases. Es una locura. Tiene que terminar. Y va a terminar. Estamos aquí para asegurarnos. Lo

único que le pido es su colaborador, ¿de acuerdo? ¿Dónde está el embajador?

Antígona respondió, con palabras que saltaron de sus labios por voluntad propia. Su voz sonó hueca y vacía.

–Muerto en las criptas. En el fondo del pozo.

–¿Lo ves? –dirigió una mirada triunfante a Himes–. Te dije que cumpliría con su deber. Es una de las más listas. Saldrá con bien de ésta. Y ahora, Antígona, dígame cómo murió.

Era como si se estuviera viendo a sí misma desde arriba. Su boca se movió en sincronía con los ademanes del titiritero.

–Cayó. Por un saliente. Es un sitio muy peligroso.

Stephens asintió a Himes antes de volverse a ella con una sonrisa triunfante.

–Lo está haciendo muy bien. Y ahora, dígame, ¿qué estaba haciendo el embajador en esas criptas?

Antígona quería gritarle al patético muñeco de ventrílocuo que con tanta destreza habían construido a su imagen y semejanza. Quería aplastarlo. Hacer que se detuviera.

–Eva, Sturbridge y él bajaron juntos. Y ahora está muerto. Y Eva está muerta. Y Sturbridge... –se interrumpió.

–¿Sí? ¿Qué ocurre con la regente Sturbridge? –preguntó el hombre.

–Me temo –contestó–. Me temo que no puede contenerlos. Fue una tontería tratar de tragárselos a todos. La pesadilla es más grande que ella. Mucho más grande. Ella debería haberlo sabido. No debería haber...

–Calma, calma, está bien –Stephens miró a Himes a los ojos y le hizo una seña sutil. Éste empezó a moverse hacia la casi histérica novicia mientras él seguía adelante con su monólogo calmante–. Sturbridge se pondrá bien. Podemos darle la ayuda que necesita. Sólo tenemos que encontrarla. ¿Sabes usted dónde está la Regente Sturbridge, Antígona?

Le puso una mano amigable sobre el hombro.

Y entonces se desató un infierno. Hubo un estallido agudo y por todo el diminuto santuario se extendió el inconfundible olor del ozono. Stephens retiró la mano con un aullido de dolor y se la llevó al pecho.

Antígona pudo ver que su manga aún humeaba allí donde el sistema de defensa automática lo había golpeado. Himes, sobresaltado por la explosión, se abalanzó sobre ella pero inmediatamente se contuvo para no sufrir un destino similar.

La fuerza del asalto rompió el extraño encantamiento con que las palabras de Stephens la habían apresado. Para bien o para mal, Antígona volvía a encontrarse al mando de su propio cuerpo. Su primer impulso fue el de huir. Aprovechando la momentánea confusión, saltó sobre la *diagramma hermética* y se esfumó por el umbral.

Antígona aterrizó pesadamente y salió despedida hacia el borde del tejado. Se detuvo en precario equilibrio al llegar a él, sacudiendo los brazos en el aire. Sintió un momento de pánico que no le era propio. Aparentemente, la misma parte de ella que había decidido un momento antes que iba a perdurar no estaba dispuesta a permitir que aquella decisión fuera cuestionada a la ligera.

Recuperó el equilibrio y se volvió, aún presa del pánico, para ver si la seguían. El círculo de cristales cuidadosamente dispuestos seguía vacío. Aún tenía tiempo.

Con un pie pisoteó el diagrama y borró una buena parte del dibujo. Eso debía de bastar para impedir que la siguieran.

Entonces se le ocurrió una idea bastante más perturbadora. Un perseguidor decidido no se dejaría desanimar por el simple hecho de que su medio de fuga hubiera sido destruido. Tenía razones para creer que a los Astores se les podía achacar cualquier cosa salvo falta de decisión. Si esta puerta se les cerraba, puede que abriesen otra.

Antígona se inclinó y, rápida y metódicamente, empezó a rehacer el delicado mosaico de cristal. Estaba reparando el daño que había hecho pero al mismo tiempo alteraba algún que otro de los glifos

de apoyo. Trabajaba de memoria, reconstruyendo un patrón que apenas había entrevisto durante un momento en las criptas situadas bajo la Capilla de los Cinco Distritos. Y que, no tenía más remedio que admitirlo, sólo comprendía de manera imperfecta. Un círculo de protección invertido.

Estaba aún inclinada sobre los fragmentos de cristal cuidadosamente dispuestos, tratando de recordar la conjugación correcta de la runa de protección contra los elementos, cuando apareció Stephens. Antígona alzó los brazos en un gesto defensivo y estuvo a punto de caer de espaldas.

La inercia arrastró a Stephens hacia delante y rebotó con fuerza contra el círculo de protección exterior. Sus rasgos se contorsionaron como si hubiera chocado con un panel de cristal invisible.

El hombre se irguió sobre ella, pronunciando palabras mudas, súplicas y amenazas, pero ningún sonido atravesó la barrera. Antígona cayó hacia atrás con todo su peso, con las manos extendidas para frenar el golpe. Pudo sentir cómo se le clavaban los crueles fragmentos de cristal en las palmas de las manos pero a pesar de ello fue incapaz de apartar la mirada de la demanda que se leía en los ojos del hombre. La mantenía allí, paralizada, retorciéndose, sobre cristales. No podía moverse ni hablar bajo el peso de sus expectativas.

—¡Bravo!

La voz, situada directamente tras ella, la sobresaltó y quebró el sortilegio. Se preparó para recibir un nuevo ataque desde una dirección inesperada. Con mucho cuidado, se limpió las manos en la túnica, provocando una llovizna de cristales. Con toda la dignidad que pudo reunir, se irguió y se volvió para enfrentarse a aquella nueva amenaza.

—¡Vos! —exclamó con voz acusadora—. ¿Cuánto tiempo lleváis...?

—Calma, pequeña —replicó Sturbridge mientras abandonaba la sombra del ascensor de servicio—. El suficiente. He visto el rito de la navaja antes, y ahora esto. Muy impresionante. Y bastante innovador.

Sturbridge rodeó el diagrama, seguida a cada paso por la mirada del prisionero. Lo ignoró deliberadamente.

—¿Puedo? —preguntó a Antígona.

Sin saber muy bien qué esperar, la novicia asintió. Sturbridge se inclinó y ordenó los glifos de apoyo, sin dejar de musitar entre dientes un solo momento. Antígona creyó oír lo que parecía un canto en una lengua áspera y gutural.

De repente, los diminutos destellos de la luz de la luna que se reflejaban en los cristales cobraron vida y empezaron a despedir un brillo cegador. Con la mirada entornada, Antígona vio que el semblante de Stephens se contraía en un aullido de dolor y frustración. Un instante más tarde, desapareció completamente.

Sonriendo, Sturbridge se volvió hacia Antígona. A despecho de sí misma, había preocupación en el rostro de la novicia.

—¿No estará...?

—No, está bien. Sólo lo he expulsado para que no pudiera hacer más daño durante algún tiempo. Este diagrama de confinamiento en particular no es del todo agradable. La Convención lo prohibió con muy buenas razones en el siglo quince. Por cierto, debo mencionar que ya estás oficialmente en la lista negra por haber utilizado un ritual de taumaturgia oscura totalmente *verboten*. Pero lo has hecho francamente bien, y en condiciones muy difíciles, debo añadir. Digno de elogio. Yo me inclinaría por la clemencia pero el caballero en cuestión está en su derecho de insistir en que todo el peso de la ley recaiga sobre ti. De acuerdo a la ley, deberías arder en la pira. ¿Era un amigo tuyo?

Antígona se quedó boquiabierta. Trató de protestar.

—¡Pero, Vuestra Regencia! Yo no sabía... yo no pretendía... Oh, Vuestra Regencia, ¡es uno de los Astores!

Sturbridge aceptó la afirmación sin descomponerse.

—Hm. Eso complica bastante las cosas. Esos Astores suelen ser bastante puntillosos por lo que a la ley se refiere. Supongo que no tendrá ninguna razón de peso para quererte con vida.

—Quería... quería hacerme un montón de preguntas. Sobre el embajador y sobre Eva y sobre vos. Y también querían mis códigos de seguridad.

Sturbridge parecía decepcionada.

—No es lo que más falta nos hace en este momento, me temo. Bueno, si van a condenarte por esto, al menos podemos asegurarnos

de que no lo hagan en secreto. Mañana por la noche pueden cerrar la capilla pero eso nos deja una noche para arreglar lo que podamos. Arrodíllate, por favor.

–¿Regencia?

Sin esperar a que la obedeciera, Sturbridge cerró los ojos y empezó a recitar en una lengua muerta. Su voz poseía el atisbo de reverberación que solía reservarse para la disertación o la poesía. Aturdida, Antígona se apresuró a arrodillarse frente a su superior, confiando en que no hubiera reparado en su vacilación. Sus facciones estaban compuestas, resignadas. Su cabeza se inclinó como lo haría frente al hacha del verdugo.

Sturbridge extendió una mano expectante, con la palma vuelta hacia lo alto. Haciendo acopio de valor, Antígona puso su mano sobre la de la regente y se preparó para el inevitable golpe. Sentía la firme presión del contacto de Sturbridge pero no había calidez alguna en ella. Su carne parecía la de un pez: áspera, fría, húmeda. Le recordó a la caricia de unos dedos hinchados y azulados en un sueño recurrente.

Antígona se prometió que no se apartaría. Un leve sollozo escapó entre sus labios al sentir cómo se abría la carne y al instante se fustigó por aquella demostración de debilidad frente a su regente. Los ojos le ardían de vergüenza y sintió el cálido flujo de la vitae que brotaba de su brazo, que resbalaba sobre la muñeca, que se escurría entre sus dedos formando largos y viscosos zarcillos. Mantuvo los ojos cerrados y reprimió un nuevo sollozo traicionero.

Sturbridge estaba hablando de nuevo, con la misma voz monótona y gutural, pero Antígona ya no podía distinguir las palabras, y mucho menos comprender su significado. Algo caliente y húmedo la golpeó en la mejilla y se apartó. Casi en contra de su voluntad, sus ojos se abrieron, justo a tiempo de ver cómo descendía sobre ella el siguiente golpe.

La mano abierta de Sturbridge volvió a descender. Esta vez el golpe cayó sobre la mejilla derecha de Antígona. Su propia sangre se esparció sobre su clavícula como una ola. Su cálida espuma se alzó y le empapó la mandíbula, como una imagen reflejada del golpe anterior.

Sin comprender, Antígona levantó la mirada hacia Sturbridge, como si lo que estuviera viendo no fuera su regente sino un macabro ángel vengador. Sin embargo, en los ojos de Sturbridge no se veía el menor rastro de malicia o justo castigo o implacable retribución. No había más que solemnidad y un extraño atisbo de orgullo.

Antígona no fue capaz de soportar la mirada de la regente. Confusa y aterrorizada, bajó los ojos. Su atención fue a posarse sobre los dos manchones rojos –pintados, comprendió, con su propia sangre robada– que tenía en la parte delantera de la túnica. Empezaban en sus hombros y se encontraban en un punto situado entre los pechos. Era un yugo de sangre.

Una lenta aprensión empezaba a desperezarse en el fondo de la mente de la novicia. La tenue certidumbre de haber visto aquellas manchas antes. El severo contraste entre la túnica negra y la brillante banda de vivo color en el cuello...

Sturbridge sonrió y extendió las dos manos para ayudarla a levantarse. Tomando a la novicia del antebrazo, lo llevó con delicadeza hasta sus labios y deslizó la lengua sobre la herida abierta, que se cerró al contacto de su ama.

–Normalmente, en este momento participarías de la Sangre de los Siete. Es un recuerdo de tu Juramento de Iniciación en esta noble orden, un rejuvenecimiento de aquel fiero idealismo primerizo. Es también una renovación de la promesa de devoción a la Pirámide, con la que sellas tu ascenso al Segundo Círculo del Noviciado. Habida cuenta de los acontecimientos que seguramente tendremos que afrontar mañana, una promesa así parecería algo fuera de lugar, casi falsa. Tendremos que improvisar.

Sturbridge se abrió la mueca con una uña.

–No... no comprendo –balbuceó Antígona.

Sturbridge sonrió.

–Si eres capaz de realizar un rito de inquisición y contener a un Astor... y en una sola noche ambas cosas, ya no eres una Novicia del Primer Círculo. Arreglaré el papeleo hoy mismo, cuando regrese a la capilla. Ya habrá tiempo. Lo que has hecho aquí esta noche formará parte del informe de nuestra gente, antes de cualquier informe que los Astores puedan presentar en tu contra.

La sangre fluía ahora con libertad. Sturbridge extendió el brazo.

–No te abandonaré, Antígona. Aunque la Pirámide entera se abatiera sobre ti.

Titubeando, Antígona cogió el brazo de la regente con las dos manos y se inclinó sobre él.

–No sé por qué estáis haciendo esto. Incluso ahora.

Especialmente ahora. Cuando todo parece pender de un hilo. No es necesario. No supondrá una diferencia para nadie. Un gesto vacío e inútil. Pero no para mí. Ocurra lo que ocurra, os doy las gracias. Estoy, como siempre, a vuestras órdenes, Regencia.

Bebió.

Sturbridge acarició con suavidad el cabello de Antígona, siguiendo el ritmo del fluir de la sangre. Prolongó el abrazo hasta que su consciencia no fue más que un aleteo fugaz.

–Mi niña –repetía con suavidad, una vez tras otra–. Mi preciosa niña pequeña.

Antígona se atragantó y tosió el chorro repentino de agua estancada y gélida. Se apartó, presa de un ataque de tos. Se dobló sobre sí misma.

Sturbridge volvió lentamente en sí. La sangre había dejado de fluir de su antebrazo. En su lugar, la herida rezumaba un agua negra y fría. La piel rosada que la rodeaba había adquirido un inconfundible tono azulado. Azorada, se cubrió el antebrazo con la manga de la túnica.

Pensó en Eva, en el embajador, en su propia hija pequeña. En todos los niños que habían sido arrojados al pozo antes que ellos.

–Es la hora –dijo en voz alta.

Antígona se volvió y dio un paso inseguro hacia ella.

–Regencia, yo...

–Lo sé, pequeña. Pero la noche se alarga y debes volar. Ya no es seguro para ti regresar a la capilla. Eres una peligrosa fugitiva. Una taumaturga oscura. ¿Lo comprendes?

Sonrió.

–Sí. Pero, ¿dónde voy a ir? –preguntó.

Sturbridge guardó silencio durante largo rato. Observaba a Antígona sin pestañear pero su mirada estaba llena de sombras. Ya

no veía a su novicia posada sobre la cornisa sino a otra. Inclineda sobre el Mirador de la Viuda. Tratando de arrancarle sus secretos a la ciudad que se extendía debajo de ella.

–Te esconderás. Con los Nosferatu, con Calebros. Les dirás que yo te envío y que deben mantenerte sana y salva a toda costa. Puedes decirles que lo hagan por el bien de los huesos que se esconden bajo la sangre de la regente. No te negarán asilo.

–Asilo –Antígona soltó una risotada nerviosa al pensar en su propio pájaro enjaulado. ¿Qué sería ahora de él? –. Comprendo. Marcharé al exilio y lo haré voluntariamente, Regencia, pero ¿qué será del señor Felton?

»No puedo dejarlo en manos de los Astores. Y tampoco puedo llevármelo conmigo...

–Una idea excepcional. Se esconderá contigo. Eso les dará a los Nosferatu algo para discutir. Les encantan las buenas discusiones. Estarán obligados a defender al asesino cuya sangre han estado buscando las últimas noches. Sí, será un dilema digno de ellos. No temas. Los Nosferatu conocen el valor de un acuerdo, de un favor, de una deuda impagada. Os mantendrán a los dos a salvo. Basta de discusiones, y nada de despedidas largas. Es mejor así. La sombra de la Pirámide es lo suficientemente larga... –empezó a recitar la fórmula de despedida y se interrumpió.

–Como para que más de uno se cobije debajo de ella –terminó Antígona, al tiempo que se deba cuenta de que, por vez primera en setenta años, no estaría protegida por la mole de la Pirámide.

–En este caso, muy por debajo de ella –Sturbridge sonrió–. Adiós, Antígona.

La novicia respondió con voz suave, vencida.

–Adiós, pues –se volvió lentamente y empezó a caminar. No tenía un destino concreto en mente pero sus pies buscaban de forma instintiva la senda que ofrecía menos resistencia. El lugar que les resultaba más confortable. El mismo borde del precipicio.

Parecía cobrar confianza con cada paso que daba. Ahora había un atisbo de propósito en sus medidos pasos, aunque su trayectoria seguía siendo la misma que antes, un camino sinuoso que discurría de forma metódica y silenciosa junto al borde del abismo.

El error del príncipe, pensó, era que había olvidado las plataformas de recogida. O puede que hubiera subestimado su alcance. No bastaba con saltar la cornisa, con dar un paso hacia los brazos del abismo. Estas cosas requerían un cierto valor, un cierto abandono.

Llegó a la esquina y vio las luces de Broadway, extendidas en todas direcciones, como las linternas de las cubiertas de los navíos amarrados a lo largo de un embarcadero. Parpadeaban, se balanceaban al unísono, impulsadas por unas olas invisibles. Había galerías sagradas allí abajo, ella lo sabía. Bolsas de aire acurrucadas justo debajo de los muelles, cámaras silenciosas definidas por filas de postes de madera que se hundían hasta el lecho del mar. Los recordaba bien. De noche, si uno se arrojaba a las aguas heladas entre las moles imponentes de los barcos de pesca varados, podía llegar hasta allí, salir a la superficie *por debajo* de los muelles, en la cámara sagrada jalonada de obeliscos de madera. Los pilares en los que se habían tallado los nombres y los signos de los fieles. Allí podía intercambiar secretos, o planes o besos de incógnito... en la oscuridad, tiritando y empapados.

Antígona se quitó la pesada túnica, demasiado tiempo el símbolo del noviciado, de su fracaso. La insignia sanguinolenta de su triunfo final sobre las fuerzas de la inercia seguía fresca sobre su pecho. La grosera y torpe segunda piel que había llevado aquellos setenta años se deslizó por su piel y cayó sobre el hormigón desgarrado. Permaneció inmóvil sobre el mismo borde del precipicio, desnuda y radiante bajo la luz de la luna. Inhaló profundamente el frío aire de la noche. Extendió los brazos como si quisiera atrapar la luz de la luna en la red de sus dedos alargados. Su cuerpo se estiró, tenso y hermoso. Engañosamente hermoso. En aquel sencillo e inconsciente gesto, desafiaba un siglo entero de recuerdos y responsabilidades.

Saltó, un destello momentáneo bajo la luz de la luna, como un pez que emergiese de las aguas y planease por un momento. En el cénit del arco, se dobló sobre sí misma en un gesto perfecto, se tocó los dedos de los pies con las manos y entonces se abrió repentinamente como una navaja. Y por fin sucumbió a la delicada voz de la tierra. Que la llamaba por su nombre, que la llamaba a su hogar.

Hubo una ráfaga de viento en sus oídos y su cabello se hinchó hacia fuera y hacia atrás. Se sumergió en él, batiendo con golpes poderosos, tratando de ganar la profundidad suficiente para poder llegar... poder llegar hasta el fondo de las quillas y emerger en el refugio rodeado de pilares que se extendía bajo los muelles, el santuario de la acuosa tumba.

* * *

Al pie del Empire State Building, David Foucault, noticias del Canal 11, escupió su café y estuvo a punto de atragantarse.

–¡Jesús! Mira eso... ¡Jack, coge la puta cámara! –se pasó la mano por la alargada y húmeda mancha de café que cubría toda su camisa. Se inclinó hacia atrás (como había hecho un momento antes, al tratar de sacarle una última gota a su vaso de café tibio) y estiro el cuello en dirección al mirador.

–¿Dónde? –preguntó Jack con cara de pocos amigos. Había sido víctima de los chistecillos de Foucault demasiadas veces.

David señaló el cielo con un dedo colérico. Había una pequeña pero inconfundible silueta recortada contra el disco de la luna.

–¡Hijo de puta! ¿Cómo ha llegado ese idiota hasta ahí? –Jack buscó la cámara a tientas. En un solo movimiento le quitó la tapa a la lente y metió la cinta. El zumbido del enfoque automático empezó a sonar aun antes de que se la hubiera colocado en el hombro.

–Que me aspen si lo sé. La escalera está enterrada entre escombros y ya has visto lo que queda del ascensor. ¿Lo estás grabando? –inquirió. Estaba mirando a su alrededor con evidente nerviosismo. La sorpresa del descubrimiento empezaba a dar paso a una leve aprensión. No era un hombre carente del todo de inteligencia y la cuestión inevitable del punto de impacto, junto a una comprensible preocupación por su seguridad estaban luchando por abrirse paso en su interior.

–Aún no tengo nada, maldita sea –gruñó Jack, al tiempo que miraba por el visor de la cámara y parpadeaba, deslumbrado por la luz de la luna–. ¿Lo ves?

–¡Oye! –el susurró de Foucault fue agudo, imperativo. Una

sorda ráfaga de aire cayó sobre ellos—. ¡Mierda! –trató de refugiarse detrás de la furgoneta, en dirección a los edificios que había al otro lado de la calle. Jack aguantó un momento más. Dos. Tres. Y entonces cedió bajo el bombardeo de imprecaciones de su compañero.

–Vale, ya voy –se inclinó hasta tocar casi el suelo con la cabeza y ocultó la cámara debajo del cuerpo, como si estuviera dispuesto a recibir el golpe en su lugar. Se preparó para el inminente impacto.

Nada.

–Qué divertido, caraculo –ya en el refugio de Foucault, el portal de una tienda situada al otro lado de la calle, Jack le dio a su compañero un puñetazo en el hombro.

–¿Qué coño...? –dijo Foucault. Salió del portal y escudriñó el cielo como si buscara un aguacero que hubiera desaparecido de repente. Una brisa repentina le desordenó el cabello, pero lo único que pudo distinguir en el rostro inescrutable del cielo fue el contorno de una solitaria ave nocturna que salía de un largo picado. Estaba ganando altitud. Lanzó un penetrante y lúgubre grito y desapareció.

{Final tomo-1}